



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

GOMEZ
ARIAS

4
A la Alhambra
DE CULTUR
BRAG

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-4

Tabl. 1

N.º 22



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Gomez Arias,

á los Moros

DE LAS ALPUJARRAS.

NOVELA HISTÓRICA,

escrita originalmente en inglés por el español

Don Telesforo Trucba y Esio,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO,

P.C. Monumental de la Alhambra y General
POR
CONSEJERÍA DE CULTURA

D. Mariano Torrente,



TOMO II.

MADRID: MARZO, 1831.

Oficina de Motoso, PLAZUELA DE AFLIGIDOS.

Donativo de S. Conde de
 Romanos á Biblioteca
 de la Alhambra.
 JUNTA DE ANDALUCÍA

GOMEZ ARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Descripcion de Cáñeri i de su miserable Corte. Bermudo el renegado, sus desalmados desahogos. Engreimiento de Cáñeri. Llegada de Malique. Presentacion de Teodora. Torpes deseos del déspota, refrenados por el renegado. Revista general del campo rebelde.

En el rincon de una sala espaciosa estaba sentado Cañeri recostado indolentemente sobre una pila de almohadones al estilo de los

TOMO. II.

moros de elevado rango. Este hombre, tan débil como vano i sobervio, hacia estribar su principal timbre en sostener una aparente esplendidez que no convenia de modo alguno con la pobreza de sus recursos, i habia asumido una autoridad mui impropia del estéril título de descender de una familia que habia estado relacionada con los antiguos reyes moriscos de Córdoba, á cuya circunstancia habia debido su elevacion al mando. Ansioso por remedar en todo la etiqueta de una corte, habia nombrado los oficiales de su casa bajo el mismo pie que los de un pequeño soberano. La habitacion que ocupaba en este momento habia pertenecido, al parecer, á algun rico propietario de Alhacen, i habia sido decorada con toda la tapicería i demas adornos que habian podido recogerse; pero su viejo i destrozado estado indicaba que ya hacia mucho tiempo que habian pasado los dias de su esplendor.

Cañeri estaba á esta sazón haciendo alarde de las caprichosas cualidades de un despo-

ta vano i ambicioso; una media docena de ignobles i miserables criados que se hallaban al rededor de su pobre trono componian toda su comitiva, i parecian totalmente sumisos á las ridiculeces de su amo; pero entre estos desechados habia uno, cuyo semblante, i porte llamaban mas particularmente la atencion. Estaba sentado á la derecha de Cañeri, i segun la libertad de su language i de sus modales parecia que gozaba de la ilimitada confianza de aquel gefe. No era fácil determinar el motivo á que debia aquella distincion; su aspecto era notable tan solo por un fondo mayor de fria resolucion, por su profunda malignidad i por su impertérrita fiereza. Un personal alto i membrudo, facciones oscuras i bien pronunciadas, barba negra i poblada, i el rústico brillo de sus ojos con el que formaba un fiero ceño, daba á toda su apariencia la espresion mas siniestra é irritante. Aun quando sus facciones relajaban un poco su natural fiereza presentaban una falsa sonrisa que no podia contemplarse sin un in-

voluntario estremecimiento de terror i disgusto. Con todo aun en medio de este exterior repulsivo se le podian descubrir de tiempo en tiempo algunos pocos restos de nobles delineamientos indicantes las execrables pasiones que se habian abrigado largo tiempo en su pecho. Estas observaciones eran suficientes para hacer creer que aquel hombre habia sido en su origen capaz de mejores sentimientos, i digno de una carrera mas honrosa.

Este ser misterioso, del mismo modo que todos los demas dependientes de Cañeri, estaba vestido en traje morisco de la mayor sencillez i pobreza; pero á pesar de su mezquindad se podia descubrir fácilmente que cualquiera que fuera ahora su profesion habia pertenecido antes á otra comunión i á otra patria que la sarracena.

Bermudo, dijo Cañeri dirigiéndose al personaje en cuestion. Tú estás hoy estraordinariamente meditabundo, i cual nunca te he visto desde que te conozco.

¡Bermudo! exclamó el mismo con indig-

nacion; ¡Bermudo! No me llames con un nombre tan odioso, nombre que trae á mi memoria mis miserias i mis delitos; este es un malhadado sonido que detesto, pues que me dice cuando lo oigo, que una vez fui cristiano, que fui un hombre injuriado, i qué ahora soi,

Un moro esforzado, le interrumpió Cañeri.

Un vil renegado, replicó Bermudo con una risa sardónica. Un renegado, porque tú no puedes dorar de otro modo mi crimen, ni yo intentaré disfrazar mi carácter. Soi un malvado; pero me he comprometido á servir á los moros, i lo cumpliré fiel i activamente hasta que exhale el último aliento de mi insufrible existencia.

Tus servicios han sido en verdad apreciables; i los moros te están muy agradecido por el interés que tomas en su causa.

Calla, dijo el renegado, no me avergüences; no es mi amor á los moros lo que me induce á serviros, i sí mi ódio á los cristianos. No, Cañeri, no recibiré las espresiones de

gratitud que tan poco merezco. Tú dices que soi valiente i activo; es verdad. Yo puedo sufrir privaciones i arrostrar peligros; mas en esto no consulto el interés de la causa morisca sino mi propia venganza. No, yo no anticipo triunfos; yo vivo meramente para tomar satisfaccion de agravios, que aunque antiguos están demasiado profundamente arraigados en mi corazon para poder olvidarlos. Al pronunciar estas últimas palabras todo su físico se estremeció con una viva agitacion.

Cálmate, Alagraf, dijo Cañeri, ya que tú has adoptado ese nombre, i ahora eres...

Un traidor! le interrumpió el renegado, soi un traidor, á mi fe i á mi pátria; pero no intento cohonestar mi nombre, del que me glorío; yo bien sé el vil carácter por el que debo ser considerado; mi carrera es la de un malvado; i la pasion que enciende mi pecho i dá nervio á mi brazo, sino puede ennoblecer mis hazañas de valor, satisfará á lo menos mi furia, i esto basta. Yo soi un infame; pero infeliz del que me hizo que lo fuera. Que todas las

maldiciones de la desesperacion, que todo el veneno que corrompe mi pecho, emponzoñen i corroan la vida de aquel perverso que lo plantó en un corazon, tierno por naturaleza, i designado para la virtud, pero conducido por él á los crímenes mas horrendos!

Tus agravios, añadió Cañeri, serán vengados; i nuestra causa, aunque parezca desesperada, puede prosperar todavia. Es verdad que hemos sufrido últimamente muchos reveses; pero el Feri de Benastepar vive todavia, i puede aun reprimir el altivo curso de nuestros enemigos, i arrancar de su frente sus verdes laureles. Tal vez Alonso de Aguilar ha hallado á estas horas el destino al que le impele de un modo irresistible su odio al nombre morisco. Todavia tenemos recursos; nuestras fuerzas son bastante considerables; nuestro valor está bien acreditado.

Oye, Cañeri, dijo el renegado; si tus buenos deseos te engañan, á mí no; tú no puedes resistir á los cristianos. Yo los aborrezco; mas ¿por qué he de negar la melancólica ver-

dad que se nos presenta todos los dias á nuestra vista? Los cristianos son superiores á nosotros, i no tenemos que oponerles sino el poder desesperado i frenético que nace de la irritacion de las injurias recibidas, injurias que se han ido acumulando para el dia de la retribucion.

— ¡Alagraf! replicó, Cañeri, algo ofendido por la libertad i franqueza del renegado; cualesquiera que sean los motivos que te esciten á secundar nuestra empresa, no te olvides que los míos i los de mis compañeros tienen un origen mas noble i mas honroso, que es el de asegurar nuestros derechos como nacion libre é independiente.

Ese, respondió con falsa risa Bermudo, puede ser el pretesto; pero yo nunca entraré á discutir los motivos de nuestra empresa ni la justicia de nuestra causa; á mi á lo menos me parece que nos asiste la razon. Yo busco por mis propios esfuerzos aquel desagravio que mi humilde estado no ha podido proporcionarme por haberlas con hombres, á

los que el hazar i no un mérito superior les ha dado una gran ventaja de rango sobre mi.

Bien, replicó Cañeri; sea como quiera, tus servicios nos han sido mui gratos, i tu recompensa será proporcionada á la importancia de tu apoyo.

¡Recompensa! exclamó el renegado. Yo no quiero ninguna; ¿piensas tú, moro, que una recompensa me hubiera determinado á abandonar los mas sagrados vínculos de patria i religion? ¿Piensas tú que por un cohecho hubiera podido resolverme á ser hombre ruin? ¿Un ser despreciable? porque todos vosotros me despreciáis, i debeis despreciarme, ni en esta parte podré yo darme por ofendido.

¡Despreciarte! gritó Cañeri con viveza.

Si, despreciarme, porque asi debo ser tratado aunque mis servicios hayan sido interesantes. ¡Una recompensa! ¿i qué clase de recompensa? Tal vez algun poco de vil i corrompido metal. No, Cañeri, yo soi un malvado atrevido; pero no bajo ni ruin, i no aspiro á otra recompensa sino á la que pueda

ganar con mis propias manos. ¡ Ah! déjame desparramar los agudos abrojos en la senda de mis agravios, déjame arrojar una tétrica nube sobre sus brillantes esperanzas, i emponzoñar la fuente de sus afectos i de su felicidad! Déjame convertirlo en objeto de horror i amontonar sobre su cabeza la vergüenza i la degradacion que ahora me tienen trastornado; i cuando se halle en las mas furiosas contorsiones de su agonía, déjame que goce de la vista de su miseria i desesperacion, i del placer de oírle pedir piedad, i negársela asi como él se la negó á ella! ¡ Oh! que pueda yo observar su vida hasta su último fin, i en el momento de su mayor angustia, i de la violenta separacion de su alma, que pueda yo hacer resonar en su afligido oído la voz de la satisfaccion i de la venganza, gritando; Anselma!

Aunque la naturaleza de Cañerí estaba encallecida en el vicio, no pudo menos de estremecerse al oír la horrible pintura que el renegado le habia presentado á la vista, i

que se hizo todavía mas espantosa con el aspecto infernal que asumió: fuera de sí aquel hombre furioso, fué en el acceso de su frenética pasion á coger su espada con una nerviosa convulsion, pero sus rígidas facciones quedaron como petrificadas de repente con la violencia de su ira; cesó la borrasca, i despues de una corta lucha volvió á tomar su triste é imperturbable calma, i á su antigua taciturnidad i lúgubre reserva mezclada con una falsa sonrisa que ya el hábito le habia hecho como natural i propia de su carácter.

Fué en este tiempo cuando Malique pidió ser admitido, i adelantándose lentamente ácia el estrado del altivo Cañeri le hizo todos aquellos actos de homenaje que tanto deleitaban á este gefe, como que los consideraba indispensables para sostener su dignidad. Malique por lo tanto cruzó sus brazos con el aire mas abatido, inclinó su cabeza hasta que llegó á tocar con las rodillas, i con todos los signos exteriores de la humildad hizo

tres cortesías á la morisca. Cañerí recibió estos rasgos de sumision con aquella altivez que era propia de un déspota acostumbrado á exigir viles adoraciones de sus esclavos.

Malique, dijo entonces, ¿qué motivos te inducen á disturbarme en momentos en que estoi tratando asuntos reservados, i cuando nadie puede entrometerse sin mi licencia?

Perdonadme, poderoso Cañerí, contestó humildemente Malique, perdonad la buena intencion de un fiel esclavo; soi portador de placenteras nuevas, aunque por mi celo en servir á mi amo haya podido tal vez incurrir en alguna indiscrecion.

Habla, dijo Cañerí revistiéndose de una gravedad importante. Alagraf, espera, necesito de tu consejo; que los demas se retiren.

Poderosísimo Cañerí, continuó Malique; mientras que mi partida estaba patrullando por la montaña la noche pasada fué sorprendido un cristiano.

¿I por supuesto halló su muerte? le interrumpió el gefe.

La recibió con efecto despues de una larga lucha, porque rara vez se habrá visto un hombre mas valiente i desesperado; ya está ahora meciéndose en un árbol como otros muchos de sus paisanos sirviendo de espantajo á los aventureros errantes.

Prosigue, dijo Cañeri gravemente.

Un momento despues nos condujo la casualidad á un sitio en donde otro individuo de aquella creencia dormia con la mas perfecta seguridad.

¿I mataste tambien á ese malvado?

No, nobilísimo Cañeri; era una mujer, i por esta razon os la traigo, pues es la criatura mas encantadora que amante alguno aun el mas ardiente haya podido representarse á su imaginacion. La rosa en su entreabierto capullo no es mas amable en el ardor de los fieles que esta hermosa cautiva. El embeleso de su persona, es cual no puede describirse, aunque la tristeza que la devora en este momento, disminuye en parte el lustre de sus perfecciones; pero con to-

do creo que que puede hallar gracia en nuestro ilustre gefe, i ser honrada con su sonrisa.

¡Una jóven doncella cristiana dormida en las Alpujarras! replicó Cañeri; esto es muy extraño. ¿Cómo fué ella á aquel sitio? ¿Lo sabes tú, Malique? ¿Te has informado del motivo de sus penas?

Sí, continuó Malique; ella llora amargamente la suerte del hombre que murió á nuestras manos; al parecer era éste su marido ó su amante. De todos modos era el guerrero mas noble i el mas esforzado de que pudieran jactarse los cristianos.

¿Sabes tú su nombre? preguntó Cañeri.

Se lo oí referir á la misma cautiva; era don Lope Gomez Arias.

¡Gomez Arias! exclamó el renegado con un involuntario estremecimiento. ¿Gomez Arias! no puede ser.

Tal es el nombre; replicó Malique, que le dió nuestra prisionera, i no veo por qué razon pueda ella engañarnos. Lo que puedo decir es, que su angustia era sobradamente

profunda, i su dolor demasiado vivo para dejar duda alguna sobre la veracidad de su aserto.

¡Gomez Arias! gritó de nuevo el renegado; ¿i ha muerto en realidad? ¿ha muerto? Malique, ¿estás seguro de ello? ¿No ha escapado?

¡Escapar! dijo el moro, su alma es la que escapó de su cuerpo.

Entonces, continuó el renegado dándose golpes en la cabeza en el acceso de su malograda pasión; mi venganza se ha frustrado, mi victoria es incompleta. Yo tambien pude una vez haber dispuesto de su vida; pero me debia mas de lo que su vida podia pagarme. ¡Cuánto he trabajado para que llegase el dia de la espiacion, i ya mis esperanzas se han desvanecido de repente, i me ha sido arrancada la venganza de las manos!

¿Qué quiere decir esto, Alagraf? preguntó Cañerí sorprendido con tan extraordinarias demostraciones.

¿Es tan poco sutil tu penetracion, dijo el

renegado, que no adivinas el motivo que puede comunicar satisfaccion ó pena á este injuriado corazon? ¿Te olvidas que solo hai un sentimiento que pueda afectarlo?

Sí, la venganza, replicó Cañerí; pero ¿i este cristiano? ¿i ese Gomez Arias?

Era mi enemigo encarnizado, dijo con voz de trueno el renegado, mi cruel ofensor, en otro tiempo mi dueño i señor; i esa cautiva, esa llorosa hermosura es tal vez su prometida esposa, la altiva hija de nuestro mas formidable enemigo. Sí, ella debe ser la hija de Alonso de Aguilar; pero, añadió en aire reflexivo, ¿cómo ha podido venir á estos lugares?

¿Qué dices? esclamo Cañerí con visibles señales de complacencia. ¿Será posible? Gracias, gracias al santo profeta que concede tal recompensa á los fieles. Esta es con efecto la prenda mas preciosa, porque puede ser seguramente el medio de amansar la irritante insolencia de Aguilar. Si este furioso enemigo está desprovisto de todo sentimiento de hu-

manidad ácia los moros, no dejará á lo menos de experimentar la ansiedad que es propia del amor paternal cuando sepa la situacion de su hija. Vé, corre Malique, trae aquí la cautiva, i pide cualquiera gracia, que te será concedida.

Malique se retiró dejando á su gefe delirando en alegría por tan inesperado suceso, i al renegado lleno del mas acerbo dolor por una ocurrencia que le privaba del placer de dar un completo desahogo á la feroz pasion que le absorvia todas sus potencias i sentidos.

De allí á pocos momentos fué presentada la desgraciada Teodora delante de Cañerf, caminando como una trémula víctima al sacrificio.

Hé aquí mi presa, dijo el obsequioso moro; creo que sea digna de nuestro ilustre gefe.

El complacido sultan hizo una ligera inclinacion de cabeza en señal de aprobacion, i luego se puso á contemplar del modo mas codicioso los encantos de esta desolada doncella. El renegado hizo un movimiento de

desagrado cuando observó que la cautiva no era, según él se había figurado, la hija de Aguilar.

— ¡Cómo! dijo Cañerí observando su sorpresa; ¿no merece tu aprobacion? Me parece, Alagraf, que no tienes alma para apreciar la beldad: mira, mira aquel amable semblante; está ciertamente bañado en lágrimas i desfigurado con la afliccion; mas en nada rebaja sus perfecciones.

Hermosa cristiana, añadió en tono cariñoso, no te abatas como la humilde i descuidada flor del valle, pues que eres llamada para un destino mas brillante; tú florecerás como la azucena cultivada en el jardin, porque has hallado gracia en los ojos de Cañerí, quien tiene poder para hacerte feliz.

Estas tiernas palabras, lejos de tranquilizar el ánimo de Teodora, sirvieron para aumentar su agitacion. Dió un paso de espanto ácia atras cuando vió que el moro se movia á tomarle la mano. Malique se mostraba lleno de la mayor complacencia por haber presta-

do este importante servicio á los deleites de Cañerí, por el cual adquiria títulos indisputables á su particular agrado; pues que con los pequeños déspotas del mismo modo que con los mas grandes tiranos, de quienes Cañerí era una copia miserable, los indecentes auxiliares de sus vicios i vergonzosas pasiones son generalmente remunerados con mas prodigalidad que los que han servido á su patria con gloria.

Malique, exclamó Cañerí con los ojos centelleantes de voluptuosidad i de placer; estoy tan agradecido á tu celo, que ocuparás los oficios de mayor confianza cerca de mi persona. Volviéndose entonces al renegado, que estaba tan taciturno, como él presuroso en saborear de antemano los atractivos de la cautiva; mal haya esa apatía i tu dureza, le dijo con afectada alegría, pues eres hombre de mármol, cuando esta muger no es capaz de moverte. Sí, respondió con firmeza el renegado. Soy en verdad hombre de mármol, i ojalá hubiera muchos que me parecieran,

pues habia de ir mejor para la prosperidad de nuestra empresa. ¿Qué me importan á mí los encantos de una muger? Ellos han sido una vez el veneno de mi existencia. Tambien yo he conocido su valor; pero ya ese tiempo ha pasado, i ahora los aborrezco porque me recuerdan la desgraciada é inocente causa de los horrores que me rodean; moro, añadió en seguida; no te abandones á tan inmoderada alegría, pues debes saber que las esperanzas que concebiste de la posesion de nuestra cautiva, estan ya desvanecidas; no es la muger que habíamos supuesto.

¿Qué quieres decir? preguntó Cañeri.

Que no es la hija de Aguilar; contestó Alagraf.

Bien, añadió el moro; habremos de resignarnos á este chasco; pero tal circunstancia ¿podrá disminuir los encantos que la hacen tan amable? Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada de lascivia al objeto de su complacencia, i luego continuó: yo aprecio siempre el mérito en donde lo hallo, i aun-

que la religion i la pátria de nuestra hermosa huéspedea estan en oposicion con la mia, no obstará, sin embargo, para que yo le preste el tributo que es debido de tanta justicia á su belleza.

Teodora le oyó con la mas dolorosa resignacion; por lo que Cañeri quedó poco satisfecho, pues estaba acostumbrado á que sus cariñosos obsequios fueran acogidos con entusiasmo por toda muger, á la que se hubiera dignado dirigirlos.

Malique, dijo Cañeri, volviéndose al oficioso mensajero, «lleva esta hermosa señorita á una de mis mejores habitaciones, i que no le falte nada de cuanto pueda desear.»

Favoreció entonces á la afligida Teodora con una particular sonrisa, en la que se traslucia la ternura de su corazon, mezclada con la liviandad, i la despidió de su presencia, prometiendo hacerla una visita tan pronto como se lo permitiese la importancia de sus negocios.

Mientras que Cañeri hablaba, volvió Ber-

mudo á su acostumbrado silencio; pero no dudó disimular su desagrado cuando vió al moro tan embebecido en sus viles placeres, en momentos en que se iban á decidir asuntos de tanta magnitud.

Cañeri, exclamó con enfado, me parece que nuestra causa va á ganar muy poco con la posesion de esa cristiana.

Una alma, replicó Cañeri con gravedad, hostigada por incesantes cuidados, necesita de algun desahogo. A tí solo como amigo hablo en estos términos de confianza; con ningun otro tendria la condescendencia de darle la menor sombra de esplicacion concerniente á lo que puede parecer extraño en mi conducta; mis acciones no deben estar sujetas al escrutinio de nadie.

Al decir esto miró al rededor de sí con aire de lesa dignidad, como si la menor expresion de su voluntad fuera suficiente para asegurar el respeto i la obediencia; el renegado no le dió otra contestacion sino la de sonreirse en señal de mofa i desprecio.

Cañeri convocó entonces á todos sus principales oficiales, i engreído con la pobre comitiva que le acompañaba, recorrió el triste pueblo de Alhacen, capital de sus miserables dominios. Esta parada fue mas para ostentar su vanidad, que con el objeto de tomar vigorosas i eficaces medidas, á fin de contener los progresos de los cristianos. Se formó la guarnición en la plaza para que su soberano le pasára revista; toda su fuerza consistia en ochocientos hombres de la mas despreciable apariencia, tanto en armas como en equipo. Cañeri les arengó sobre la gloria de su causa, i encargó á los gefes la rígida observancia de sus deberes; i luego que hubo terminado este singular reconocimiento á toda su satisfaccion, volvió con el mismo tren á su humilde mansion, la que en consideración á su ilustre inquilino fué condecorada con el título de palacio.

CAPITULO II. de su vida y de su
 Nacimiento i carácter del renegado: sus de-
 senfrenadas pasiones. Historia de Anselmo:
 Disposiciones de Cañeri para resistir á las
 armas cristianas.

Luego que hubo vuelto Cañeri á su habita-
 cion se sentó á disfrutar de la régia comida,
 la que si bien frugal en extremo, fué servida
 sin embargo con toda la etiqueta de un sobe-
 rano. La taciturnidad del renegado se hizo en
 esta ocasion mas notable que nunca. Cañeri
 tenia un vivísimo deseo de penetrar la mis-
 teriosa historia de su confidente; i aunque
 habia hecho varias veces esta tentativa, ja-
 mas lo habia podido conseguir. Tan pronto
 como hubo concluido la comida, despidió
 Cañeri sus criados, i volviéndose al rene-

gado con ansiedad: Alagraf, le dijo, ¡anímate, que tu noble espíritu no decaiga; piensa en nuestra causa, ¡pon en acción tu energía, como lo exige el peligro que nos rodea. ¡Peligro! respondió el renegado, no me hables de peligro; me importan muy poco las consecuencias; ¿qué es todo el mundo para mí? Mi aborrecido enemigo ya no existe; la única ambición de mi vida ha sido destruida; ¡ya no puedo sentir el menor interés por los acontecimientos humanos.

Pero, seguramente, exclamó Cañeri algo sobresaltado, tú no tratas de abandonarnos.

¡Moro! replicó el renegado con una voz de trueno, poniendo sus ojos centelleantes ¡un ceño feroz; ¿te atreves tú á tenerme este lenguaje? ¿Crees que habiendo sido infiel una vez, toda mi existencia sea un tejido de traiciones? Hombre receloso, concócame mejor; yo soy un execrable malvado, odioso al mismo tiempo á los cristianos ¡á los moros; pero no soi tan inconsecuente que me retraiga del partido que he abrazado una vez.

Calma tu cólera, Alagraf, interpuso Cañeri; no trato de ofenderte, i si he incurrido en tu desagrado pido que me lo disimules; bien conoces tú la amistad que nos une; es tan solo este celo el que me impele á preguntarte de continuo los secretos que tú te empeñas en ocultarme. Grande ha debido ser la naturaleza de tus penas, i mas grandes todavía sus causas; hallarias con todo algun consuelo en desahogar tu dolor en el seno de un camarada.

El renegado permaneció en silencio por algunos minutos; i tomando de repente una nueva resolucicn; ¡oh Cañeri! le dijo; mas de una vez tu oficioso cuidado, ó débil curiosidad han cansado mis oidos con repetidas preguntas, que son otros tantos puñales afilados contra mi pecho; satisfaré ahora tus deseos; sí, descubriré el misterio que me atormentá; asi podré adquirir el derecho de ocuparme por entero de mis agravios; i desgracias sin que nadie me moleste ni me distraiga.

Cañeri, continuó, todas las calamidades

en que está envuelto el hombre que se halla delante de tí, todos los males i crueles dolores que atormentan este abrasado corazón proceden de una sola causa, del origen de un crimen; soi yo la desgraciada víctima que sufro inocentemente. La cama nupcial de mi madre no recibió jamas las bendiciones de la iglesia; yo nací un sér despreciable, abatido por los hombres altivos de la tierra, marcado con el dedo por los unos i aún atropellado por otros; pero esa misma naturaleza que me hizo un sér despreciable no me dió los sentimientos que convienen á tal estado; me dotó en su vez de otros mas nobles, i de mayores facultades del alma que pudieran tener cuantos trataban de avergonzarme. Yo no conozco á mi padre, ni tuve jamas la menor ansiedad por saber su nombre, para mí tan fatal, i que solo podia escitarme ira é indignacion. Supe sin embargo, que era el autor de mi existencia un caballero; mas nunca pude averiguar el motivo de haberme abandonado tan bárbaramente. Me crié entre los depen-

dientes de la casa del padre de mi furioso enemigo don Lope Gomez Arias, en donde sufrí escarnios, de los que se irritó mi altivo natural, mientras que lo oscuro de mi nacimiento contribuia poderosamente á dar nuevo pábulo á mi ira. Por cualquiera parte que tendiese la vista no divisaba mas que un árido desierto en medio de la sociedad; yo era un espurio, i no podia reconciliarme con los usos del mundo. El hazar por fin me hizo desgraciado, i la naturaleza por mayor desdicha me dió ideas demasiado nobles, que aumentaban la miseria inerente á mi existencia; el repugnante aire exterior de mi persona fortificaba asimismo el desagrado con que todos me miraban.

Tal vida, le interrumpió Cañeri, debe haber sido insoportable.

Podia haberlo sido, respondió con orgullo el renegado, para una alma débil, no para la mia, porque la misma injusticia de mi suerte me daba valor para sostenerla; me hice superior á mis desgracias, i nutrí en mi pe-

eho sentimientos de ódio i de desprecio ácia
 mis semejantes, queriéndome hacer indepen-
 diente en el mismo seno de la esclavitud i
 degradacion. Sí, tuve un rayo de dulce es-
 peranza, una rara i romántica emulacion,
 una noble ambicion para adquirir por mis
 propias hazañas, i por mis atrevidos esfuer-
 zos lo que me era negado por las combinadas
 oposiciones del nacimiento i del rango. Mis
 pretensiones fueron apoyadas por mi sober-
 via, i difundieron una solitaria, aunque bri-
 llante luz, entre la lobreguez en que estaba
 envuelta mi existencia. Crecí en estos mismos
 sentimientos, aborreciendo i despreciando, i
 siendo aborrecido i despreciado por todos.

Las fuentes de mi corazon, que parece de-
 bían haber simpatizado con la naturaleza hu-
 mana se secaron para siempre. Yo me hallé
 incapaz de ningun sentimiento generoso, i
 todo mi sér estaba sumergido en aquella tris-
 te i aislada oscuridad, que á maneta de me-
 fítico vapor contribuía á paralizar los esfuer-
 zos i á embadurnar los mas hermosos pros-

pectos de la vida. Pero ¡ahí de mí! yo estaba equivocado; pues por desgracia mía descubrí que era hombre, sujeto á las debilidades de la naturaleza humana, que las honduras de mi corazón, que yo había creído impenetrables á la influencia de las más duras pasiones, podían ser sondeadas, i que estaba destinado para experimentar aquellos sentimientos que había tenido por extraños á mi naturaleza.

Entre los muchos vivientes que conspiraron á hacerme desgraciado, entre los que yo estaba obligado á considerar como enemigos naturales, había uno que primeramente me miró con verdadera compasión, de cuya dulce i pura sensibilidad nació la más tierna i la más firme inclinación. Este sér generoso i humano, esta sola escepción á la masa general de los que me aborrecían, por cuyo amor solamente podía yo perdonar á mis padres el haberme infundido el aliento vital; este sér extraordinario era una muger, una muger para nuestra mútua desgracia! ella era tan rica

en atractivos personales como en ingenio; ella amó ardientemente al desgraciado Bermudo, al infeliz espurio, del que todos huían; ella le amó, i halló en su negra forma, en aquel hombre tan degradado i despreciado, un corazón capaz de sentir i de apreciar una verdadera pasión. Sí, en esta desolada fiereza de mi corazón no era todo estéril, i las tiernas sensaciones sembradas por su mano tomaron hondas raíces, i crecieron rápidamente i con tanto vigor como si hubieran sido arrojadas sobre el molde mas generoso. ¡Yo la amé! ¡Oh Anselma! cinco años han pasado desde aquel horroroso momento; pero la sangrienta escena está todavía tan viva i tan presente á mi memoria como en el mismo dia en que ocurrió. Yo ví tus destrozadas formas, tus magullados miembros i tu flotante cabellera empapada en sangre. ¡Anselma! ¡Anselma! yo no te acompañé á tu prematuro sepulcro, porque debia dar pleno cumplimiento á mi venganza. No puedo llorar; las tristes fuentes de estos ojos hace mucho tiempo que estan

secas; pero mi abrasado corazón derrama todavía lágrimas de sangre cuando se agolpan á mi agonizante recuerdo las escenas de tu juventud, de tu amor i de tu humilde suerte.

El renegado no pudo pasar adelante; su agitacion era estrema, i la memoria de su vida pasada acabó de desfigurar sus facciones i de aumentar su espantoso ceño. Cañeri quedó estático, porque su alma frívola no podia concebir que pudiera haber una pasion tan fuerte i tan profundamente arraigada, que produjese los tristes efectos que estaba presenciando. Se aumentó mas todavía su afliccion cuando descubrió que el ardor de tan extraordinaria pasion iba cediendo gradualmente á emociones mas tiernas; el renegado se calmó por un momento; se le vió saltar una lágrima de sus ojos, lágrima amarga que indicaba sobradamente los afectos subyugados desde tanto tiempo, mas no totalmente estinguídos en el pecho de este hombre feroz, i que tan pocas muestras habia dado de sensibilidad.

Se fijaron, sin embargo, mui pronto los helados ojos de Bermudo, i como levantase maquinalmente sus largos i membrudos dedos á su abrasada frente quedó su semblante hecho el índice de un ánimo empeñado en combates ruidosos. Era ésta una profunda distraccion momentánea, porque apenas observó que Cañeri le contemplaba con asombro, avergonzado de que hubiera visto aquel signo de debilidad procuró con los mas vigorosos esfuerzos serenar la turbacion que se habia apoderado de él. Su soberbia volvió á tomar una iniciativa predominante; sus lábios recobraron mui pronto un fruncimiento sardónico, i su aspecto volvió á su tranquila i tétrica ferocidad.

Gomez Arias, á quien la naturaleza habia dispensado sus mas selectos dones, al parecer, con la sola idea de que diera un desahogo mas libre á sus licenciosas pasiones, Gomez Arias, continuó Bermudo, vió á la hermosa Anselma, cuyos atractivos é inocencia fijaron su atencion i escitaron en su viciado

pecho tan criminales i torpes deseos, que fue aquella infeliz destinada desde aquel momento á aumentar el número de las víctimas del libertinage i de la corrupcion. ¡Mal haya aquel dia en que la falsa sonrisa de este hombre infame llegó á penetrar el corazon de la desgraciada jóven!

¿Pero ella, le interrumpió Cañeri, no se dejó engañar por el seductor?

No ciertamente, replicó el renegado; mas esta amable criatura conocia demasiado cuán grande era el poder de su perseguidor, é hizo todos los posibles sacrificios para no provocar su enojo, por temor de que fuera yo inmolado á su rivalidad i resentimiento. Ya desde este momento no fue un secreto nuestra mútua inclinacion, i mi altivez en atravesar las miras de mi arrogante amo, debia tener por resultado mi inevitable ruina. Penetrada Anselma de nuestra peligrosa posicion procuró evitar cuidadosamente la amenazada borrasca; mas todo fué en vano; aunque sus lágrimas corrieron profusamente, i sus súplicas fueron

pronunciadas con todo el fervor de la desolacion, el bárbaro, sin embargo, vió aquellas lágrimas sin conmoverse, i oyó sus dolorosos ruegos con la frialdad de un malvado; antes bien se exasperó por la resistencia que encontraban sus deseos de parte de una muger, á la que su natural soberbia hacía que la considerase como de fácil adquisicion. En su vergonzosa carrera habia estado acostumbrado á hallar mui poca ó ninguna resistencia; i su bajeza habia llegado al estremo de poner en dnda la existencia de la virtud femenil; Cómo no habia, pues, de sorprenderse de ver que una pobre i humilde muchacha, nacida su criada, huérfana desde su niñez, i sin mas proteccion que la que podia yo ofrecerle, contradijese la vil oposicion, adoptada por el orgulloso patricio?

Cañeri, no me detendré mas tiempo en este punto. Gomez Arias resolvió por fin llevar á efecto por una vil intriga lo que no podia conseguir por la seductora persuasion. Yo fuí enviado con el pretexto de cierta co-

mision insignificante á una de sus haciendas, porque consideraba mi presencia como un obstáculo para sus designios, i porque pobre, i despreciado cual yo era, Gomez Arias jamas me miró sin un cierto temor. El podia pisar el reptil, pero temia el aguijon; yo era fuerte en mi debilidad, pues solo tenia un motivo poderoso que me unia á la vida; quitado aquel, sabia bien mi opresor que habia de arriesgar ésta en obsequio de mi venganza.

Estaba yo ausente cuando uno de los indecentes instrumentos de sus maldades administró un soporífero brevage á la inocente Anselma, cuyos efectos correspondieron satisfactoriamente á los deseos del libertino. Un irresistible letargo oprimió los sentidos i prostró los miembros de la desvalida víctima; en tal estado fue conducida á la cama de su alevoso corruptor, i al favor de esta estratagemá, digna del monstruo que la inventó, triunfó Gomez Arias de las muertas formas de Anselma. Feliz, feliz mil veces si el forzado

sueño en que esta desgraciada jóven habia quedado sumergida se hubiera convertido en sueño de muerte! mas no fue asi: ella despertó, recobró su razon; pero fue tan solo para maldecir aquella vida ya cubierta de infamia. ¡Infeliz! no tenia ella á nadie, á quien recurrir por amparo ni bajo cuyo cariño pudiera ocultar su vergüenza; no le habia quedado ya ningun recurso sino la muerte, que es el último consuelo de una muger virtuosa vilmente atropellada. Desechó con arrogancia é indignacion las brillantes ofertas que le hacia su infame destructor; i se retiró con horror de sus importunas caricias; maldijo en la fuerza de su agonía su horrible desacato, i se lamentó amargamente de su desgracia, hasta que perdió el juicio como una consecuencia del ultrage recibido.

Aquí se paró segunda vez el renegado, no sien drole posible sostener tan doloroso recuerdo, i despues de un momento de silencio prosiguió.

Iba un dia anocheciendo cuando me ha-

llé cerca de la ciudad de vuelta de mi comi-
 sión; mi corazón estaba oprimido i alarmado
 extraordinariamente; al ir á pasar cerca de un
 precipicio de las montañas contiguas, me ater-
 ró el ruido de voces mezcladas con discor-
 dantes chillidos de aves de rapiña que salian
 de aquel abismo; una nube de estos pájaros
 de mal agüero empezó á graznar sobre mi
 cabeza, huyendo alborotados de la gente que
 les habia usurpado su puesto; i las voces se
 convirtieron bien pronto en un largo i pene-
 trante murmullo. Con tanta prontitud cuan-
 ta podia permitir lo peligroso de aquel sitio,
 me dirijí ácia él, i mui pronto me impu-
 se de la melancólica causa de los lamentos
 que habian detenido mi paso. Algunos aldea-
 nos estaban sacando con dificultad de aquel
 horrendo abismo, un objeto, que segun pu-
 de divisar desde alguna distancia, parecia
 un cuerpo humano. Me aproximé mas; i ha-
 llé que era en realidad el mutilado cadáver
 de una persona; i ésta era mi Anselma!
 ¡Oh horror! exclamó Cañeri desconcertado.

Era Anselma, repitió lúgubremente Bermudo, mi amor i mi única felicidad en este mundo de maldicion. Ya hacia algun tiempo que estaba muerta; ya sus ligeros vestidos estaban despedazados, deshechas sus largas trenzas i cubiertas de sangre, i sus delicados miembros magullados con la caída. ¡Ahi de mi! sus hermosas facciones ya no era fácil distinguirlas; los grajos habian picado aquellos ojos que un tiempo brillaron con el mas puro afecto, i los hambrientos buitres habian dilacerado el puro corazon que no habia respirado mas que inocencia, amor i virtud.

Yo no lloré, ni proferí el menor quejido, ni di la menor señal de dolor. No, las fuentes de mi corazon se helaron de repente, i me quedé contemplando aquel horroroso espectáculo con el mas fiero estupor. De allí á poco sufrió toda mi máquina una descomunal revolucion; sentí una terrible opresion en mi pecho, i parecia que una bala de fuego me iba rodando por los sesos. Era este un verdadero tormento; se apoderaron de mi los dólo-

res de la frenética agonía, i por algun tiempo no supe que hacer; pero la tempestad de la pasión cedió gradualmente, i mi alma se fijó en aquella sombría i profunda tristeza que desde aquel horroroso suceso me ha servido de segunda naturaleza.

Los desgraciados restos de la amable Anselma fueron consignados á la tierra, i yo me apresuré á saber la causa de la trágica suerte que mi fiel corazón me presagiaba demasiado ciertamente. Volé á la casa de Gomez Arias, se descubrió mui pronto la verdad, mas no aparenté la menor sorpresa, pues estaba ya preparado para esta terrible noticia. Reconvine á Gomez Arias con los términos mas aunargos i provocativos; me contestó con la risa del desprecio; puse la mano á mi espada, él me escupió á la cara, Saqué furiosamente el mortal acero, mas fui luego rendido i desarmado por los numerosos sirvientes de mi enemigo. Pedí justicia, reclamé un desagravio de tamaño ultrage, denuncié al bárbaro Gomez Arias como asesino de Anselma,

mas todo fue en vano; la justicia se mostró sorda á mis mas enérgicas i reiteradas reclamaciones. ¡ Ahí de mí! ¿ qué desagravio podia yo esperar contra un enemigo tan poderoso? Su constante buena suerte le habia grangeado el afecto de la corte; era valiente, habia salido victorioso de varios encuentros contra los moros en la guerra de Granada; sus servicios fueron recompensados, sus delitos olvidados; i atravesado mi pecho con el aguijón de la vergüenza, i del malogro, determiné conseguir por mis propias manos aquella satisfaccion que la justicia de mi patria me habia negado.

Todo el mundo quedó circunscrito para mí á la soledad de mis desoladoras aflicciones; separado de todo otro consorcio, i totalmente extraño aun á los vínculos mas naturales, resolví consagrar todos los recursos de mi alma á la ejecucion de la venganza mas terrible. Desde aquel tiempo he ido siguiéndole los pasos con varios disfraces, i aunque se me proporcionó una ocasion de

saciar en parte mi despecho, la dejé pasar sin embargo, porque no podía satisfacer en su totalidad mis furiosos deseos de una completa retribucion. Ví una vez á Gómez Arias profundamente dormido, é iba dando vueltas á su alrededor con el placer del buitre que ve á sus pies su indefensa presa.

¿I por qué no le mataste? preguntó Cañeri.

No, replicó el renegado, no quise matarle entonces porque aquella no podía llamarse venganza: su alma habria volado de este mundo sin saber que era Bermudo quien le habia dado el golpe. No le maté porque quise reservar su aborrecida vida para tormentos mas escogidos, para que tuviese una suerte mas horrible acompañada por el destrozador aguijón del remordimiento i de la desesperacion.

¿I qué probabilidad tenias, pues, preguntó el moro, de que tus intenciones pudieran tener un feliz resultado?

Ese, repitió, ha sido el objeto constante de

mi meditacion; pero ¡ahi de mi! todo el estudio de mi existencia se ha inutilizado con la inesperada muerte de mi contrario. Sin embargo, yo me he unido á vuestra causa por ódio ácia la injusticia de mis paisanos: aquel ódio arde todavia en mi pecho, i hallaré los medios de vengarme en la aborrecida sangre de los cristianos. Moro, añadió entonces con firmeza, yo estoi sumergido en las honduras del crimen, i esta es la mejor garantia que puedo darte de que seré constante en la desesperada carrera que he adoptado. Mi vida es solitaria, independiente é indiferente á los resultados; da, pues, las órdenes del combate, i en donde sea mas activa la refriega, en donde los alaridos i lamentos ensordezcan el aire, en donde la muerte haga mayores estragos, allí puedes creer i gloriarte de que se hallará el renegado.

Como Alagraf hubiera concluido de proferir estas palabras, se retiró de repente dejando al moro sumergido en estupor i confusion; mui pronto sin embargo salió Cañeri de

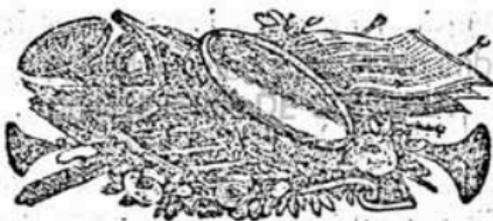
aquel estado de asombro, escitado por la urgencia de su posicion. Juzgó, pues, prudentemente que ya habia dedicado demasiada parte de su tiempo precioso á objetos de interés individual; se levantó de su asiento, convocó á sus diferentes oficiales, i quiso informarse circunstanciadamente del estado de los negocios. Le fueron dadas contestaciones satisfactorias que fueron recibidas con toda la dignidad propia de la soberanía. Salió en seguida á recorrer el pueblo haciendo un despliegue de importancia que habria podido divertir á sus mismos vasallos si hubieran sido capaces de otros sentimientos que los de la agitacion i alarma sobre su crítica situacion.

Volvió de nuevo Cañeri á su habitacion, i dedicado al aliño i cuidado de su persona se suscitó una discusion sobre los objetos que componian su trage, i se quemaron á su presencia los mas delicados aromas. Desempeñados ya felizmente los principales deberes de aquel dia, volvió el gefe á su indolencia habitual con toda la satisfaccion de uno que se

considera con derecho para sostener su lujo i estender sus comodidades á espensas de sus pueblos.

Al fin de la tarde sin embargo fue alterado su reposo por un mensajero que llegó de parte del Feri de Benastepar á anunciarle que el formidable don Alonso de Aguilar se iba aproximando rápidamente, i que se vería mui pronto precisado á llegar á las manos. Pedia á Cañeri que estuviera pronto con su gente para todo contraste que pudiera ocurrir. Esta noticia puso al moro en la mayor agitacion, i aunque era ya mui entrada la noche mandó reunir al instante un consejo de gabinete con la idea de oír las opiniones de sus principales oficiales, i de ilustrarlos al mismo tiempo sobre el modo con que debian conducirse. Reunida ya su grande asamblea, i reclinado pomposamente sobre sus almoadones, principió su arenga sobre los planes que convenia adoptar en tan críticas circunstancias. Sus consejeros sin embargo se presentaron de mui mal talante para dar consejos; se miraron unos á

otros con aire de la mayor desconfianza, i aprobando en un todo las ideas i caprichos de su soberano, se retiraron á descansar de sus fatigas.



bra y Generalife

CAPITULO III.

Apurada situacion de Teodora. Visita de Cañeri i sus esfuerzos para ganarse el corazon de la cautiva, primero con la dulzura, i luego con la violencia. Repentina i oportuna llegada del Feri de Benastepar por cuyo inesperado incidente salva Teodora su honor. Acalorada escena entre los dos gefes rebeldes. Salen ambos contra los cristianos, que ufanos por sus anteriores triunfos se hallaban ya á las puertas de aquel pueblo. Agitacion de Teodora.

La desgraciada Teodora habia pasado el dia en una continua série de penas i cuidados: habia sido conducida á otra habitacion algo mas decente, en donde la vieja Maria Rufa la habia escitado, aunque en vano, á tomar

algun alimento que le habia traído con este objeto. Los tristes recuerdos de sus pasadas desgracias no le habian dejado un momento de descanso, i su entrevista con Cañeri habia despertado en su ánimo la mas viva sensacion de peligro i alarma; pasaron las horas lenta i penosamente sin que hubiera tenido el menor alivio en su afliccion. Las palabras de consuelo, dirigidas officiosamente por la buena vieja, no habian podido suavizar la fiereza de su dolor, ni podia esperarse tal beneficio en tanto que se viera rodeada por los enemigos feroces de su patria.

A este dia melancólico sucedió una noche todavia mas horrible; pues aunque rendida de la fatiga i del sufrimiento, no pudo Teodora hallar ningun consuelo en el dulce olvido del sueño. El que se apoderaba de sus sentidos por intervalos llevaba por inseparable compañero el terror de su actual situacion; las fantasmas nocturnas se agolpaban rápidamente á su imaginacion extraviada: le parecia ver á su venerable padre postrado con la

amargura del dolor retorcér sus trémulas manos en la agonía, i proferir una furiosa maldición contra su ingrata hija. Oía aquella penetrante voz enronquecida por la edad, i estremecida por la turbacion, i observaba en su semblante los crueles estragos de la desesperacion. Se despertaba despavorida: i hacia vigorosos esfuerzos para arrojar de su presencia la destrozadora vision, i luego volvía á quedar traspuesta para sufrir otro sueño, todavía mas horroroso. El viento silvaba lúgubremente por la selva; el ave nocturna entonaba con sus ahullidos la cancion de muerte; se levantó un espectro con los ojos hundidos, con pálido semblante i con sus heridas chorreando sangre; era este su amante que había salido del árbol en el que había sido colgado, i se paseaba al rededor de su cama con un aspecto mortal; dió Teodora un fuerte chillido, i la fantasma desapareció.

Esta clase de sueños atormentaba su ánimo de continuo; ni los placenteros rayos del sol pudieron comunicar el menor alivio á su

desesperado pecho. Oyó las voces de los alados nuncios del día que felicitaban en agradables coros la vuelta del astro luminoso, i oyó la confusa gritería de los moros que pasaban rápidamente del silencioso descanso á nueva vida i actividad; pero su alma no podía reconciliarse con ninguno de los objetos de este mundo. Los horribles espectros que su ardiente imaginacion le habia representado la perseguían todavía; i si estos incómodos huéspedes la dejaban un momento de sosiego, era para atacarla de nuevo con mayor furia. Su pena se aumentaba con la anticipacion de males futuros, peores todavía que los temores de la esclavitud ó de la muerte, pues se hallaba en inminente peligro de beber los mas amargos tragos de vergüenza i degradacion.

La hermosura de Teódora habia inspirado á Cañeri una pasion violenta i licenciosa, cuyo brutal desahogo era de presumir que tratase de llevar á efecto; i esta era la aprension mas cruel para aquella desgraciada víctima. Mientras que estaba reflexionando en su infe-

liz suerte é ideando los medios de evitar aquella calamidad, entró en su cuarto María Rufa.

Buenos dias, dulce señora, le dijo la vieja; mui bien; este me parece un cuarto mas cómodo, en el cual no dudo habreis dormido á vuestro gusto.

Un profundo suspiro fue la única contestacion de Teodora.

De todos modos, continuó Rufa, debeis dejar á un lado los lloros i lamentos, porque ningun bien os puede resultar de ellos. Por otra parte debe vuestro semblante tomar una espresion mas agradable ya que vais á ser honrada mui pronto con la visita del gran Cañeri: éste se ha apasionado fuertemente de vuestros encantos, i ha manifestado su intencion de venir á obsequiaros en persona, por cuya razon me hé anticipado á prepararos para que recibais dignamente á tan ilustre personage.

Se le partió el corazon á Teodora al oir tan terrible noticia, porque si bien es natural que nos parezca que estamos preparados

para sufrir un mal con el que estamos amenazados sin arbitrio para evitarlo, no podemos menos de sentir una pena mayor en el momento en que este se presenta en realidad.

Bien conocia Teodora su desamparo; dirigió por última vez una ansiosa mirada al rededor de sí, pero no halló la menor idea de consuelo: fijó por último sus agonizantes esperanzas en Maria Rufa, en esa desmoronada pieza de frágil humanidad, del mismo modo que el infeliz que se ahoga se agarra á una trémula rama aunque conozca la debilidad de aquel apoyo.

Por alguno de los coloquios anteriores que Teodora habia tenido con Rufa, habia descubierto que su caracter no era tan inhumano como lo indicaba su porte exterior; aunque renegada, no parecia totalmente destituida de compasion ácia aquellas personas con las que habia estado unida anteriormente por los vínculos de religion i patria; un oculto remordimiento angustiaba su corazon, i se mostraba por lo tanto poco interesada á favor de

los negocios de los moros. Estas consideraciones unidas á la gravedad del peligro indugeron á Teodora á ponerse bajo el amparo de dicha vieja i á implorar su piedad i asistencia; pero antes que pudiera obtener resultado alguno de su persuasion, se abrió la puerta de repente, i se presentó á su vista el formidable Cáñeri.

Habiendo despedido su comitiva i hecho una seña á Maria Rufa para que se retirase, cerró la puerta dejando estremecida á Teodora al verse sola con el aborrecido moro.

Este se aproximó á ella cortésmente, i procuró calmar sus temores con palabras llenas de dulzura i atencion.

Hermosa cristiana, estás demasiado abatida; pero tu dolor no es razonable. Los hazares del destino te han puesto en mi poder; es verdad; i eres ahora mi esclava: la circunstancia de pertenecer á la casta de nuestros encarnizados, enemigos podia hacerte temer un trato cruel de mi parte; no hai du-

da que habria podido entregarte á la brutá-
 lidad de mis soldados confundiéndonos con los
 horrores de tal degradacion; pero me he com-
 padecido de tu juventud i hermosura (sus
 ojos brillaron entonces con una feroz alegría)
 i en su vez tendrás el honor de ser la com-
 pañera de mis deleites.

Teodora se cubrió la cara con sus manos,
 i toda su máquina se conmovió violentamen-
 te: irritado Cañeri por tal despego, conti-
 nuó; este desprecio de mi generosidad puede
 ser muy perjudicial á tu futura suerte. Habria
 muchas mugeres entre los fieles que se ten-
 drian por muy felices en aceptar las ofertas
 que tú desechas con tan mal calculado des-
 den; pero no te mofes de la benignidad de
 mi carácter, porque Cañeri, aunque proscrito,
 i soberano tan solo de terribles montañas
 i abandonados pueblos, tiene todavía el po-
 der suficiente para hacer respetar sus órdenes;
 i para imponer un ejemplar castigo sobre cuán-
 tos se atrevan á contrariar sus deseos. Acuérr-

date, pues, que eres mi esclava, i no me niegues como amante lo que yo puedo exigir como dueño.

Yo soi vuestra esclava, exclamó Teodora temblando, i no es por cierto mi intencion la de despreciar vuestra generosidad ó disputar vuestro poder. Bien conozco el respeto que se os debe; empleadme en los servicios mas bajos, todo lo haré, mi vida está á vuestra disposicion; pero; oh! evitadme por caridad, evitadme el deshonor que estais meditando!

¡Deshonor! exclamó Cañeri levantándose con ira, ¡deshonor! por el grande Alah, que tal temeridad es sin ejemplo! solo tu juventud é ignorancia pueden excusar la criminalidad de tu espresion.

Teodora no pudo contestar sino con lágrimas; pero durante el corto silencio que sucedió á este primer choque sufrió el ánimo de Cañeri una repentina revolucion; desde el mas alto grado de cólera fueron volviendo gradualmente sus facciones á una completa

serenidad. No procedia ciertamente esta alteracion de un sentimiento de generosidad ácia su víctima, porque estaba resuelto á llevar á efecto sus designios; pero como hombre refinadamente voluptuoso calculó las ventajas que podian resultarle de no precipitar sus deseos: así, pues, se resolvió á agotar todos los medios de la suavidad antes de recurrir á los de la fuerza.

Tomó entonces la mano de Teodora, la que ya no tuvo ella fuerza para retirar, i apretándola tiernamente entre la suya renovó su empeño con el tono mas halagüeño i del modo mas delicado, Teodora sufrió mas de este inesperado despliegue de ternura que de la brutal aspereza i violencia que el moro habia adoptado al principio. En casos de estremado peligro la violencia suele inspirar un desconocido grado de valor, al paso que la condescendencia i la urbanidad de los que tienen el poder en sus manos son armas mucho mas eficaces para enervar el fuerte principio de la resistencia, i no dejan al paciente

mas que los débiles recursos de la persuasion i del ruego.

Poco á poco sin embargo se fué cansando la paciencia del amoroso sarraceno, i tomando de repente un aire de resentimiento i de despecho hizo el último esfuerzo para completar su conquista.

Teodora se arrojó á sus pies, i abrazándolos con viveza trató de interesar su piedad con la fuerza de su angustia: sus lágrimas corrieron copiosamente, i sus sollozos llegaron á ahogar su voz; pero esta enérgica demostracion de su estremado dolor encendió mas ardientemente los torpes deseos del moro en vez de apagarlos. En sus destempladas venas empezó á arder la fiebre de la pasion desde que vió postrada á sus pies aquella hechicera pintura del desamparo femenino, que recibia un interés mayor del mismo desorden de su lamentable situacion.

Cañerí devoraba ya con sus ojos aquella hermosura, i gozaba en su fuerte delirio de los anticipados trasportes. Levantó del suelo á la

infeliz Teodora totalmente trastornada con el conflicto de tan terrible lucha: al cogerla en sus brazos vió aquella desvalida víctima brillar de alegría las brutales facciones de su enemigo; creció su estremecimiento, i con un esfuerzo repentino i violento logró desasirse de él.

El corazón del mahometano se llenó de indignacion i despecho: dirigió entonces una mirada amenazadora á la trémula Teodora, i sin que lo detuviese ya la menor consideracion volvió á cogerla con la mayor violencia.

¿Quién te protegerá ahora? dijo el altivo moro.

¡La muerte! contestó Teodora con el valor que da la desesperacion.

¡La muerte! replicó Cañerí con una risa fingida; la ¡muerte! ¿Crees tú que me intimidan las locuras de una muger? No, tú no puedes morir aunque sea ese verdaderamente tu deseo. Tú no morirás á lo menos mientras que yo te crea digna de contribuir á mi deleite. Teodora juntó sus manos en su

estado de agonía; i su suerte parecia ya inevitable. Su bárbaro enemigo habia llegado á subyugar con su ciego furor los últimos medios de oposicion que la quedaban; sus débiles esfuerzos estaban ya casi rendidos, i cuando sus sentidos estaban para abandonarla dió un terrible chillido pidiendo ser amparada.

Se oyó en este momento un ruido á la entrada del aposento; la puerta fué arrancada de su quicio al impulso de un tremendo empuje, i una figura alta i misteriosa se presentó de repente, i se paró inmóvil i asombrada. Teodora dió un grito de alegría por tan oportuna aparicion, i el irritado Cañerí se volvió con fiereza para saber quién era el que habia tenido la temeridad de introducirse en aquel recinto con tanto descaro. El extranjero iba embozado en una capa española, i su semblante estaba casi cubierto por las negras i esponjosas plumas que caian de su hundido sombrero.

¿Qué traicion es esta? exclamó Cañerí en el acceso de su furia. Un maldito cristiano

en mi misma habitacion ! ¡Malique ! ¡Alagra !
¿dónde estais, villanos ? Guardias, coged á ese
miserable, cogedle, i llevadle al palo.

Detente, gritó el estrangero con una voz
de trueno ; cuidado con la menor violencia ;
cuidado con adelantarte un paso, porque te
dejaré yerto cadáver en el suelo.

Cañerí se intimidó al ver el porte noble
é impávido del incógnito.

¡Un cristiano ! continuó con un tono de
voz mas templado ; ¿i te atreves á proferir
tan altivas amenazas en mis mismos dominios ?
¿te has olvidado de que éstas son las Alpu-
jarras, i de que yo soi Cañerí ?

Yo no soi cristiano, replicó el estrangero,
soi un móro verdadero ; pero me avergüenzo
de contarte entre mis asociados.

¡Habla ! gritó Cañerí fuera de sí, ¡habla !
¿qué misterio es este ? ¿quién eres tú ?

Conóceme, contestó el otro, i arrojando
á un lado su disfraz descubrió un hombre de
estatura alta i de proporciones atléticas. En
su oscuro i bronceado semblante se traslucía

la expresión del atrevido valor i de la mas impávida resolución; sus ojos brillaban con el fuego de la altivez, i aunque no se descubrian sino sentimientos de fortaleza en sus varoniles facciones, no estaban éstos sin embargo destituidos de generosidad. Era un modelo de belleza campesina, fiero, magestuoso i libre de decoraciones artificiosas. Una simple túnica morisca igual á la que usaban sus compañeros, cubria aquella imponente figura sin otra marca que hiciera reconocer su dignidad sino una banda verde i una hermosa adarga, sobre la que estaba esmaltado un noble león con el siguiente lema arábigo.

*Edeu pasban derovish est
aslau (1).*

Cañerí lo observó lleno de admiración, i faltándole casi las fuerzas para hablar exclamó: ¡el Feri!

(1) Es un león el hombre esforzado que protege al desvalido.

Sí, el Fero de Benastepar llega á punto de presenciar la honrosa ocupacion de su colega. Mientras que nuestros bravos compañeros permanecen insepultos en esas vastas soledades, i el altivo cristiano nos persigue como tigre hambriento sin dejarnos un momento de descanso; mientras que nuestras tropas han sido derrotadas por el valiente Alonso de Aguilar, i que los pocos que han podido sustraerse á su mortífera espada se han visto precisados, en union con el Fero, á buscar su salvacion en el disfraz i en la fuga, creia haber hallado algun socorro i asistencia en el dominio montuoso de Cañerí; ¿pero cómo le hallo? no preparado para cubrir nuestra retirada, no ocupado útilmente en proveer recursos para nuestros desanimados soldados, sino entretenido vilmente en la voluptuosa conquista de una esclava cristiana. Mis bravos compañeros, débiles i desesperados, se hallan tirados por las calles, muertos de hambre i rendidos de la fatiga; vengo á solicitar el apoyo de Cañerí, i encuentro que el

mando que se le ha confiado para nuestra mútua defensa lo emplea cobardemente, no contra el enemigo comun, sino contra una débil é indefensa muger! ; Avergüenzate, moro, avergüenzate: si yo no reverenciase la voz pública que te nombró gefe, i sino fuera tan contrario á abrogarme una justicia retributiva, yo mismo arrancaria de tus manos ese mando que tú cubres de infamia, i lo confiaria á otros hombres que fueran mas dignos de él.

Cañerí permaneció por algun tiempo abatido i en profundo silencio. El asombro, la confusion i el terror ocuparon alternativa-mente su alma; los denuestos i baldones que el Feri le habia dispensado con tanta prodigalidad escitaron su cólera hasta un grado de locura. Su corazon herbía en una frenética convulsion sin atreverse á hacer el menor desahogo, porque conocia que iba á ser la primera víctima de su esplosion. Poseido, pues, de la rabia, parecia inclinado á arrojarse sobre el arrogante censor de sus acciones; pero

el tremendo poder de éste su competidor tenía paralizado su brazo. Era, pues, un fiero mastin que ardía de ganas de acometer al indomable toro; mas le contenía la superioridad que observaba en el noble animal.

Dos veces la mano de Cañerí se dirigió involuntariamente á su acero, i dos veces fue detenido su brazo por un repentino temor. Procuró entonces ocultar este mal disimulado movimiento del ojo perspicaz del Feri, quien aunque descubrió fácilmente las interiores sensaciones de su alma; permaneció sin embargo en su acostumbrada serenidad; i frunciendo sus labios con una risa sardónica dijo con voz de respeto i terror.

Cañerí, tú no te atreves. Veo tu criminal intención; pero no tienes valor para ejecutar lo que tu corazón tiene la bajeza de concebir: si haces otro movimiento de furor, vas á caer frío á mis pies."

Al pronunciar estas últimas palabras se arrugó su frente, i sus ojos ardieron con el fuego de la indignacion. Cañerí, que si bien

estaba falto de las sublimes virtudes de un guerrero, abundaba sin embargo en astucia i destreza del disimulo, conoció la necesidad i conveniencia de recibir como amigo al hombre á quien no se atrevía á provocar como contrario: asi pues haciendo un poderoso esfuerzo sobre su mismo orgullo logró sofocar su turbacion, i adquirir una rápida calma i compostura. La espresion del arrepentimiento i del candor barnizaba su feroz semblante en el acto de dirigirse á felicitar al Feri con palabras de amistad i compadrazgo.

Perdona, le dijo, la sospecha é irritacion de un desagrado pasajero; bien conocida es la sinceridad de mis sentimientos ácia el Feri; pero aunque estos pudieran ponerse en duda, el bien estar de la causa morisca reclama imperiosamente el sacrificio de todo privado resentimiento entre sus gefes.

Sí, replicó el Feri, el bien de la causa morisca reclama la union i la amistad entre los gefes; mas no son estas las solas virtudes que se necesitan para hacerla prosperar.

Pronunció estas palabras con un tono pícante, cuyo verdadero sentido no podía menos de entenderse.

¿Es pues tan inminente nuestro peligro? preguntó Cañerí.

En este mismo día, contestó el Feri tristemente, en este mismo momento tal vez va á decidirse nuestra suerte. El ejército victorioso de Aguilar se adelanta rápidamente contra nosotros; hemos sido completamente derrotados en el Gergal por fuerzas superiores en número i disciplina; i los pocos que han podido escapar de la matanza, han debido su salud á su práctico conocimiento de los pasos de la montaña. No tenemos tiempo que perder; nuestra gente debe estar puesta inmediatamente en estado de defensa, ó de lo contrario nos van á coger desprevenidos: la oculta situacion de este lugar no ofrece seguridad alguna, ya que un moro traidor es el guía de los cristianos, i que á su perfidia se ha debido particularmente nuestra derrota.

Esta noticia puso á Cañerí en alguna confusión; mas luego recobró aquella frialdad i presencia de ánimo que constituía su principal recurso en los casos apurados, i que suplía la moderada porcion de valor personal que le habia dispensado la naturaleza.

Amigo, dijo, esto basta; obremos.

Estaba ya á punto de salir de la habitacion cuando se vió aterrado por un confuso murmullo de la parte de afuera, i cuando á su consecuencia se presentó un moro con todos los síntomas de temor i alarma.

Buzcur, preguntó Cañerí, ¿qué significa esa agitacion?

Los cristianos están á la vista, respondió Buzcur.

¡Los cristianos! ¡los cristianos! repitieron cientos de voces.

Apresurémonos pues, i preparémonos para nuestra defensa, exclamó el Feri, i se precipitó adelante sin ni aun reparar en Teodora por que su imaginacion estaba demasiado ocupada en el interés de la causa pública.

Cañerí le vió salir con verdadero placer, porque si bien parecia grave el peligro, no perdía sin embargo de vista su apetecida presa, i dirigiendo á esta una fiera mirada cerró todas las puertas para que no pudiera evadirse; i amenazándola de que volvería mui pronto á dar cumplimiento á la obra principiada pasó á reunirse con el Feri de Benastepar i con sus compañeros.

Teodora cobró el mayor aliento con tan inesperado suceso. La esperanza volvió de nuevo á abrigarse en su pecho, aunque mezclada con la duda i con el temor, porque el rápido cambio del estado de la desesperacion al de una seguridad comparativa va siempre acompañado de un recelo sobre su realidad. Parecia casi cierto que iba á quedar libre del poder de los moros; el nombre de Aguilar era el anuncio de la victoria; i con todo la anticipacion de su rescate causó tan poderoso trastorno en su ánimo que estuvo á pique de sucumbir bajo su peso. No bien se habia recobrado de esta fuerte afeccion cuando per-

cibió mas claramente que su destino estaba todavia envuelto en nubes amenazadoras. Es verdad que venian los cristianos; mas todavia podian ser vencidos. El nombre de Alonso de Aguilar inspiraba las mas brillantes esperanzas; pero tambien el del Feri hacia concebir fundados temores.

Asi pues estaba fluctuando el corazon de la afligida jóven entre la pena i el placer, cuando el toque de los clarines, las pisadas de los caballos, i todos los sonidos imponentes de preparativos guerreros anunciaron la pronta llegada de la terrible crisis.

En aquel apurado momento volvió sus ojos al cielo con el mas religioso fervor; se arrodilló devotamente, i mientras que sus paisanos se aproximaban á la sangrienta lucha, estaba ella implorando la asistencia divina en favor de sus armas.





CAPITULO IV.

Confusion de los moros por la llegada de los cristianos. Nuevas victorias de estos. Vigorosos esfuerzos del Feri. Sangrientos choques. Incendio del pueblo de Alhacen. Combate individual entre don Alonso de Aguilar i el Feri, en el cual sucumbe este último. Destruccion completa de los moros. Sálvase Teodora por la heroica decision de Aguilar, i es conducida respetuosamente á Granada.

Fue grande la confusion introducida entre los moros con tan repentina alarma; la aparicion del Feri sin embargo logró restablecer el orden entre los aterrados habitantes, i resucitar el decaido valor de los soldados. Mui pronto se pusieron en defensa todos los moros hábiles para las armas, en tanto que los

viejos i enfermos, i las mugeres i niños se dedicaban á recoger sus miserables ajuares i á colocarlos sobre sus bestias de carga para salvarlos de las manos de los enemigos. Ninguna señal de tristeza ó de repugnancia se observaba en ellos en hacer los preparativos para abandonar sus habitaciones, porque estaban demasiado acostumbrados á la inestabilidad de una vida errante.

Habiéndose puesto el Feri á la cabeza de una partida de gente escogida salió atrevidamente al encuentro de los cristianos esperando parar sus progresos con el extraordinario esfuerzo de su brazo, i dar lugar á su compañero en el mando para organizar mejor sus medios de resistencia. Los cristianos se adelantaron denodadamente al ataque, dando su acostumbrado grito de guerra, «*Santiago, cierra España*, que fue contestado por los moros con las voces de ¡Alah! ¡Ilah! ¡Alah!

Dos veces se lanzaron los cristianos con ímpetu, i otras dos fueron rechazados con

igual fiereza i decision. Volvieron de nuevo á chocar desplegando doble energía, i poniendo en accion sus últimos recursos. Don Alonso de Aguilar brilló ahora mas que nunca entre sus tropas dirigiendo todos los movimientos con una fria intrepidez, i animándolas con el ejemplo de su arrojo i decision; su pesada espada humeando en sangre arrojaba los centelleantes fuegos de la victoria; i la muerte marcaba su carrera por todos los puntos del campo de la refriega. El número i la mayor disciplina de los españoles venció por último, los rebeldes vacilaron, i se introdujo el terror entre sus filas. En vano empleó el Feri sus últimos esfuerzos para reunir los moros dispersos; en vano trabajó por alentar sus abatidos pechos; inútil fue el vigor de su brazo para contener el torrente que lo sofocaba; su voz animadora i su enérgico empeño en recordarles lo que debian á su patria, se perdió en aquella confusion, i los pocos que se le adhirieron con fidelidad sellaron su decision con su sangre; los demás

se salvaron con la fuga, i el Feri se vió finalmente precisado á retirarse al pueblo con la mayor precipitacion.

Los cristianos se detuvieron un momento en su victoriosa carrera: estaban ya para entrar en la cueva del leon, desde cuya madriguera les podian causar irreparables quebrantos, porque los moros aunque derrotados no estaban todavia sometidos, i daban mas que temer de una pérdida emboscada que de su valor en campo abierto.

En el entre tanto logró el Feri replegar sus diseminadas fuerzas, i en union con las de Cañerí, se preparó para un segundo combate: habia asi mismo tenido cuidado de distribuir los soldados de mas confianza en puntos ocultos desde los cuales podian incomodar á los cristianos con mayor ventaja: fueron con efecto enemigos terribles para las tropas fieles; los golpes que partian de manos invisibles hacian morder el polvo á no pocos de los mas esforzados. Don Antonio de Leiva despreciando el peligro habia penetrado en el

pueblo con el ímpetu fogoso de la juventud; pero el Feri i Cáñeri disputaban á palmos el terreno en tanto que el renegado por otra parte hacia un horroroso estrago sobre sus antiguos compatriotas.

Ya la noche habia principiado á estender sus tinieblas, sin que cesase la furia entre los combatientes, sino antes parecia que adquiria mayor impulso, á medida que la muerte iba dejando en blanco sus respectivás filas. Caian alternativamente moros i cristianos; pero sus puestos eran al momento reemplazados por otros guerreros no menos deseosos de derramar su sangre por desfogar su venganza, i por encadenar la victoria. El pueblo de Alhacen se hizo el teatro de la mas espantosa carnicería; por todas partes estaba la guadaña mortal ocupada en contar sus víctimas. Los cristianos se adelantaron lentamente á causa de los terribles quebrantos sufridos de los ocultos adversarios, que habian hechò de cada casa una fortaleza, de la que era sumamente difícil desalojarlos.

Para superar este formidable obstáculo recurrieron á un espediente todavía mas terrible , que fué el de aplicar incendiadoras teas á las inflamables habitaciones de sus enemigos ; i como una brisa fresca secundase sus maniobras , i que las furiosas llamas se estendiesen rápidamente , se vió el pueblo envuelto mui pronto en una conflagracion general. Inmensas ráfagas de rojo i denso resplandor penetraban por intervalos entre las espesas nubes de humo que se levantaban en ondulaciones , espidiendo por todas partes una sofocacion pestilencial ; los tristes alaridos de las mugeres , los quejidos de los heridos , los gritos desesperados de los defensores , el silvido del viento y el chasquido de la llama devoradora ; se unian en feroz comparsa para desmayar aun á los mas valientes.

Mas el frenético denuedo de los moros , lejos de ceder á estas horribles escenas cobraba nuevo vigor al tender la vista sobre el devorador incendio de sus casas. Pelearon,

pues, con obstinacion á la luz de dicho incendio, con cuyo reflejo se veian los horribles semblantes de sus furiosos enemigos ardiendo en cólera, i ocupados todos sus brazos en arrojar golpes mortales; mas luego volvieron á quedar cubiertos entre los aglomerados repliegues de una niebla impenetrable.

La calle principal del pueblo presentaba ya el aspecto de la mayor ruina i desolacion; ambos partidos estaban reconcentrando sus fuerzas en este sitio, i aqui fue donde se travó el combate con la mayor violencia.

Volvió el viento á soplar con fiereza, llevándose las masas de negro i abrasado vapor:

fue en uno de estos claros intervalos, cuando la vista perspicaz de Alonso de Aguilar divisó la forma terrible del Feri que estaba animando á sus soldados, i sosteniendo el asalto por la parte de mayor empeño; avanzando de repente para pelear mano á mano con el formidable enemigo de los cristianos, gritó con voz de trueno:

Vuelve, horrible moró, vuelve traidor, i

recibe tu recompensa de la espada de Alonso de Aguilar. El Feri aceptó prontamente aquel desafío; i arrojándose sobre su enemigo con su alfange levantado descargó un tremendo golpe sobre el escudo de Aguilar, que casi lo dejó hendido en dos partes; se travó entonces el mas furioso choque individual, cuyo resultado se perdió muy pronto en una horrible nube de humo; mas luego rasgó el aire un grito feroz: era la campana de muerte de los moros, que anunciaba la ruina de su partido i porque habia perecido el Feri. Este esforzado jefe trocó su feroz semblante en una tétrica expresion de resuelto despecho; todas sus facciones tomaron una tinta cenicienta, i sus helados labios se fruncieron con ridícula jactancia: sus ojos medio apagados, pero siempre feroces, se dirigieron ácia su competidor, mientras que su nervuda mano asía con firmeza el acero que ya no podia sostener; la figura gigantesca del moro se puso convulsa, i su alma hizo el último esfuerzo para recobrar el perdido vigor de su cuerpo. Habia cai-

do el Feri; pero postrado é indefenso parecia todavia formidable; porque aun en su ruina llega el varonil esfuerzo i el noble valor á conmovier el ánimo con sensaciones de admiracion.

Don Alonso de Aguilar miró atentamente al enemigo que tenia á sus pies: bastaba un solo golpe para que su pátria se viese para siempre libre de su mas terrible enemigo; pero don Alonso le vió sin fuerzas para defenderse, i su brazo por lo tanto se negó á descargar dicho golpe, porque su corazon era demasiado generoso para atender en aquel momento á ninguna consideracion política; le dejó pues, i dirigió su victoriosa carrera contra los que estaban todavia en estado de hacer resistencia.

Don Antonio de Leiva habia logrado en el entretanto arrojar á Cañerí del pueblo, habiendo introducido la mayor confusion i desorden entre sus filas. Por el triste reflejo que enrojecia el firmamento se veia mover una caravana en grupos irregulares ácia los

recintos más ocultos de la montaña. Al volver los fugitivos la vista ácia atrás, contemplaron el triste aspecto de sus habitaciones, reducidas á cenizas; mas no se lamentaron tanto de esta desgracia como de dejar entre aquellas llamas á sus padres, á sus amigos i á los deudos mas allegados, pues que dificilmente habia una familia que no contase alguno de sus individuos entre el número de las víctimas.

Don Alonso de Aguilar acabó mui pronto de poner en fuga á los pocos que quedaban, i se adelantó por las calles ostruidas á cada paso con quebradas armaduras, con masas de casas destruidas ó con obstáculos todavia mas horrorosos, cuales eran los cuerpos magullados i sangrientos de los combatientes. El fuego alumbraba sus pasos por enmedio de aquel teatro de horror, i mas de una vez su incierta huella hizo levantar agonizantes quejidos de los moribundos que habian llegado á sentir todavia su dura presion. Vió á muchos moros hacer los últimos gestos mortales con sínto-

mas de inflexible odio, i mas de una vez hubo de saltar por los cuerpos de sus valientes compañeros, á algunos de los cuales llegó á reconocer en aquel momento, i que habiendo perecido entre las llamas habian ido á mezclar sus cenizas en aquella vasta ruina, en donde moros i cristianos separados por un odio recíproco durante la vida, llegaban á verse unidos entre los brazos de la muerte.

Algunos de los desgraciados heridos suplicaban lastimosamente á sus camaradas acabasen con un generoso golpe sus padecimientos; i otros que ya estaban privados del uso de la palabra dirijian una triste mirada implorando igual gracia. Aguilar vió á las infelices víctimas sin poderles prestar ningun auxilio, i su compasion se escitó fuertemente al abandonar aquel campo en seguimiento del prófugo enemigo. Atravesando el desierto i arruinado pueblo, fue detenido de repente por los penetrantes quejidos de una muger.

Se detuvo, i examinando todo atentamente observó que los gritos salian de una casa es-

paciosa á la que se habian comunicado ya las llamas devoradoras. Don Alonso se precipitó á ella atrevidamente; su piedad no necesitaba de mayores estímulos; pero creció todavía su interés cuando al aproximarse al edificio distinguió que aquellas voces eran pronunciadas en idioma español; corrió, pues, velozmente al sitio, i lanzándose por entre las fieras nubes de humo que envolvian la casa, cruzó por el portal, atravesó el patio, alcanzó la escalera, la subió con la mas viva ansiedad, guiado siempre por los lamentables acentos, i llegó por fin á la puerta de un aposento que estaba fuertemente cerrado. En un momento fué derribada por su poderoso impulso, cuando en medio de la oscura niebla que iba inundando apresuradamente aquel recinto descubrió don Alonso á una muger puesta de rodillas en la actitud de haber perdido toda esperanza de socorro.

El ruido de la puerta habia llamado la atención de aquella desgraciada, la que apenas observó á su libertador, dió un grito de

alegría i se arrojó azoradamente en sus brazos; pero la rápida transición de un estado de angustia i de desesperación al de esperanza i vida era demasiado grande para poderlo resistir. No bien había la interesante paciente concebido la idea de su próxima salvación, que trastornada con el tropel de tumultuosas sensaciones, perdió todo su vigor, la sangre se entorpeció en sus vasos sin poder volver al corazón, i don Alonso de Aguilar recibió en depósito un objeto inanimado. El peligro era inminente porque ya las llamas habían circundado la casa, i fué preciso que el impávido guerrero la arrancase sin demora de aquel espantoso lugar.

Aguilar sostenía á la desmayada muger con un brazo, en tanto que con el otro recogía los ligeros i flotantes vestidos para que no prendiese el fuego en la materia inflamable de los mismos: así llegó al tramo más elevado de la escalera en donde se detuvo desconcertado momentáneamente, porque ya aquella, como que era de madera, había

sido presa del fiero elemento, i se hacía por lo tanto impracticable su descenso. En este apuro asió don Alonso con firmeza su precioso depósito, i con una prontitud de decision, propia de su carácter, se arrojó serenamente desde lo alto, i atravesando por el medio del fuego llegó á tocar el suelo sin recibir el menor quebranto. Con igual rapidez i franqueza penetró por entre el denso humo, entró en el portal, cruzó por él, i llegó felizmente á la calle.

Al observar con ansiedad á la hermosa muger que habia arrancado de la fiera tumba, vió que ardia una parte de sus vestidos, al que se apresuró á apagar, i en poco tiempo logró volverla á la vida. Era, pues, una amable jóven con todos los encantos de su edad, ya que la escesiva alteracion que habia sufrido no habia sido suficiente para oscurecerlos.

¿Dónde estoi? preguntó abriendo lánguidamente sus ojos.

No temas , gentil doncellá, contestó Aguilar; estás con un amigo.

¡ Oh , salvadme , salvadme de los moros! gritó vehementemente no bien satisfecha todavía de las personas en cuyo poder habia caído.

Los rebeldes no pueden hacerte daño alguno , le dijo su redentor ; huyen como tímidos corzos delante de nuestras triunfantes banderas , i estás ahora al lado de Alonso de Aguilar.

El halagüeño sonido de este glorioso nombre obró tan poderosamente en los sentidos de Teodora, que tranquilizada al instante exclamó con ardor :

« ¡ Gracias , gracias á aquel Dios que no abandona á sus criaturas en la hora del peligro ! Volviéndose entonces á don Alonso continuó : « el gefe de los Aguilares no desamparará á la hija desgraciada de la casa de Monteblanco. »

Don Alonso llegó á interesarse mas al oír aquel ilustre nombre ; pero como Teodora pa-

recia demasiado angustiada para entrar en una prolija esplicacion de sus aventuras, no trató su protector de averiguar la causa de la estraña situacion en la que la habia encontrado, i se limitó á renovarle las seguridades de su favor i asistencia.

... Mis deberes, añadió él, me obligan á dejaros; pero nada echareis de menos que pueda conducir á vuestro bien estar: en mi casa de Granada hallareis á mi hija Leonor, la que se esmerará en prestaros toda la ternura que sea capaz de aliviar vuestras penas hasta que seais restaurada á los brazos de vuestro venerado padre; i volviéndose entonces á uno de su comitiva, dijo:

«Ramirez, conducid esta señora á Granada; la confio á vuestro cuidado, i espero que sea tratada con toda la consideracion debida á su rango.

Ramirez hizo una profunda reverencia; i escogiendo una escolta de doce hombres se preparó á obedecer las órdenes de su general, mientras que don Alonso, despues de haberse

despedido de Teodora, se adelantaba con su victorioso ejército á reunirse con don Antonio de Leiva. Cada uno tomó su respectivo camino, i en breve tiempo quedó aquel desgraciado pueblo abandonado á la melancólica posesion de los moribundos i de los muertos, i de unos pocos miserables, cuyos padecimientos iban á terminar mui pronto con el incendio general que se iba ya acercando á su crisis.



JUNTA DE ANDALUCIA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA

~~~~~ : ~~~~~

## CAPITULO V.

*Descripcion del estado festivo de Granada por las victorias de las armas cristianas. Llegada de Teodora al palacio de Aguilar. Su favorable acogida. Sus penas, sus compromisos i su desconsuelo. Descripcion de dicho palacio de Aguilar i de su galeria de pinturas. Carácter de su hija Leonor. Planes de Teodora.*

Granada presentaba en estos dias las mas animadas escenas: los repetidos triunfos de los cristianos contra los rebeldes, i en particular la noticia de la derrota del Feri de Benastepar i de todas sus fuerzas, infundió el mas puro placer en el ánimo de aquellos habitantes. Varias bandas de músicos recorrian las calles uniendo sus armoniosos acentos con el sonido mas solemne de las campanas, mien-

tras que la alegría, el contento, i otras ruidosas muestras de placer llenaban el aire de confuso, aunque agradable murmullo.

Entró Teodora en la ciudad de Granada entre este tumulto de regocijo, que sirvió en parte para distraer su ánimo de los lúgubres recuerdos que la habian tenido en continúa afliccion durante su viage. Iba, pues, cruzando por las calles principales de aquella famosísima ciudad, que fué en un tiempo el emporio de la grandeza sarracénica. Cada paso que daba presentaba algun objeto nuevo, capaz de despertar su curiosidad, ó de conmover sus sentidos. Por todas partes se veian reliquias de la magnificencia morisca; cada calle, cada edificio, aun el mismo piso indicaba su pasada gloria i finado poder. Aunque esta ciudad estaba habitada principalmente por cristianos, era sin embargo considerable el número de moros que se habia quedado en ella, i los que adheridos escrupulosamente á su trage nacional contrastaban fuertemente con el grave i varonil porte de los cristianos.

Ambos pueblos se diferenciaban notablemente en todo, aunque viviesen dentro del mismo recinto: eran, pues, dos enemigos mortales é implacables, unidos en aparente amistad.

Los altos balcones de la ciudad estaban colgados con costosas tapicerías, i los torreones de los magníficos palacios adornados con profusion de largas i ondeantes banderas i de vistosas divisas. En las ventanas se veían bizarros caballeros i damas hermosas que presenciaban las travesuras de los alegres niños, ó los bulliciosos juegos del populacho. Todo ofrecia un vivo i curioso espectáculo, porque en aquella gozosa confusion se veian promiscuamente los espléndidos vestidos de los nobles i el ropaje modesto de los aldeanos, la brillante armadura i las finísimas plumas de los guerreros cristianos, los pomposos i fantásticos trages de los musulmanes, los serios i negros vestidos de los eclesiásticos, i el hábito humilde i variado de los religiosos.

Teodora estaba ofuscada con tan numero-

sos i caprichosos objetos; pero entre esta marcada reunion de gentes las habia que interesaban mas su corazon i fantasía. Observó que algunas no participaban sinceramente de la alegría general, i que sus tristes ojos i torvo ceño estaban en contradiccion con los acentos de su voz; algunas que en vano se esforzaban en reanimar sus semblantes con un placer que era totalmente estraño á sus corazones: eran éstos los abatidos i subyugados moros; porque si bien se habian sometido al gobierno cristiano i reconocido por criminales á sus compañeros, no podian sin embargo demostrar género alguno de puro contento i satisfaccion por la destruccion i aniquilamiento de su misma casta.

Por otra parte se hacian mas penetrantes los estímulos de la vergüenza i de la degradacion al figurarse que era superior el arrojode los que por falta de elementos habian debido sucumbir á su fatal destino. Se añadía á esto el penoso convencimiento de que aunque pudiesen ser tratados exteriormente por

los españoles con aprecio i consideracion, no era de esperar una verdadera amistad de parte de los que debian considerarlos siempre como enemigos vencidos. Era ademas un obstáculo inseparable para la sincera reunion de ambos pueblos el ódio que se habia arraigado en los corazones de los adoradores de la cruz i de los sectarios del mahometismo, ódio que se habia transmitido de padres á hijos por el espacio de muchos siglos. Los moros estaban devorados por estas amargas reflexiones i tascando el mas duro freno en el tiempo en que parecia que el júbilo i contento habian fijado su sólida morada en Granada.

Teodora veía á estos desgraciados con lástima i compasion aunque tuviesen ciertamente poco derecho para merecerla. La imagen del odioso Cañerí era suficiente por sí sola para desterrar todo sentimiento de generosidad i dulzura; sin embargo eran desgraciados i desvalidos, i este solo era el título más sagrado para interesar la generosa alma de Teodora. Mui pronto sin embargo se vió preci-

sada á dirigir su atencion á un objeto mas importante: al cruzar por la plaza Nueva se fijaron sus ojos con una rápida sensacion de terror en uno de los muchos moros que paseaban por ella, i que era el mismo Bermudo el renegado. Ella no podia equivocarse en su figura aunque habia sufrido una alteracion considerable; pues que sin embargo de haber cambiado de vestido i de modales, no le habia sido posible variar la peculiar expresion de sus ojos i la fria i tranquila fiereza de sus facciones. Tembló Teodora al descubrir que habia sido reconocida por el renegado, quien fijó firmemente su vista en ella. Teodora volvió la espalda á aquel temible objeto, i durante el resto del camino no se atrevió á mirar á ninguna parte por temor de encontrarse con dicho renegado.

Asi llegó la escolta de Teodora al palacio de don Alonso de Aguilar, en el que no se podia entrar sin las mayores dificultades por estar todas sus avenidas coronadas de gente, ansiosa por felicitar á la hija del victorioso

guerrero: esta ilustre dama se presentó en el balcon, rodeada de elegantes caballeros i pages, á manifestar su puro reconocimiento por aquellas públicas demostraciones de respeto, agitando en el aire su pañuelo. Ramirez dió la vuelta, i conduciendo su comitiva por detras de la casa halló una entrada mas fácil en ella por el jardín. Teodora fue conducida al momento á una espléndida habitacion; i su fino conductor se dirigió por sí solo á dar cabal cumplimiento de su comision á la hija de Aguilar.

Durante la corta ausencia de Ramirez se vió el ánimo de Teodora agitado alternativamente entre la esperanza i el temor: no por que ella tuviese razon alguna para dudar de la acogida que habia de merecer de Leonor, i si porque experimentaba una penosa dificultad en esplicar lo que se exigiría de ella á la llegada de Aguilar, que debería ser enui en breve. Estas melancólicas reflexiones sin embargo cesaron con la pronta vuelta de Ramirez, quien tomando la trémula mano

de Teodora, llevó á esta afligida dama al aposento privado de Leonor. Cruzaron ámbos en silencio los espaciosos corredores del palacio, y antes que Teodora tuviese tiempo de serenarse, se abrió la puerta de par en par, y se halló en presencia de una muger, que según se la habia representado su ardiente imaginacion, era criatura celestial mas que humana.

Leonor se adelantó con gracia á recibir á su huésped, y observando su estremada agitación procuró tranquilizarla con las expresiones mas cariñosas.

Una persona tan amable, dijo al conducir á un sofá á la tímida Teodora, no necesitaba de la recomendacion de mi noble padre para ser recibida por su hija con la mas cordial hospitalidad; sentaos, continuó, porque debéis necesitar de descanso despues de un viage tan molesto.

No obstante este tono dulce y amoroso no pudo Teodora espresar con palabras el vivo reconocimiento de su corazón. En el

conjunto de Leonor se divisaba cierto mágico prestigio, i una afabilidad i dulce porte que no podia disipar enteramente aquella indefinible sensacion de respeto que Teodora experimentó desde el primer momento en que vió su imponente i magestuosa hermosura juntamente con la deslumbradora esplendidez con que iba vestida.

Leonor de Aguilar habia sido designada con efecto por la naturaleza para producir esta clase de sensaciones en el ánimo de quien no estuviere acostumbrado á escenas de tanta grandeza i poder como la inocente i sencilla Teodora.

Leonor de Aguilar era un modelo de aquella peculiar belleza que participa al mismo tiempo de las amables gracias de su sexo i de algunos de los atributos mas decididos del hombre. Su estatura era alta i elegante con un clásico atrevimiento de talle que se hallaba en perfecta armonía con sus bien torneadas formas: su complexion era de un moreno trasparente, realzado con ricas tintas de rosa, i

sus grandes i brillantes ojos estaban llenos de fuego: sus oscuras i gruesas trenzas sombreaban su cara ovalada, en la que una hermosa nariz aguileña, i los labios del mas vivo coral, contribuian á dar á todo su semblante una espresion de extraordinario brillo. Se notaba asi mismo cierta fiereza en el movimiento de sus ojos i en el fruncimiento de sus labios; se descubria á veces asi mismo una ligera tintura de altivez entre la afabilidad de los modales que la caracterizaban; i en el mismo tono de su voz, aun cuando lo templaba para espresar los mas blandos sentimientos de ternura i afecto, se dejaba sentir una cuerda que vibraba sobre el oido, i que anunciaba su pretendida superioridad i génio viril. Estas particularidades eran con todo favorables al insinuante estilo de su hermosura, i aumentaban la respetuosa impresion que sus naturales atractivos no podian menos de escitar.

Venid, dijo Leonor, despues de los primeros cumplimientos, i cuando ya creyó que

Teodora se había serenado; venid que os llevaré al gran salon en donde estan actualmente reunidos algunos de los principales nobles de España: estoi segura, añadió con una sonrisa, que estos galantes caballeros me estarán muy agradecidos por haber llevado una adición tan amable á su sociedad.

Vuestra fina lisonja, replicó Teodora, fomentaría mi vanidad, si ésta, ¡ahi de mí! se abrigase todavia en mi pecho; pero los mas tristes recuerdos me oprimen al presente con demasiada fuerza para que yo pueda desear comparecer en público: por otra parte me veria perdida entre una reunion tan brillante.

Muy bien, continuó Leonor, no trato de imponer á mi huésped sacrificio alguno que no se avenga con el estado actual de su alma; espero sin embargo que sus penas no estén tan profundamente arraigadas, que no puedan hallar algun alivio en el seno de la amistad; mas si no podeis hallaros con nosotros en las funciones del dia, podreis á lo menos presenciarlas sin la menor molestia desde vuestra ha-

bitacion. La gran procesion vá á dirigirse ahora á la catedral para dar solemnes gracias al Dios de los ejércitos por el buen éxito de las armas cristianas. La Reina saldrá en breve de su palacio acompañada por la flor de los guerreros españoles, i por todos los caballeros de rango i damas de Granada; por lo tanto, mi querida amiga, me veré precisada á dejaros por algun tiempo, pues es de absoluta necesidad que acompañe á nuestra augusta Soberana.

Nombró entonces dos de sus doncellas para que asistieran á su huésped, i renovándola su seguro afecto i amistad se retiró dejando en la desgraciada hija de Monteblanco profundamente gravada la gratitud i admiracion.

Luego que hubo salido Leonor, se acercó Teodora á la celosía para contemplar el bullicio del pueblo: la algazara que crecia por instantes, i el continuo andar de la gente de una á otra parte juntamente con el repique de las campanas de la catedral, anunciaron que

ya la procesion habia salido de palacio i que se iba aproximando. Mui pronto se dejó ver esta suntuosa parada que se movia con la mayor dignidad; á su cabeza ondeaba una magnífica bandera con la cruz de Santiago bordada lujosamente, i seguida por los caballeros de aquella noble orden en sus trages de gran ceremonia: detrás de éstos venian los de la orden de Calatrava con su valiente i esforzado maestre: un largo séquito de nobles i caballeros vestidos todos marcialmente i montados en hermosos alazanes seguian á aquellos llevando los trofeos cogidos en los últimos combates. Se presentó por fin Isabel sobre un sobervio caballo mas blanco que la nieve, i que manejava con toda la gracia i elegancia de un perfecto ginete. Iban á su lado el conde de Tendilla, gobernador de la ciudad, i los arzobispos de Toledo i Granada, que eran los que habian de officiar en la iglesia. El esplendor de esta parada estaba diversificado por dós filas de las órdenes monásticas que caminaban en orden regular

mezclando las voces de divinos cantos con las notas de los clarines i de otros bélicos instrumentos. El incienso subia hasta el cielo difundiendo por todas partes su agradable aroma, mientras que el ruido i la confusion del tropel de gentes que ostruia la marcha realizaban el interés de aquella brillante escena.

Teodora se detuvo á ver la procesion hasta que se fué perdiendo á lo léjos i hasta que las ruidosas voces cedieron gradualmente en tranquilo i placentero murmullo. La pomposa comitiva entró en la catedral en donde se entonó un solemne Te-Deum, i se unieron miles de voces para espresar su ardiente gratitud ácia aquel sublime poder; que habia sido tan propicio al pueblo cristiano.

Teodora se retiró entonces de las celosías i se abandonó á sus primeros cuidados. La pomposa ceremonia que acababa de presenciar reconcentró mas en su ánimo el objeto de sus constantes meditaciones; pero; ah! entre el cúmulo de caballeros esforzados que

componian aquella brillante funcion se echaba de menos el mejor i el mas valiente; la figura de su asesinado amante se presentó á su imaginacion con todos los atributos del terror: sus criadas que ignoraban la causa de su pesar, pero que no carecian de sentimientos de compasion, procuraron distraer su melancolia dirigiendo su atencion á objetos placenteros; mas fueron infructuosos sus esfuerzos. Es mas fácil separar el ánimo de los recuerdos de pasadas desgracias interesando su curiosidad que por medios consolatorios, los cuales en vez de tranquilizar el dilacerado corazon suelen profundizar más la herida. Dichas criadas la condujeron sin embargo con la mejor intencion á ver el interior del palacio, cuya venerable antigüedad é interesantes vestigios del gusto i adorno morisco ofrecian vasto campo para curiosas investigaciones. La delicada i fantástica escultura de las cornisas del gran salon juntamente con sus divisas i decoraciones arábigas, i con el pavimento de mosaico, formaban una perfecta armonía con los

blasones i emblemas de los escudos cristianos.

Teodora miró estos trofeos guerreros con fria indiferencia; pero cuando llegó á una gran galería colgada de pinturas de composiciones cristianas i moriscas, se escitaron fuertemente sus sentidos, i no pudo contemplar sin el mas profundo respeto estos vivos recuerdos de pasada grandeza. Muchas de estas pinturas recordaban el jactancioso esplendor de los musulmanes; se veían otras varias piezas de sucesos caballerescos, de los amores del valiente Gazul i de la affigida Lindaraja, i los retratos de otros caractéres mui apreciados en la literatura de los moros. Estas composiciones artísticas de privado é individual interés estaban diestramente mezcladas con otras de una clase mas digna é interesante. Batallas, sitios, é ilustres hazañas de los guerreros mahometanos habian sido dibujadas con arrogancia por los artistas moriscos, que habian tenido particular empeño en dar mayor realce con su pincel á las empresas marciales de sus compatriotas. A estas obras

seguian otras de un carácter diferente, en las que, picados los pintores cristianos de la vanidad i orgullo de sus enemigos, habian tratado de deslucirlos dando á sus héroes una espresion mas fiera i dominante.

Se hallaban á su continuacion varios retratos de personajes vivos, i de otros que habian muerto desde mucho antes: entre aquellos vió Teodora la altiva figura de Alonso de Aguilar, en cuyo noble semblante estaba impresa aquella viril espresion que le traia vivamente á su memoria la imágen de su hija Leonor. Se hallaba asímismo el famoso i terrible Ruiz Diaz de Vivar, por sobrenombre el *Cid Campeador*, montado en su no menos celebrado *Babieca*, empleados ambos activamente en la destruccion de los moros; porque está admitido por tradicion de que este animal tenia un instinto de horror i ódio á los infieles, i de que nunca desaprovechó toda ocasion en la que pudiera acreditar sus patrióticas inclinaciones á fuerza de bocados i de coces. Estaba asímismo la venerada i

santa figura del apóstol Santiago corriendo como un remolino por los aires sobre su blanco caballo, i ejercitando aquellas prodigiosas hazañas que tanto han embellecido las páginas de los libros antiguos; i de cuyas ricas fuentes han sacado los romanceros tan brillantes materiales para cantar las glorias de sus héroes. Los retratos del católico Fernando i de su augusta esposa Isabel se veían asimismo juntos con los de otros muchos soberanos i guerreros cristianos que habían tenido una parte brillante en la historia de su patria.

Teodora lo fue recorriendo todo indeliberadamente hasta que al llegar á la estremidad de la galeria, i cuando iba ya á retirarse, se vió de repente sorprendida con la vista de una figura que conmovió todos sus sentidos: era Gomez Arias retratado con tanta verdad i exactitud, que aquel lienzo parecia animado; su atrevido porte, su activa sonrisa, sus sagaces miradas, todo estaba conservado religiosamente en aquel inanimado recuerdo de

existente realidad. Teodora lo miró una i mil veces hasta que sus dilatados ojos parece que iban á salirse de sus órbitas. La desgraciada jóven quedó desconcertada con el melancólico placer de repasar la semejanza de aquellas hermosas facciones, á las que su viva imaginacion comunicaba nueva vida i pasion. Se fijó de tal modo en dicha pintura, que llegó á figurarse que tenia presente á su querido Gomez Arias, i disfrutó de aquella parte de felicidad que su amante no dejó de escitar siempre que le comunicaba los ardientes votos de su alma.

Teodora permaneció sumida por algun tiempo en un torrente de ideas penosas, pero placenteras; i al recordar las antiguas escenas del principio de su pasion llegó casi á olvidarse de la horrible suerte de su amante. Conmovidá por su vehemente entusiasmo tuvo un momento de felicidad; pero ¡ah! cuán corta i cuán pasagera fue aquella ilusion, lá que apenas se hubo desvanecido sumergió á

la infeliz en una afliccion infinitamente mas profunda ! La pesada i bronceada voz de la campana de la catedral destruyó de repente aquel mágico encanto ; Teodora despertó de su sueño , i todo volvió á ser de nuevo un caos de miseria i abatimiento.

Volvia ya del templo la espléndida procesion anunciada por el activo repique de las campanas i por los ecos marciales. Deseosa Teodora de ocultar su estado de agitacion se metió en su cuarto , en donde procuró serenarse del mejor modo posible.

Habiendo pasado muy pronto á verla la generosa Leonor , le venid conmigo, la dijo: «supongo que, á lo menos, honraréis nuestra mesa, ya que no he podido conseguir que adornáseis la procesion.»

Permitidme, respondió cortesmente Teodora , que me propase hasta abusar de vuestra cariñosa indulgencia , rogandoos me escuchéis de recibir vuestros favores. Mi alma no se halla en estado de participar de la alegría,

i yo no podria menos de introducir alguna sombra de tristeza en vuestra brillante comitiva.

Tenia Leonor un conocimiento superior de la naturaleza humana, i una delicadeza no comun de discernimiento : consideró prudentemente que seria mas fácil ofrecer un verdadero consuelo con su aquiescencia á los deseos de aquella afligida jóven, que con forzadas tentativas para penetrar de alegria á un corazon que no estaba preparado todavia á recibirla. Complacida Teodora en su solicitud pasó el resto del dia ocupada profundamente en sus melancólicas reflexiones, i en discurrir la conducta que debia observar en su desgraciada situacion : su afligido corazon se volvió con el mas vehemente afecto ácia la casa de su infancia : sus ideas se dirijieron apasionadamente ácia aquel puro canal del que se habian desviado por tanto tiempo, i llegó á aterrarse su conciencia, sobradamente acriminada por su innegable culpa. Esperaba sin embargo que su padre no habia de

desechar á su triste i arrepentida hija : por grande que fuera su ofensa ácia el autor de sus dias , no podia ser mayor que el amor paternal que siempre habia manifestado á la única existente prenda del cariño de su madre, i al único vástago de su antigua casa.

Estas consoladoras reflexiones templaron felizmente el corazon de Teodora : se levantó de su abatimiento con un repentino esfuerzo de resolucion , determinada á dar cuenta de sus desgracias i deseos á su generoso libertador tan pronto como llegase , i á pedir su asistencia para ser conducida á los pies del desconsolado Monteblanco.



## CAPITULO VI.

*Teodora ve á Gomez Arias pasear de noche por el jardin, i cree que es una fantástica vision. Diálogo interesante con la locuaz Lisarda. Encuentro de Teodora con Roque, de cuya boca oye la perfidia i traicion de Gomez Arias. Amargo dolor de Teodora mas sensible todavia que el que le habia causado su creida muerte.*

Era una noche dulce i serena, una de aquellas noches que en el hermoso clima de Andalucía suceden al pegajoso ardor de un día de verano. El hermoso dosel del cielo brillaba con suave calma esmaltado en innumerables estrellas, la luna iluminaba los mas altos palacios i los firmes torreones de Granada,

i teñía los árboles del jardín de don Alonso con su plateado reflejo.

¡Calma encantadora! en medio de ella se oye el fuerte sonido de una pesada celosía morisca que al abrirse descubre una muger embobada en la contemplación, con los ojos fijos i su figura inmóvil; levanta sus trémulos dedos á su blanca frente, i se reclina sobre su brazo para contemplar con ánimo distraído las escenas de la naturaleza dormida. Parecía deleitarse en el profundo silencio i adquirir nueva vida entre las misteriosas sombras que reinaban á sus alrededores. Sentada á modo de una fantasma en la triste ventana, envuelta en la oscuridad i en sus blancos vestidos que competían con el color de su tez, parecía una estátua animada.

¡Era esta Teodora! La desgraciada Teodora, la que devorada por la mas profunda melancolía habia dejado su cama para disfrutar sin molestia de toda la amargura de su dolor. El jardín trajo mui pronto á su memoria las pasadas desgracias i el origen de sus

actuales infortunios. Era, pues, en un jardín, i en noches parecidas á la presente en las que habia tenido sus sesiones con Gomez Arias, así como su última cita que habia decidido de su suerte i producido los trastornos que la afligian. Todo estaba tranquilo i sereno á su alrededor; Teodora sintió una fiera i romántica sensación de deleite al contemplar objetos tan parecidos á los que habian presenciado su dicha anterior. La sublime i respetuosa tranquilidad de la azulada bóveda del cielo; el blando mecimiento de las hojas del bosque; la forma de espectros que presentaban los árboles altos envueltos por un lado en las oscuras sombras de la noche i brillando por otro en sereno aunque opaco resplandor; el ligero murmullo de la animadora brisa, todo contribuia á conducir sus sentidos á un sueño placentero i engañoso. Escuchó, i creyó haber oido la voz de su amante; miró temblando con la mayor ansiedad por descubrirle, cuando de entre lo mas espeso del fragante mirto sale una figura alta i magestuosa.

¿Será posible? ¿ó su delirante imaginación habrá conjurado alguna aerea fantasma para que venga á engañarla? Mas no, que es él, es Gomez Arias, i al contemplarlo intensamente se movia la sombra alargándose al reflejo de la luna. No hai duda; es su amante á quien vé i que camina con el mismo donaire como cuando le vió por la última vez en el jardin de su padre. Se acerca la fantasma, no con el rígido é inerte semblante de un habitador de los sepulcros, sino brillando con la alegría de un amante afortunado, i expresando con sus ojos toda la viveza de su alma. Se mueve, pasa, se va; i Teodora en la complicacion de sus ansias permanece con los ojos fijos en el espacio en el que habia distinguido la forma del objeto de su adoracion.

Por algún tiempo estuvo sumida en un delicioso trasporte, hasta que la sonora campana de un convento inmediato que llamaba á la oracion disolvió de repente aquel poderoso encanto, i disipó la brillante ilusion por la realidad del dolor. La querida imagen de

su amante había desaparecido, i un velo de luto parece que habia caido sobre todos los objetos que la rodeaban. La atmósfera se impregnó de una fria tristeza, el viento de la noche empezó á soplar lúgubrementé por entre los espesos arcos de los árboles; la luna arrojó una descolorida luz por detras de las nubes agrupadas, i el semblante de la muerte se apoderó de aquellos lugares.

Teodora no pudo presenciar por mas tiempo aquella horrible escena, i se retiró precipitadamente á su cama á hacer los posibles esfuerzos para tomar algún descanso; mas ¡ah! el dulce sueño no pudo cerrar sus cansados párpados; por intérvalos sin embargo se apoderaba de ella una cierta postracion de sentidos, pero de influencia tan opresora, que era preciso luchar fuertemente para volver en si. Pasó la noche, amaneció el dia, mas no trajo alivio alguno á su pena. Se levantó temprano, i dirigida como por un impulso natural se acercó á la ventana que dominaba el jardin: estando allí recreándose con la vi-

sion nocturna, fue sobrecogida por Lisarda, que era una de sus criadas; venia mui satisfecha i con un aire de importancia, resuelta firmemente á no perder la ocasion de emplear útilmente sus servicios, i de ejercitar sus locuaces talentos.

Buenos dias, mi señora. ¿Cómo habeis pasado la noche? Mui bien, así lo creo, porque esta es una habitacion mui quieta i mui sosegada. ¿Pero, válganos la Vírgen, qué pálida estais! ¿Os sentís algun mal? Llamaremos algun médico, los hai mui buenos, os curarán pronto. ¿Envio por ellos?

Gracias, respondió Teodora, mi enfermedad no se cura con el poder de la medicina: está en el corazon, i toda la ciencia médica no puede serme de ningun provecho.

Alegraos, señora, repitió Lisarda; este es tiempo de regocijo en Granada, i seria lástima por cierto que hubiera un corazón angustiado entre el júbilo general. ¿Cielo santo, todos nos volvemos locos con la mera anticipacion de tanta fiesta!

Os felicito sinceramente, respondió Teodora, aunque no pueda ser partícipe de vuestra alegría.

Pero tambien vos debeis regocijaros, exclamó Lisarda: ¿i cómo puede hacerse de otro modo al considerar que debe llegar muy en breve nuestro amo don Alonso de Aguilar?

Será indudablemente, contestó Teodora, el mayor consuelo para mi afligido corazón ver á mi valiente i generoso libertador i rendirle el tributo de mi humilde i bien merecida gratitud. Su llegada, continuó Lisarda con una prodigiosa volubilidad de lengua, será la señal de innumerables placeres porque, gracias á Dios i al poderoso Santiago han llevado los moros tales golpes, que no podrán renovar en mucho tiempo sus diabólicas locuras, i ha llegado ya á cumplirse este feliz suceso que hemos esperado por tanto tiempo i con tanta ansiedad.

Sí, dijo Teodora maquinalmente, tendremos paz.

Si que tendremos paz, replicó la habladora Lisarda, i en verdad ¿cómo puede ser de otro modo? Pero no es esta la sola felicidad para los amigos i dependientes de don Alonso de Aguilar.

Al decir esto, miró fijamente á Teodora esperando que la preguntase algo sobre la indicada felicidad; mas como no descubriese síntoma alguno de su intencion, creyó necesario dar ella misma las preguntas i respuestas para que no se acabase el diálogo, que era lo que mas temia aquella muger atolondrada.

Ahora pues, continuó, mi buena señora, me atrevo á asegurar que no podreis adivinar el motivo de tan felices anticipaciones.

En verdad que no, respondió Teodora con indiferencia.

Pues bien, no quiero teneros mas tiempo suspensa, ya que manifestais tanto deseo de saber todos estos pormenores.

Teodora dejó traslucir alguna pequeña impaciencia por la intempestiva charla de su

criada; pero la desatentada moza sin reparar en nada prosiguió en tono de verdadera complacencia.

La felicidad en cuestion es nada menos que una boda.

¡Una boda! exclamó Teodora con alguna turbacion.

Sí, una boda, repitió Lisarda enfáticamente, acompañando la importancia de sus palabras con un movimiento de su cabeza i manos, i dando una palmada en señal de certeza. Una boda, i tal que no se ha visto otra igual en Granada por muchos años.

¿I quién es la novia afortunada? preguntó Teodora, no por curiosidad sino meramente por condescender con el parlero humor de su sirvienta.

¡La novia! la novia es nuestra mui amada i mui noble ama la señorita doña Leonor.

Ella merece un caballero completo, repuso Teodora con afabilidad.

Si señora que lo merece, replicó Lisarda, hemos tenido un enjambre de pretendientes, i

á cual mas noble. El futuro esposo es con efecto uno de los caballeros mas dignos i mas perfectos, i no de otro modo podia ser favorecido con la eleccion de doña Leonor; no es sin embargo santo de toda mi devocion, ni tampoco es quien debiera haberse casado con mi señora; pero el que estaba destinado para ella ha sido escludido de tan deseado empeño por un inesperado suceso que ofreció un insuperable impedimento al matrimonio.

¿I cuál fue ese accidente? preguntó Teodora.

La muerte, contestó Lisarda: se ha dicho i se cree firmemente que el desgraciado caballero fue asesinado por los desalmados moros de las Alpujarras; i con efecto su desaparicion de Granada desde mucho tiempo hace tener por fundada esta funesta noticia.

Teodora experimentó un involuntario estremecimiento al oír este suceso; ni era posible que dejase de producir la mas desconsoladora sensacion una semejanza tan grande con la suerte que habia sufrido su propio a-

mante. Lisarda prosiguió sin hacer caso de la pena que habia infundido en el ánimo de Teodora.

I fue verdaderamente bien sensible esta desgracia, porque no puede hallarse en toda España un caballero mas esforzado i generoso, ni mas amable, bizarro, rico i espléndido.

¿I cuál es el nombre del novio actual?

Es ciertamente uno de los mas valientes i de los mas queridos de la corte.

¿Pero cómo se llama?

A decir verdad hai otros muchos de igual mérito. No es el maestro de Calatrava; oh no; sus atractivos son ya demasiado maduros para el gusto de doña Leonor.

¿Pero quién es? preguntó Teodora otra vez.

Uno de los hombres mas hermosos por cierto; pero no entendais que es don Felix de Almagro, ó el jóven Garcilaso, ó don Juan de — no. —

Mas finalmente, buena Lisarda, ¿cuál es su nombre?

Oh, su nombre es muy glorioso; pero ahora que pienso, ¡qué desmemoriada i que simple que soi! ciertamente debiera traeros un hermoso vestido que mi ama os ha mandado hacer; perdonadme, amable señora, corro á reparar mi descuido; i sin esperar la respuesta se salió del cuarto.

Teodora experimentó una estraña sensacion con la noticia que habia recibido. Habia de celebrarse muy pronto una boda, á la cual seria probablemente convidada; i la sola idea de presenciár una ceremonia que por necesidad debia producirle los mas penosos recuerdos aumentaron considerablemente su agitacion. Se perdia en conjeturas respecto al novio, i llegó á persuadirse de que éste no podia ser otro sino don Antonio de Leiva: le asustaba por lo tanto la necesidad en que se iba á ver de presentarse delante de quien por eleccion de su venerable padre debiera haber sido el poseedor de su mano.

A fin de disipar imágenes tan desagradables, se dirigió ácia el jardin, i llegó hasta

el mismo sitio en que se le había aparecido la figura de su amante en la noche anterior, gozando de un inesplicable deleite al visitar unos lugares que habían sido favorecidos por la vision de su nunca olvidado Gomez Arias. Permaneció algun tiempo paseándose entre las fragantes avenidas de los naranjos i limoneros, ora descansando sobre el pedestal de una fuente refrescando su cara i manos en el agua trasparente i ora contemplando las demas bellezas de aquellas alamedas. Sus suspiros parecian entonados con el suave i melancólico murmullo de dicha fuente, é iba ya cayendo Teodora insensiblemente en su acostumbrado delirio, cuando se vió agitada por el ruido de algunas pisadas: levantó sus ojos i descubrió un hombre que venia en derecha á cruzar por donde ella se hallaba; i observó con el mayor asombro que era el mismo Roque. Quedó este buen escudero totalmente trastornado al reconocer á su antigua ama, se hizo tres veces la señal de la cruz, i con

ojos de alarma i con la boca abierta miró una i mas veces como si dudase de la realidad de lo que estaba viendo. Satisfecho por último de que era la misma Teodora, la desgraciada i abandonada víctima de su amo, hizo un precipitado movimiento para retirarse de aquel sitio.

Detente, Roque, detente! gritó ansiosamente Teodora; tú ciertamente no me has de dejar de este modo; ¿qué te alarma? ¿es por ventura mi figura abatida i desamparada? ¡Ahi de mi! bien puede causarte sorpresa, porque mis amargas angustias han dejado tristes señales sobre mis facciones.

Roque se acercó entonces, mas no sin echar una mirada al rededor, como si temiese que alguien le observase. ¿Qué tienes, Roque? preguntó Teodora sobrecogida; tú tiemblas, ¿i por qué? ¿qué misterio es ese? ¡El cielo me valga! exclamó Roque volviéndose á santiguar. Oh! añadió Teodora, juntando sus manos en tono del mas vivo ruego, no me ha-

gas mas desgraciada con tal suspension : habla ;  
 ; Gran Dios ! ; cómo habeis venido aquí ,  
 señora mia ?

; Ahí de mí ! respondió Teodora , la rela-  
 cion de mis padecimientos es tan difusa como  
 triste ; mejor es que me informes tú de asun-  
 tos que me interesan mas vivamente : dime ,  
 añadió con ansiedad , dime las circunstancias  
 de ese horrible suceso que me ha conducido  
 á un eterno llanto .

; Ese horrible suceso ! respondió Roque  
 con un aire de verdadera estupidez .

; Ah Roque ! fue con efecto espantoso , i  
 no en vano me lo avisaba mi corazon con acia-  
 gos presagios .

Si , amable señora , dijo Roque casi com-  
 pungido , fue verdaderamente un suceso es-  
 pantoso , lo confieso .

Y tu Roque , tu eres responsable de una  
 gran parte de las desgracias que han ocurrido .

; Ah señora ! conozco que me faltó el áni-  
 mo en aquel crítico momento ; pero tal vez  
 no soi totalmente indigno de perdon , porque

¿qué otro partido podia yo tomar?

Pelear, contestó resueltamente Teodora.

¡Pelear! dijo Roque, ¡pelear! ¡Buen Dios! no creo que pretendais que debia yo entrar en lucha con un ejército de despechados moros; mas de mil debian ser segun los que yo ví; perdí con efecto mi serenidad para contarlos, pero ciertamente no bajaban de aquel número; i exigir que el pobre Roque, á quien el cielo ha dotado de un temperamento el mas pacífico, vaya á pelear con mil moros, es querer lo mismo que resistir á Satanás escoltado por toda una legion de demonios.

¿Pero te parece á tí que merece excusa, añadió Teodora, haber abandonado á tu amo en la hora del peligro?

¡Abandonar á mi amo! exclamó Roque, ¡válgame el cielo! Por caridad, señora, si fue mi amo quien me abandonó á mí.

¡Quita allá villano! yo creí que no llegaría tu bajeza á insultar la desgracia con una burla tan grosera.

Por caridad, señora mia; no estoi yo para burlas; i permita el cielo que la primera que salga de mis lábios me deje patiteso; pero en cuanto á abandonar á mi amo, gracias sean dadas á la Virgen Santísima, que nadié podrá acusarme de ese crimen: uno no puede remediar su repugnancia de empeñarse en rifas i combates si su estrella no le inclina á ellos; i esto ha sido verdaderamente lo que á mi me ha sucedido; pero si alguno quisiera poner en duda mi fidelidad, este miserable cuerpo desmentirá la acusacion haciendo ver los honrosos golpes que ha recibido al servicio de su amo. Si yo hubiera sido menos constante en seguir á mi señor Gomez Arias, me habria ahorrado innumerables pescozones, cintarazos, i torniscones.

¿Te atreves á hablar de este modo; interpuso Teodora, cuando echastes á huir vergonzosamente apenas se presentaron los moros; i dejando que tu valiente i desgraciado amo fuera asesinado por ellos?

Roque quedó hecho una piedra al oír tan

inesperada acusacion; i en mucho tiempo no pudo hallar términos adecuados para manifestar su sorpresa: dirigió á la dama una mirada de asombro i compasion, encogió sus hombros, i en un tono de voz casi imperceptible, dijo: ¡ pobrecita! que el cielo la conserve, he aqui los efectos de una pena excesiva.

Sin reparar Teodora en estas exclamaciones; prosiguió: ¡ ah infeliz! ¿ qué podia hacer el valor de un hombre solo contra la fuerza reunida de tantos enemigos!

Si, si, nada, respondió Roque, nada ciertamente; pero señora, aunque el valor de mi amo haya sido siempre extraordinario, lo que yo no disputo, no entiendo por qué deba ser elogiado por hechos que ciertamente no le pertenecen.

¡ Cómo! replicó Teodora con viveza; te atreverás todavia á defraudar á su memoria su bien merecido premio, i á lo menos la posesion de un nombre glorioso?

De ningun modo, buena señora, contes-

tó Roque humildemente; ¿defraudar yo á mi amo un tesoro tan apreciable como es un nombre glorioso cuando no soi capaz de enagenarle un maravedí? pero no sé por qué se estraña que yo quiera negarle una ventaja en la que nunca ha pensado; ni concibo por qué se le han de dispensar tantos elogios cuando en el caso de que se trata recelo mas bien de que de ningun modo trató de distinguirse.

Tus espresiones, dijo Teodora, son tan enigmáticas que yo no puedo entenderlas: sus mismos enemigos aseguraron que había peleado con bravura i que había muerto como un héroe; si, Roque, i añadieron que si tú no le hubieras abandonado en aquel crítico momento, no habria sido tan fácil su victoria.

¿Santa Bárbara! gritó Roque mas admirado que nunca; ¿eso han dicho los moros? no me parece mal que esos malandrines hayan hablado en términos tan favorables de mi ilustre amo. ¿Buen Dios! ¿buen Dios! continuó de un modo confuso é incoherente. Señora mia, perdonad mi impertinencia; pero

quereis decirme si estoi despierto?

¡Despierto! repitió Teodora.

Si señora, porque ó yo estoi dormido, ó vos soñabais cuando aquellos bribones os refirieron ese cuento.

! Oh Roque! deja á un lado tales bellas-querías, tan impropias en tí cuando hablamos de una persona á quien sabes tú que he amado con exceso, i cuando hablamos de su prematura muerte.

¡La muerte de Gomez Arias, decís, replicó Roque con mayor pasmo! ¡Mi amo muerto? ¡En nombre del cielo! ¿qué decís, señora?

La verdad; yo misma he visto con estos desgraciados ojos su cuerpo asesinado en las Alpujarras; ¿tan ignorante te hallas, tú, Roque, de su suerte?

Por cierto, señora, que esta es la primera noticia que tengo de tal suceso; i temo que vayais tambien á decirme que habeis visto su espíritu.

En verdad que la noche pasada se me apa-

reció su figura tan perfecta i distintamente como cuando le vi por la última vez en las Alpujarras.

Roque contuvo lo mejor que pudo su risa; i figurándose que el entendimiento de la pobre señora había sufrido algun trastorno, dijo en un tono serio-jocoso: no hai duda que mi amo es un hombre prodigioso porque su cadáver sirve de pasto á los grájos de las montañas, i su agitado espíritu va errante por el jardin de don Alonso, siendo asi que lo he visto no hace mucho tiempo luciendo los paseos de Granada en perfecta salud de cuerpo i alma.

Teodora hizo lo posible por tomar aliento llena de admiracion i sobrecogimiento con tales anuncios. El criado estaba asi mismo en la mayor perplegidad; pero viendo que Teodora dudaba todavia de la veracidad de su aserto, dijo en tono serio i de un modo positivo, «señora, estais engañada, mi amo vive. Vive! gritó descompasadamente Teodora, temblando todo su cuerpo como la hoja del

alamo; ¡vive! ¡pues donde, donde está?

En esta ciudad i va á venir mui pronto á palacio; no puedo deciros mas, señora mia, permitidme ahora que me retire para que vos podais hacer lo mismo.

Roque era un pobre mozo de temperamento suave i compasivo; su aquiescencia á las libertinas disposiciones de su amo procedía mas bien de la timidez de su carácter que de la perversidad de su corazon: se hallaba por lo tanto en la mas penosa confusion al pensar en el desastroso resultado del encuentro de Gomez Arias con la abandonada víctima de su satisfecha pasion; i llegó casi á sentir haber disipado el error en que persistia Teodora respecto á la muerte de su amante.

Recobrada ésta en parte del violento choque que habia sufrido su ánimo, sintió un cierto temor i vaga aprension del mal que habia de emponzoñar las primeras impresiones que habia recibido de placer con la certeza de la existencia de Lope. Procuró dar una solucion á este enigma; pero no halló ningun-

na que conviniese á sus sentimientos. La circunstancia de hallarse su amante en Granada, i al parecer sin mostrar el menor interés por su suerte, hacía vacilar sus galanas esperanzas cuando se acordaba de la íntima persuasion en que habia vivido de que Gomez Arias no podria separarse de ella sino con la muerte. Su suspension fué, pues, terrible, i no dejó de aumentarla la conducta de Roque; fijando en éste sus furiosos ojos i cogiéndole ásperamente la mano, dijo en voz sumamente alterada i ansiosa: ¡Roque! ¡Roque! en nombre del cielo, desentraña este misterio. ¿Me dejó Gomez Arias en poder de los moros, sin empeñarse en mi defensa?

Roque no contestó.

Teodora se puso en la mayor agitacion, i con voz penetrante esclámó: ¿luego es cierto? !tu silencio me confirma mis temores. Una feroz sonrisa se asomó á sus lábios, i una mortal palidez cubrió todas sus facciones.

Roque conoció ya que era imposible ocultar mas tiempo á su víctima, la crueldad de

su amo; temia, sin embargo, hacerla sabedora de toda la estension de su desgracia; temió las consecuencias que tal confesion habia de producir en su ánimo, bien persuadido de que para una muger de extraordinaria sensibilidad i elevados pensamientos, la muerte de un amante podia ser sobrellevada con mas facilidad que su abandono. Las circunstancias exigian por otra parte que Gomez Arias i Teodora no volvieran á verse jamas; porque tal encuentro habia de producir amargas i vergonzosas reconvenciones al primero, angustia, desesperacion, i tal vez la muerte á la ultima.

En el entretanto Teodora estaba leyendo en el agitado semblante del criado una série de infortunios todavia mas crueles que cuantos habia sufrido hasta entonces; mientras que Roque, que temblaba ser sorprendido por Gomez Arias si continuaba mas tiempo en su conferencia con Teodora, se armó de toda la posible resolucion para decirle de una vez la traicion de su amante; señora; exclamó

con énfasis, procurad por Dios revestiros de toda vuestra fuerza contra la horrorosa noticia que voy á comunicaros; debéis olvidarle para siempre; i si consultais la felicidad de todos los que se interesan en vuestro bien estar i en el suyo, decidireis no volverle á ver jamas.

¿Qué quereis decir? preguntó Teodora con redoblada agitacion.

Vuestro amante es falso, señora; debéis volar á los brazos de vuestro padre, ó correr el riesgo de ser encerrada en el triste recinto de un convento. Estas eran las intenciones de mi amo cuando la llegada de los moros vino á frustrarlas; asi pues si llegase á saber que os hallais ahora en Granada en donde vuestra presencia puede ofrecer insuperables obstáculos á su carrera, os podria costar caro. Yo soi un pobre hombre, un verdadero dominguillo obligado á sufrir el mal humor de mi amo; pero no me deshonraré hasta el punto de permitir que quedeis espuesta segunda vez á las temidas ame-

nazas de Gomez Arias. Huid pues, señora; huid á los brazos de vuestro tierno padre:

Teodora fijó una fiera mirada sobre Roque, espresando con ella bien patentemente el helado horror que le habia causado su relacion: no habló; mas se vió retratado en su semblante todo el fuego de la desesperacion; un frio sudor fue recorriendo su pálida frente, i llegaron á ponerse vidriados sus ojos.

Roque se estremeció al ver sin movimiento aquella figura tan amable; pero como conocia el peligro que corria si prolongaba su permanencia en aquel sitio, dijo con un tono suave de voz, »señora, sois mui desgraciada; pero considerad cuales serán las consecuencias si nos ven juntos; permitidme por lo tanto que me retire, i mandadme cuanto querais; mas de ningun modo os presenteis delante de...»

Fue interrumpido por Teodora, la que se conmovió al observar que se iba á pronunciar aquel horroroso nombre, en otro tiempo tan querido.

Roque, dijo en tono que indicaba estar

animada de mas resolucion de la que podia esperarse de su lastimoso estado; Roque, me retiraré, calla, i que vuelva yo á verte otra vez. Sí, añadió con voz de dolor, vale mas que no vuelva á encontrarme con ese fermentido.

Se retiró entonces de aquel sitio, i se dirigió ácia su cuarto. Aquella pasion tan profundamente arraigada en el corazon femenino, i el deseo de apurar la perfidia de su amante le determinaron á seguir el consejo del criado; no porque le arredrasen las desastrosas consecuencias de su entrevista; por que ¿qué puede temer una muger seducida cuando pide justicia contra un hombre por el que ha sido sacrificada? ¿es acaso la muerte? ¡Ah! este es el recurso que le queda, i su único consuelo.



## CAPITULO VII.

*Desolacion de Teodora al pensar en la inconstancia de su amante, i conducida al último grado de desesperacion cuando descubre por Lisarda, que aquel iba á casarse con Leonor.*

**R**oque se retiró precipitadamente del jardín, porque á pesar de los deseos que tenia de ser útil á Teodora, no se hallaba inclinado á incurrir en el desagrado de su amo, ni á atraer sobre sí los efectos de su indignacion: resuelto á observar un riguroso silencio sobre su conferencia con Teodora, i confiado en que los temores de la desgraciada jóven la inducirian á seguir este mismo ejemplo, no le quedaba otro recelo sino el de algun encuentro accidental.

Teodora en el entretanto se habia cerrado

dentro de su aposento en el estado mas miserable de abatimiento, i devorada por sus inagotables pesares: en medio de sus conflictos determinó buscar á su perjuro amante, i pedirle una esplicacion de su cruel conducta; pero la detuvo de repente un fiero terror que se apoderó de su alma: se arrojó en la cama con todo el rigor de la desesperacion, i con sus ojos llenos de lágrimas exclamó: »

«Sí, era el mismo á quien ví la noche pasada; le ví en el jardin, no hai duda, resplandeciendo su aspecto con la sonrisa, i sus ojos con el placer i la esperanza. El era feliz; si ya no se acordaba de su perdida Teodora; olvidado habia á esta víctima desgraciada, á la que habia jurado un amor eterno, i empeñado solemnemente su palabra.» Era esta la última i la mayor prueba de ingratitude, i con todo esperaba Teodora que esa negra mancha del corazón humano, fuera la sola causa que le hubiera inducido á abandonarla, i no su amor por otra persona: el figurarse que habia perdido enteramente su cariño era

una pena todavía mas cruel que cuantas habia sufrido hasta entonces; i hacía por lo tanto los posibles esfuerzos para arrojar lejos de sí tan desconsoladoras ideas.

La parlera Lisarda no tardó en presentarse segunda vez; llamó á la puerta, i aunque Teodora se hallaba poco dispuesta á oír sus intempestivas charlas, sintió sin embargo, un deseo interior de ver á esta doncella para saber la solución del misterio que tanto temia averiguar, i que tanta ansiedad habia escitado en su pecho. Abrió, pues, i no bien habia entrado Lisarda, cuando con su acostumbrada volubilidad de lengua exclamó, ; mui bien, mui bien amable señora! es preciso que me perdoneis; os he descuidado mucho tiempo; pero debeis considerar el dia en que nos hallamos, i que con la próxima llegada de mi amo, i con los preparativos de la boda está todo el palacio en asombrosa confusion.

No prosigais, replicó Teodora; no hai necesidad de que hagais la menor excusa; yo soi estraña en este lugar, i no tengo derecho

para llamar la atención de nadie, mucho menos en estos momentos.

Son con efecto, continuó Lisarda, momentos muy ocupados; el glorioso don Alonso llega hoy, y su hermosa hija será conducida mañana al altar: considerad tan solo, mi buena señora, ¿qué boda va á ser esta? la Reina y el maestre de Calatrava, por ausencia del Rei, van á ser sus padrinos.

Esta prueba del real favor, dijo Teodora, pone bien en claro los méritos de ambos contrayentes; pero todavía me resta saber el nombre del caballero que se ha hecho acreedor á tanto honor. Pronunció estas últimas palabras con un tono vacilante de voz, cuya agitación no dejó de ser observada por Lisarda, á pesar de su atolondramiento.

¡Válgame Dios! exclamó, ¿qué teneis querida señora, que os habeis puesto tan pálida?

Nada, nada, no me siento nada, tan solo deseo saber el nombre del futuro esposo de Leonor.

Afortunado una y mil veces puede lla-

marse, contestó Lisarda, porque doña Leonor es la señora mas completa i la mas hermosa. Ahora va á salir al encuentro á su noble padre, i la acompaña el novio i una numerosa i magnífica comitiva; pero escuchad; no oís las pisadas de los caballos i el sonido de los clarines?

Corrió á la ventana, i Teodora la siguió con una incorregible ansiedad. Vedlos, la dijo alegremente, vedlos que van á salir; aquella que monta ahora á caballo es mi señora, i el que la tiene el estribo es el novio.

Teodora quedó aterrada al ver que aquel era Gomez Arias; ya no pudo observar mas porque llegó su corazon á quedar confundido con todo el horrible peso de su suerte; la burladora sonrisa que habia seducido su corazon; la traidora elocuencia de sus ojos que habia sido la causa de su ruina; todo estaba ya dedicado á otro objeto.

No profirió Teodora ningun lamento, ni se la escapó el menor suspiro ni sollozo; pero se retiró silenciosamente ácia atrás con toda

la calma del mas horroroso espanto: ya no tenia nada que esperar ni que temer; habia apurado el cáliz de su desgracia, i podia hacer frente á todo contraste: este último golpe le habia comunicado el pasivo valor de la furia i desesperacion.

Ocupada como se hallaba Lisarda con aquellos deslumbradores objetos, no echó de ver la situacion de Teodora, i sin quitar la vista de la comitiva continuó sus observaciones: »vedlos qué hermosos van, Dios »los bendiga.» En verdad que no puede ser tachado el gusto de mi señora, porque don Lope es el mas galante de todos los caballeros. ¿Qué os parece, amable señora? Dicen que tiene muchos i graves pecados que espiar por el catálogo de inocentes jóvenes que ha seducido i deshonorado: que el cielo las ampare á esas pobrecitas; las compadezco, aunque á decir verdad, ellas se tienen la culpa por haber sido tan tontas que se hayan fiado en las halagüeñas promesas de un hombre

tan peligroso: ¿qué decís, venerada señora, ¿no tengo razón?

Felizmente se habia ya perdido de vista la comitiva i se interrumpieron por lo tanto las disertaciones de Lisarda. Volviéndose entonces á Teodora, que se habia quedado sin movimiento desde que la primera de sus miradas la hubo anunciado todo el rigor de su desdicha, la dijo con el mas oficioso empeño: «¿qué podré hacer, señora, para divertirlos? » en verdad que no acierto; porque si no os habia movido la espléndida vista que se os acaba de ofrecer, no sé qué otra cosa pueda afectarlos. Decidme, os ruego, si os puedo dar algun consuelo.»

Gracias, dijo Teodora levantando momentáneamente sus ojos, gracias por vuestras cariñosas intenciones; pero si algo puede aliviar mis penas es el quedar entregada á ellas libre i sin molestia.

Qué decís, amable señora? No deben verse hoy caras tristes en la boda; sería ese un mal

agüero; nada hai en el mundo como el buen ejemplo; i cuando veis que todo el mundo se regocija, espero que no querreis turbar esta alegría general. Animo, señora; vendrá otro tiempo mas feliz; en la fiesta de mañana van á fijarse vuestras ideas en otros objetos sumamente interesantes para las que se hallan como nosotras en la primavera de la juventud.

¿No digo bien? ¿Feliz? exclamó Teodora en tono de ironía, ¿feliz? Mas deseando cubrir pronto el mal efecto que podía producir su falta de reserva añadió: «¿quién puede prometerse felicidad en este mundo?»

Eso es verdad, respondió Lisarda, porque hai muchos i muchos amantes que han nacido para ser desgraciados i para morir de despecho, i aun aquellos que se casan, cuántas veces maldicen el dia en que;... pero no, no nos hallamos ahora ni en uno ni en otro caso. ¿Mañana! ¿Es con efecto mañana cuando debe hacerse esta ceremonia?

No hai duda; demasiado tiempo ha sido diferida; esta amable pareja se habria enlazado ya desde muchos meses si indispensables impedimentos no hubieran retardado el cumplimiento de sus mutuos deseos.

Las confusas voces del pueblo i el penetrante sonido de infinitos clarines anunciaron la llegada de Aguilar á Granada, i Lisarda salió desalentada dejando á Teodora entregada á sus devoradoras reflexiones. La desgraciada hija de Monteblanco tenia ya las iras inequívocas pruebas de la bajeza i traicion de su amante: Gomez Arias era un hombre sin fé; su fria i desalmada villanía sobrepajaba cuanto pudiera concebirse de indigno i abominable; Teodora permaneció por algun tiempo como quien se esfuerza en traer á su memoria la pasajera ilusion de un horrible sueño; levantó luego sus manos sobre sus hinchados ojos, cayeron algunas lágrimas sobre sus manos de mármol, i todo anunciaba el estado mas fiero de la desesperacion. Se asomó una amarga sonrisa á sus pálidos

i fruncidos lábios, se puso de repente en pie como si fuera movida por algún poderoso impulso, se arrinó incautamente ácia la celosía en actitud de escuchar; i los nombres de Aguilar i Gomez Arias, que resonaron unidos por el aire, aumentaron la fiereza de su pesar. Al día siguiente iba á presenciarse la union de su amante con su rival: ¡qué imagen tan horrible!

Teodora, aquella dulce i amable criatura, que poco antes tan rica en los atractivos de gracia natural habia sido el consuelo de su familia i el deleite de un tierno padre; aquella misma Teodora estaba ahora convertida en la espantosa figura de un ser frenético. ¡Infeliz! fue tan destructor el efecto producido en su fisico en aquellos pocos momentos, que los ojos de su apasionado padre no habrian podido reconocerla. Sensaciones totalmente estrañas á la índole de Teodora se habian apoderado de los diseminados fragmentos de un corazon quebrantado, depósito en un tiempo de angélica hermosura; i aquellas es-

presivas i delicadas facciones que la naturaleza la habia dispensado como intérpretes de blandos i cariñosos sentimientos reflejaban ahora fielmente toda la furia de la mas lastimosa enagenacion mental.

Se ha observado muchas veces que cuando el débil corazón de una muger ha sido dilacerado cruelmente por la perfidia del hombre, es capaz de elevarse al mas alto grado de furor i despecho. Con pasos irregulares que descubrian la confusion de su ánimo, cruzó por el silencioso cuarto; se iba acercando la fatal crisis que termina generalmente por dar cumplimiento á una loca idea ó por fraguar horrorosos planes. Habia llegado ya el momento en que se habian agotado las fuerzas de la paciente víctima; pero se serenó de repente: su ánimo se fijó en el delirio; i la desesperacion se veia pintada en la fria i apática espresion que parecia sujetar su existencia á un nuevo dominio.

## CAPITULO VIII.

*Fin desgraciado de don Rodrigo de Céspedes. Relacion de la fuga de Gomez Arias i de Roque para Granada cuando dejó abandonada á Teodora en manos de los moros. Perversa complacencia del primero al verse libre de la única traba que se ofrecia á sus cálculos de brillo i esplendor.*

Nos parece que ya es tiempo de volver nuestra vista ácia una persona que desempeñó un papel de los mas importantes en el principio de esta historia. El lector podrá acordarse de don Rodrigo de Céspedes, cuyas aventuras ocuparon algunas páginas de los primeros capítulos, si bien se ha ocultado sucesivamente á nuestra vista. Será preciso por lo tanto que volvamos á él, desviando por pocos momentos la atencion del interés que ofrecen

los actuales sucesos, para describir la parte final de aquel mui digno, pero malogrado caballero.

Dejamos á don Rodrigo con su escudero Peregil sufriendo pacientemente la lenta marcha de sus miserables cuadrúpedos, suspirando, maldiciendo i quejándose alternativamente de sus chascos i quebrantos. Era la noche espantosa, i el sitio en el que habian hecho alto debajo de las copudas ramas de un arbol, les presentaba un asilo mui penoso. Si su alojamiento era incómodo, su cena fue todavía mas mezquina i propia de hermitaños: consistia en yerbas silvestres que halagaban mui poco al paladar.

Resignados amo i criado á sobrellevar estos dos inconvenientes, esperaron con ansiedad la luz del dia. Don Rodrigo en particular penetrado completamente de que su rival Gomez Arias habia sucumbido en la refriega, se hallaba lleno de inquietud i con la mayor impaciencia de penetrar á la

parte mas recóndita de la montaña, en donde pudiera mantenerse oculto de las pesquisas de la justicia.

Así, pues, no bien el primer rayo de la aurora se habia presentado á despertar la dormida naturaleza; cuando se apresuró á probar hasta qué punto podia llegar la complacencia de su mula. Peregil siguió el ejemplo de su amo, i habiendo conocido que la fibra de su jumento habia mejorado considerablemente con la abundancia del pasto nocturno, montaron ambos prontamente á caballo, i procurando salvar el tiempo perdido dando mayor viveza á su paso, siguieron su ruta ácia lo mas espeso i lo mas áspero del bosque.

Dos dias consecutivos estuvieron caminando don Rodrigo i su escudero sin hacer los mayores progresos, lo que debe atribuirse principalmente á la mala disposicion de la mula i de su compañero. De este modo fueron errando con la mayor tristeza i desconsuelo; el pobre don Rodrigo se hallaba en el estado mas miserable; es verdad que habia sido sa-

tisfecha su venganza; pero ocupaban su ánimo al mismo tiempo sentimientos mas generosos. Reflexionaba con el mas profundo remordimiento, que por su desagravio individual habia privado á su pátria de uno de sus mas valientes defensores; conjeturaba asi mismo que la muger que habia manifestado tanta aversion á sus obsequios, se mostraría todavia mas repugnante para aceptarlos cuande le fueran ofrecidos por un hombre cubierto con la sangre de su favorecido amante.

En estas i otras reflexiones llegaron á aquellos sitios que se hallaban bajo el dominio de los rebeldes moros. Aunque creció con este motivo su ansiedad i zozobra, don Rodrigo sin embargo sufría con varonil firmeza todos estos peligros i tropiezos; pero su criado, que no tenia una fibra tan esforzada, se desahogaba en repetidas i fundadas quejas.

Señor, decia volviéndose á su amo, por cada instante nos vamos metiendo en mayores dificultades; hemos huido de las garras de los alguaciles para caer bajo las uñas de los

desalmados moros; pues por lo que hace á mi, por mala que sea la vista de los primeros, mas bien que sufrir el aspecto sanguinario de los segundos quisiera hallarme bajo la especial garantía de aquellos, aunque me encerrasen en el mas oscuro calabozo de Granada.

Volvamos, pues, á esa bendita ciudad, i arrostremos toda la persecucion de los amigos de don Lope, dijo don Rodrigo, quien aunque estaba dotado de gran valor personal, conocia que estas cualidades de nada podrian servirle contra enemigos, cuyo encuentro era inevitable si pasaban adelante.

Si, si, replicó Peregil, vamos á Granada, i que el Angel de nuestra guardia nos lleve sanos i salvos. ¡Bendita sea la Virgen! porque si bien mi imaginacion es algo viva i poética, me gustan poco sin embargo estos parages, pues me inducen á hacer estrañas metamórfofis: mi fantasía está continuamente alarmada, trasformando todos los objetos en lo que no tiene pizca de verdad: al amanecer se me figuró que mi jumento era un oficial

i vuestra mula un moro. Ciertamente que en esta parte somos iguales, mi venerado amo; porque asi como estais dispuesto en vuestros poéticos i amorosos trasportes á convertir las mejillas en rosas, los labios en coral, i sabeis hallar perlas en donde otros no ven mas que dientes, del mismo modo señor don Rodrigo, cuando me sopla la vena de poesía i miedo, estoi prodigiosamente inclinado á trocar todos los objetos que se me presentan á la vista, como son mi jumento i vuestra mula, los rebaños de ganado, las bandadas de cuervos, los hatos de vacas i los ladradores perros, en otros tantos malandrines i asquerosos musulmanes, i creo por lo tanto que mi chispa poética no es menos estravagante que la vuestra.

Hostigado don Rodrigo por los combinados inconvenientes del hambre i del cansancio, no hizo caso de los absurdos que iba comentando su tímido criado; pero alentado Peregil con el sufrimiento de su amo, prosiguió con mayor descaro.

Mal haya á todos los amantes que por una muger, por una sola muger, quando abunda tanto este genero en España hayan de degollarse unos á otros, correr toda clase de peligros i sufrir cuantas desgracias puedan affigir á la naturaleza humana. Noramala con todas ellas.

¡Calla miserable! exclamó don Rodrigo, no profanes con tus necios reparos i viles chocarrerias aquel tierno sentimiento que tu índole grosera i brutal no es capaz de apreciar ni de disfrutar.

I muy humildemente, contestó Peregil, doi yo gracias á la providencia por haberme concedido un corazon tan brutal i grosero, i de que se hallen en directa oposicion con mi genio estos refinados pláceres i sensaciones que no hacen mas que conducir el hombre á la miseria. Decidme ahora, mi honrado amo ¿hai alguna lei humana ó divina que mande que porque vos amais ciegameamente á Leonor de Aguilar i porque Leonor de Aguilar os aborrece con igual ardor, yo que

de ningun modo soi parte interesada en estas encontradas pasiones, haya de estar espuesto á los trabajos del hambre i de la sed, de la fatiga, de los peligros, i aun de la muerte?

Ocupado don Rodrigo con objetos mui diferentes no oyó las impertinentes observaciones de su escúdero, cuando de repente al aproximarse al recodo de un bosque fueron sorprendidos por una partida de feroces moros: saliendo éstos con viveza de su escondrijo acometieron á don Rodrigo i á su acompañante con todas las terribles señales de su indole vengativa, i del bárbaro placer de hallarse con tan apetecida presa.

¡ Detente! gritó con fiereza uno de aquellos bandolerós.

Don Rodrigo no dió otra contestacion sino la de sacar animosamente su espada i la de prepararse á una desesperada defensa.

I qué ¡vil cristiano! ¿te atreves á provocar nuestra cólera? tu vida pagará tamaña temeridad.

Eso, replicó don Rodrigo, os ha de costar algun trabajo.

Cayeron entonces los moros sobre el desgraciado caballero, quien aunque conocia la imposibilidad de resistir felizmente á tantos enemigos se defendió sin embargo con bravura é indomitez, mientras que Peregil tomó la fuga con igual precipitacion i terror. No duró mucho tiempo el combate; don Rodrigo cayó cubierto de heridas profiriendo con débil murmullo sus últimas quejas contra su infeliz suerte i desastroso amor. Los moros feroces levantaron su cuerpo, i segun costumbre que habian adoptado aquellos asesinos cuando caia en sus manos algun cristiano, lo colgaren al momento de un árbol; i despues de haberle dejado en él, fue cuando la casualidad los condujo al sitio en que estaba durmiendo la desvalida Teodora, abandonada por su depravado seductor.

La fuga de Roque, i las observaciones que habia oido á los mismos moros en la noche en que fue cogida hicieron creer á aque-

Ha desgraciada joven que habia sido su amante el que habia sucumbido á la crueldad de los bárbaros: así pues se lamentaba amargamente de la supuesta muerte de quien estaba en su vez perpetrando el mas negro rasgo de ingratitude. Nos parece este el lugar mas apropiado para dar cuenta del modo con que don Lope i Roque llegaron á Granada.

Este último que habia sido sobrecogido de terror halló á corto trecho de su fugitiva carrera á su desnaturalizado amo, quien quedó no menos sorprendido que alarmado al ver que su escudero venia sin Teodora.

¿Dónde está Teodora? preguntó con ansiedad. No se, respondió tristemente Roque, probablemente está á estas horas en el cielo.

¿Qué quieres decir con eso, villano? ¿te olvidastes de mis órdenes?

No ciertamente; pero cuando iba á ponerlas en ejecucion, algunos miles de moros de los mas desesperados vinieron á frustrar mis laudables intenciones. Mi primer impulso, al pensar en el valiente amo á quien tenia

ge el honor de servir, fue el de pelear con aquellos infieles, mas reflexionado mejor en el caso, vi que seria mas prudente ceder á la necesidad; i ya que no era posible salvar de sus manos á la señorita, crei que seria verdaderamente plausible privar á los rebeldes de un prisionero á lo menos á quien ellos podian estimar tal vez como el mas importante de todos; i asi en vez de hacer uso de mis armas recurrí á mis piernas i á las de mi caballo, las que me han sido de la mayor utilidad en muchas ocasiones.

Gómez Arias se puso de mal humor por un momento al oír la relacion de su escudero, porque calculaba las probables consecuencias del suceso; mas á pesar de la ansiedad que manifestaba por la suerte de Teodora no pudo disimular una especie de oculta satisfacción. Aquel acontecimiento alejaba el unico impedimento que pudiera contrariar sus designios: Teodora iba á estar mas segura en poder de los moros que en un convento: asi pues fue que pasar ya la menor pena por la

desgracia de aquella amable i demasiado confiada víctima continuó su viaje para Granada, sepultando los recuerdos de su perversidad en el brillante prospecto de su nueva carrera.

Se halló al dia siguiente con el ejército glorioso de don Alonso de Aguilar, por quien fue recibido con la mas cariñosa i paternal deferencia. Tuvó Gomez Arias la buena fortuna de distinguirse en el choque que tuvo con el Feri en el Gergal, i que condujo últimamente á la completa destruccion de los moros en Alhacen. Don Lope pasó á Granada con los prisioneros i se presentó á ofrecer sus servicios á la Reina: halló mui pronto en los recursos de su ingenio especiosos pretextos para cohonestar su larga ausencia de Granada, i su tardanza en acudir á la primera llamada de su futura esposa; pero Leonor de Aguilar, aunque de altivos i elevados pensamientos, era sin embargo muger en sus afectos, i recibió con agrado aquellas débiles excusas que fueron presentadas sin embargo con ardor por la elocuencia de su favorecido aman-

te: así pues mientras que la víctima de Gomez Arias estaba abandonada á todos los horrores de su suerte, mientras el venerable Montebanco apuraba el amargo cáliz de la aflicción, á aquel inhumano perpetrador de tantos males se gozaba libertinamente en los anticipados placeres de su próxima boda, i en los espléndidos honores que debian acompañarla.



**CAPITULO IX.**

*Teodora se dirige á asesinar á su amante; pero no tiene valor para consumar el crimen; se despierta éste; se reconcilia aparentemente con su víctima, con la idea de engañarla de nuevo, i de hacerle una traicion todavía mas horrible que la primera.*

Se iba adelantando la noche, i los numerosos convidados que habia reunido don Alonso empezaron á retirarse de aquella bulliciosa escena de fiesta i regocijo. El ruido iba cediendo, i aquellas antiguas salas ya no repetian los alegres ecos de los que habian asistido á festejar al victorioso Aguilar, pues que todos habian estado en realidad penetrados de júbilo, excepto uno solo que podia ser considerado como el sér mas abatido por sus crueles penas.

Ya, pues, habia quedado todo sepultado en el mas profundo silencio; i de tanto lujo, esplendor i magnificencia no se observaba mas que un frio sosiego que comunicaba al alma un penoso sentimiento de melancolía i pesar. Sobre las grandes mesas se hallaban todavía algunos diseminados fragmentos del banquete: se veian á un lado frutas las mas esquisitas, á otro rancios i esquisitos vinos; aquí vasos rotos, i allí tirada la porcelana i otros objetos de obra preciosa. Se habian apagado casi todas las luces, i las pocas que alumbraban desde sus reverberos daban con su triste i opaco resplandor la perspectiva mas triste de aquel cuadro.

Gomez Arias se habia retirado á su cuarto en el mayor trasporte de alegría; se agolpaban á su imaginacion las ideas mas placenteras, i al penetrar por su silenciosa habitacion se congratuló consigo mismo por el próximo cumplimiento de todas sus esperanzas. En su estado de gozo i satisfaccion ni una sola idea se le presentó para amortiguar su ardor ó para

arrojar la mas pequeña sombra sobre una pintura tan brillante. Todo cuanto le rodeaba contribuia á su felicidad; pero ¡ah! no veía el dolor que estaba destruyendo apresuradamente aquellos encantos, que en un tiempo habian sabido cautivarle; ni oyó los quejidos de aquella voz designada por la naturaleza para conducir los mas dulces tonos de inocencia i deleite. No, Gomez Arias no pensaba en su desgraciada víctima, i estaba bien lejos de creer que ésta pudiera hallarse bajo el mismo techo.

Dominado por su delirante júbilo se acostó en una soberbia cama, para pasar la noche en la voluptuosa vision de su cercana felicidad. Era imponente el silencio; la triste i opaca luz de una lámpara solitaria arrojaba al rededor del amortiguado esplendor del aposento una sombra de melancólica tranquilidad: los ricos ornamentos arabescos, la magnífica tapicería sobre la que estaban retratados los héroes de otros tiempos estaban oscurecidos en gran parte, i comunicaban una

especie de supersticiosa veneracion. Lució ahora mas débilmente la espirante luz de la lámpara, i ya no se veía en ella mas que un frio i lánguido rayo sin color i sin vida, escepto cuando lo animaba alguna tétrica ráfaga de aire nocturno, que penetraba por las rendijas de las ventanas. Habia cesado todo ruido, cuando ¡oh cielos! se abre la puerta suavemente i se adelanta con lento paso una blanca figura: era ésta una muger, la que á la luz de la opaca lámpara de que se ha hecho mencion, i de otra que llevaba en su mano descubria una pintura que podia haber helado al corazon mas atrevido: era, pues, una muger en el primer periodo de la juventud, i en cuyas facciones se podian trazar todavía pasados restos de hermosura. Iba armada de una espada, i dispuesta á cometer un crimen, un asesinato; ¡rasgo el mas negro de la depravacion humana! el cual si horroza cuando es dirigido por la vengativa passion del hombre, en una jóven i tierna don-

cella adquiere todavía un desconocido grado de horror é indignacion.

Se paró la figura, i dirigió al rededor de sí una dudosa é incierta mirada; se apoderó de ella un frio temblor, i el mortal acero parece que iba á caérsele de la mano.; Infeliz! estos irresolutos movimientos descubrieron la fragilidad de su naturaleza: era muger, muger armada para un delito; pero muger al fin. Con silencioso paso se adelantó ácia la cama, i al llegar junto á ella se puso á contemplar con ansiedad al dormido Gomez Arias; mil ideas tétricas se abrigaban sobre su pálida frente; sus negros ojos brillaban con el fuego de la venganza; sus morados lábios estaban fruncidos con la amarga sonrisa de la desesperacion; su respiracion se pone de repente difícil i trabajosa, sacude con violencia la mano que sostiene la mortífera arma, parece que un génio infernal dirige todos sus movimientos i comunica á aquella melancólica i amortiguada pintura de ju-

ventud i belleza las mas negras tintas de fie-  
reza i frenética pasion.

Pero cede en un momento aquel esceso de  
rabia ; mira otra vez al durmiente , i una calma  
mortal se difunde por aquellas facciones ; po-  
co antes devoradas por el espíritu convulsivo  
de la venganza. Fija é inmoble en aquel si-  
tio parecia una estátua inanimada , totalmen-  
te olvidada del diabólico proyecto que la ha-  
bia conducido á él. ¡ Pobre Teodora ! ¡ hija de  
la desgracia ! ¡ víctima de aquellas estrañas i  
vehementes sensaciones que la naturaleza pa-  
rece haber designado para la infelicidad i rui-  
na de los vivientes ! ¡ tú eres víctima de un  
solo error , i es ese el error que te castiga tan  
cruelmente. Aquel cielo que te hizo pura,  
hermosa i amable ; quiso que espermentases  
todos los horrores del hado mas maligno,  
como un contrapeso por la posesion de tantos  
atractivos ; ó mas bien quiso que fueras tú  
el escarmiento para que otras mugeres tan ri-  
cas como tú en gracia i belleza , huyesen de

los peligros de que estos dones suelen estar acompañados.

Teodora habia sido culpable de una grave falta, si merece tal dictado lo que es puro efecto de un corazon sin doblez: habia amado con todo el entusiasmo de una ciega passion: habia sido inocente i generosa, i ésta habia sido la causa de su seduccion i abandono. Sus ultrages habian desordenado de tal modo su cerebro, que estaba para perpetrar un crimen, por el cual podia ser convertida en objeto de ódio, de maldicion i de ignominia.

Permaneció breve tiempo en la mas dura perplegidad; pero un espíritu celestial vino á derribar al génio maligno que la habia armado el brazo; con la opaca luz de la lámpara que llevaba en su trémula mano descubrió las facciones de su dormido amante, i creyó hallarlas inflamadas por algun sueño feliz; al inclinarse sobre su cama percibió su suave aliento; á sus lábios se aso-

maba la sonrisa, i toda su máquina se conmovió dulcemente.

¡El la ama! dijo sollozando la desesperada Teodora, la ama tiernamente, i yo he venido á . . .

En este momento sonó el reloj de palacio i quedó interrumpido su discurso. La campana de las horas se hizo sentir, como si fuera la campana de muerte del perjuro amante; pero bien ageno éste de su amenazada desgracia dormia tranquilamente, i soñaba de amor i felicidad. Principiaron sus lábios á moverse, i en la trunca articulación de profundos, pero placenteros suspiros, salió de su ahogado pecho el nombre de aquella que ocupaba todo su corazon.

Era el nombre de Leonor, cuyo horrible sonido penetra el alma de Teodora, i pone en movimiento todas las furias que habian fijado allí su dominio; se estremece, desaparecen de repente todas sus tiernas sensaciones; adquiere una palidez mortal, i triunfa el espíritu de la venganza; su pecho late con es-

pantosa emoción; sus ojos arrojan fuego de ferocidad; empuña resueltamente la espada; es llegado el momento, un golpe va á hacer que desaparezca de la tierra el despojador de su felicidad: levanta fieramente su brazo; pero en aquel mismo instante le falta la fuerza i se deja caer el acero de su enervada i frágil mano. No, no pudo consumir el atentado: era muger enloquecida por los mas irritantes ultrages; pero amaba todavía á su corruptor, i la fuente de su débil naturaleza volvió de nuevo á embotar su valor. No pudo descargar el golpe sobre el hombre que sin el menor remordimiento la habia acarreado infinitos é irreparables daños; mas crueles que la misma muerte: se sonrie amargamente, i deja colgar sobre la cama de su desprevenido amante su lustroso cabello, flotando lujosamente por la misma almohada; un suspiro de compasion sale huyendo de su seno i bajándose algo mas llega á besar aquellos lábios que la habian precipitado.

Se despierta Gomez Arias. Es esta una

vision ciertamente, es una fantasma la que se presenta á su vista; se halla delante del espectro de aquella muger, á quien él habia abandonado; es con efecto, la imágen de Teodora; pero ¡oh infeliz! ¡cuán cambiada! poco tiempo habia trascurrido desde que la hubo visto por la última vez, i con todo estaba tan alterada, que sino hubiera sido por el convencimiento de su culpa, dificilmente habria reconocido á la que él habia idolatrado. Se aterró Gomez Arias al mirar aquella nocturna visita: en las pálidas facciones de Teodora no era fácil trazar simpatía alguna con la vida; un frio sudor corria por su frente, i en todo su semblante se veian las tristes sombras de la agonía: una de sus manos cayó maquinalmente sobre el ardiente pecho de don Lope, i el tacto frio de su amante le comunicó una sensacion de terror.

Gomez Arias sin poder articular una sola palabra, miraba fijamente aquella triste muger, i observó en sus helados ojos una gran lágrima, que desprendiéndose de los párp-

dos cayó sobre su mano. Era esta la lágrima de la angustia, la que al mojar la mano de Gomez Arias despertó en su corazón un melancólico recuerdo de su violada fe.

Pasadas ya las primeras impresiones del asombro, exclamó don Lope con voz turbada: »¡Teodora! ¡cielos! ¿eres tú?

»Sí, respondió ella con lúgubre tono.» Es la perdida, la infeliz Teodora, en otro tiempo objeto de tu admiración, i ahora de tu ódio; pero no tiembles; ha pasado el terrible momento, i ya no puedo hacerte daño, pues aunque me has vendido cruelmente, eres todavía Gomez Arias.

¿Cómo has venido aquí? preguntó don Lope con ansiedad: ¿cuál era tu intención?

¡Mira! contestó con una amarga sonrisa, señalando la espada, que relucía en el suelo; vine á matarte, vine á darte una recompensa todavía poco adecuada á las penas, á las que me ha condenado para siempre tu traición. ¡Oh Lope! ¡Lope! ¿por qué no me arrancaste esta miserable vida desde el mo-

mentó en qué dejé de ser grata á tu corazón? Habria sido feliz. Tú me dejaste bárbaramente á discrecion de los enemigos, cuando yo á nadie tenia que mirase por mí.

Todas las sensaciones de una ultrajada, pero siempre apasionada muger, corrian ahora sin freno sobre un corazón, que las borrascosas pasiones habian hecho arder de furia: sollozó convulsivamente, i un diluvio de lágrimas alivió su destrozado pecho; su lloroso semblante estaba pegado al seno de su amante, i al contemplar éste la profunda agonía de su víctima, i el naufragio de aquellos encantos, que solo por él habian brillado en su gracia natural, se difundió un rayo de piedad sobre su encallecido corazón. Habia cierta particularidad tan afflictiva en la situacion de la desgraciada jóven, que todas las pomposas consideraciones de ambicion desaparecieron por un momento de su vista, i sus sentidos quedaron todavia espeditos para recibir impresiones mas generosas.

Ya Gomez Arias no amaba mas á Teodo-

ra; pero cuando vió la suma de su miseria; i sintió que sus ardientes lágrimas la inundaban el pecho, la compasion suplió en parte el lugar de su pasado afecto. Tomó su trémula mano i la apretó cariñosamente entre la suya, con cuya única prueba de ternura fue feliz en aquel momento aquella inocente víctima. Fue este un bálsamo reparador de sus amarguras; mas descubrió Teodora mui pronto que la compasion tan solo habia sugerido aquella demostracion de consuelo, compasion que podia haber sido suscitada del mismo modo por cualquier otro objeto de desgracia; pero cuán poco satisface la estéril voz de la compasion al ansioso pecho de quien tiene títulos para exigir un ilimitado amor!

Teodora llena de pena i no de cólera, fijó los ojos en su amante, i en voz triste i lamentable exclamó. »

Conozco que ya no me amas; pero ¡oh cielos! ¿he merecido esto de tí? ¡oh Lope! no recordaré tus votos, porque ¿quién puede olvidarlos? están profundamente gravados

en mi corazón, los creí verdaderos. Te amé, Lope; te amé como ninguna mujer haya amado á un hombre; ¿i cómo ha sido pagada esta pasión? ¡ Ahí de mí! si yo hubiera sufrido la muerte mas terrible, ésta me habria sido todavia grata comparada con tu abandono.

Si, Teodora, dijo Gomez Arias; tus reconvenciones son justas; merezco las invectivas mas amargas que el idioma haya podido inventar; pero me vi compelido á tomar aquella medida por obligaciones tan perentorias i sagradas que podrán explicar i tal vez atenuar en parte la culpa en que he incurrido.

¡ Oh! exclamó Teodora; ¿ pudo ninguna cosa en la tierra obligarte á abandonar á quien te estaba unida con los lazos mas preciosos?

Fue esta la consecuencia de mi primer error, replicó don Lope. Teodora, yo te hablaré con franqueza; no te horrorize la noticia que voi á participarte, porque veo lo requiere el caso imperiosamente. Maldíceme, Teodora, añadió entonces con turbacion, maldice al hombre que ha causado tu ruina. Cuando

yo trabajaba con el mayor esmero por gan-  
gearme tu afecto, cuando solicitaba tus ino-  
centes caricias, entonces, ¡oh cielos! ya en-  
tonces era yo un seductor porque estaba en-  
gañando á un corazón sin mancha.

¡Santo Dios! gritó Teodora: ¡luego nun-  
ca me has amado!

Si, te adoré, te amé con toda la efusion  
de mi corazón; pero mi mismo amor fue cau-  
sa de tu desgracia; no tuve la fuerza neces-  
aria para revelar el terrible secreto; fui egois-  
ta i ruin porque en el mismo tiempo en que  
en tus inocentes oídos resonaban los votos de  
eterno afecto, en el mismo tiempo en que  
correspondias á mi pasión con franco, puro i  
desinteresado amor, entonces estaban ya mi  
mano i mi fe empeñadas sagradamente á otra  
muger.

Teodora ocultó su semblante en el acceso  
de su dolor, i retorcia las manos en prueba  
de su desesperacion, sin serle posible articu-  
lar una sola palabra; su corazón estaba proxi-  
mo á despedazarse, i solo en medio de sus

esfuerzos pudo pronunciar el nombre de Leonor!

Es demasiado cierto, contestó Gomez Arias. Antes que yo llegase á Guadix i antes de conocerte estaba mi honor ligado con la hija de Aguilar con vínculos indisolubles; nos hallabamos ya comprometidos i á punto de casarnos cuando un extraño accidente me hizo salir de Granada para evitar la venganza de los enemigos de mi despreciado rival don Rodrigo de Céspedes: extraviado por la fiebre de la pasion olvidé mis sagradas obligaciones ácia Leonor, lo demas ya lo sabes tú por haber sido la que mas cruelmente has sufrido sus efectos; i la repeticion de la memoria de tales desastres no puede menos de aumentar la amargura de tu situacion.

Este discurso puso á la infeliz hija de Montebanco en aquel lastimoso estado de agonía que solo una muger es capaz de sentir: porque el hombre, mucho mas feliz en la diversidad de sus empresas, menos susceptible de una refinada sensibilidad, mas dividido en sus

comunicaciones con la sociedad, nunca puede experimentar aquel fiero dolor escitado por la vergüenza i por el amor burlado que egerce su poderoso influjo sobre el corazon de una abandonada muger.

Teodora no pudo contestar á su amante; en el citado discurso habia hallado caracteres tan atroces, que apesar de los paliativos que una muger apasionada, aunque esté mui ultrajada, desea hallar para con el hombre que ha causado su desgracia, no pudo sin embargo arrojar sombra alguna sobre los brillantes colores que estaba pintada la traicion de don Lope: se retiró de él con un inevitable movimiento de terror, i tomando su semblante un velo mortal, exclamó furiosamente.

«¿Luego tú me dejaste para que yo pereciese en las montañas?»

No, Teodora, replicó Gomez con ansiedad; ; no! jamas abrigué en mi alma tales intenciones; de esto á lo menos soi inocente; mi objeto era de ponerte en un convento; i me aproveché de tu sueño para ahorrarte el

dolor de nuestra separacion; despues de haber dado á Roque las instrucciones necesarias, me adelanté á hacer los preparativos para que fueras recibida en el asilo religioso, los moros te sorprendieron, Roque huyó, lo demas lo ignoro, i mucho mas todavia se pierde mi imaginacion en cálculos sin saber adivinar como te hallas en este lugar.

Vine, dijo Teodora agriamente, vine á presenciar tu boda festiva, puesto que ha de celebrarse mañana, i yo todavia estoy en tiempo,.....

Se traslució un cierto mal agüero en el tono de estas palabras, i un temblor involuntario se apoderó de Gomez Arias al fijar sus ojos en la paciente.

Si, prosiguió ella, es necesario que á esta ceremonia asista á lo menos una de tus víctimas; el triunfo de Leonor será por lo tanto mas brillante; i yo, añadió con tono vacilante, disfrutaré tambien de una satisfaccion.

Aterrado Gomez Arias no menos con es-

tas palabras que por el modo con que fueron pronunciadas, miró azorado á Teodora; pero no pudo hablar en gran rato.

Mi pobre vida, continuó Teodora, debe ser de continuo un obstáculo para tu felicidad; ya está visto que tengo yo de hacer el sacrificio al pie del altar en el acto de unirme con quien prefiere tu corazón.

Don Lope estaba sumido en una profunda distraccion; mil ideas se agolpaban á su febricitante cerebro; se levantó de la cama; un sudor copioso bañó toda su frente, i todo marcaba distintamente la horrorosa lucha de su alma. Veia todos sus prospectos de grandeza caer de repente como frágil estructura de un sueño: en el momento de arrebatarse el tesoro mas precioso se veia detenido de un modo irresistible: perplejo con sus crueles ideas i tumultuosas pasiones permaneció por algun tiempo ya casi olvidado del objeto que habia venido á ahogar en su seno todas sus esperanzas; pero muy pronto se sintió como iu-

minado por una ráfaga de claridad, i su frente brilló como vigorizada por una repentina resolucion.

Teodora, dijo con energia i franqueza, ya no es tiempo de disimular contigo; he sido cruel i tan bárbaro que escedo á todos los hombres: si, mañana debia enlazarme con la muger mas encumbrada de España, é iba á conseguir cuanto la ambicion i la gloria pueden ofrecer en su deslumbradora perspectiva á la ardiente imaginacion del hombre; pero ¡oh Teodora! no puedo resistir á la vista de tus pesares; tus lágrimas i tu angustia me arrancan el alma, i despiertan aquel afecto que nunca llegó á extinguirse completamente. Si pudiera esperar que tú me perdonases, ¿con qué placer sacrificaría esas brillantes pompas, i volveria á mi primera senda, que es la única en la que puedo hallar la verdadera paz i felicidad. ¡Teodora! continuó despues de un breve silencio; ¿podrás perdonarme?

Fue hecha esta súplica con un tono tan sumiso i patético, que creyó la infeliz Teo-

dora en el sincero arrepentimiento de su amante.

¡Perdonarte! exclamó con una voz llena de turbacion, mientras que sus pálidas facciones adquirian un vivo lustre de animacion i vida: ¡perdonarte, Lope! ¿puede Teodora rehusarse á ello?

Levantó entonces con entusiasmo sus manos juntas al cielo, i con el mas candoroso abandono de un corazon inflamado,, ¡oh Dios! exclamó, tu misericordia no tiene límites. ¡Querido Lope! ¿puedo yo menos de perdonarte? i las lágrimas de gozo brillaban en sus ojos. La vuelta de tu amor me indemnizará ampliamente de todos los tormentos que he sufrido. Tambien tú debes perdonarme: ¿pues no vine poco há armado contra tu existencia? ¡Oh horror! vine á asesinarte en este mismo sitio, mientras que estabas dormido. ¡Pero ah! perdóname; era entonces una infeliz muger, escitada por la locura i arrebatada por el dolor.

No digas mas, Teodora; no te reprendas

un acto , cuya única causa soi yo ; esa era la suerte que tenia bien merecida ; mas no hablemos mas de este suceso : oye , amiga mia , i observa mis instrucciones , porque en ellas estriba nuestra futura felicidad. Mañana á la noche te llevaré á tu pobre i abandonado padre , i postrados ambos á sus pies imploraremos su perdon : no será inexorable á las lágrimas i ruegos de su hija ; i yo olvidaré los frenéticos sueños que por tanto tiempo han tiranizado mi tierno pecho ; i dedicaré toda mi atencion al amor de mi Teodora. Sin embargo , para la feliz terminacion de estos designios debes prestarte gustosamente á cuanto yo prescriba.

Todo haré , contestó enfáticamente Teodora

Bien , repitió Gomez Arias ; ten particular cuidado de guardar el mas profundo silencio sobre esta conferencia i sobre nuestros planes : encerrada en tu gabinete debes presentarte como estraña totalmente á cuanto se haga en la casa. Necesito yo de la mayor

delicadeza i habilidad para descubrir mis intentos á los altivos Aguilares, mucho mas estando ya tan adelantados nuestros compromisos. Es este un insulto que jamás podrán ellos sufrir en paz, i toda mi política se ha de emplear por ahora en diferir á lo menos por algun tiempo la terrible esplosion de su indignacion.

¡Oh Lope! exclamó la apasionada jóven en un arrebató de ternura; yo te obedeceré fielmente; el menor de tus deseos será para mí una lei inviolable.

Las sensaciones mas encantadoras i placenteras anegaron su corazon: embriagada con la esperada felicidad se arrojó á los brazos de su amante, cogió ardientemente sus manos i las apretó á su alborozado pecho; pero estos trasportes eran correspondidos con frialdad por don Lope, porque la compasion i los estímulos del deber son suplentes muy pobres é inadecuados para espresar la fuerza de la pasion. Con todo vinieron en aquel momento á su memoria las ideas de sus pa-

sados placeres, pero sin que produjesen mas efecto que cuando uno pasa en revista las escenas de su infancia: estaba su ánimo poseído por otras afecciones para que pudiera disfrutar mucho tiempo de aquellos goces que formaron un dia toda su felicidad. Se iba aproximando la mañana, i fue por lo tanto indispensable su separacion. Teodora hizo una rápida relacion de sus aventuras, i se retiró rebotando de alegria i en las mas lisonjeras esperanzas por haber pasado los momentos mas dichosos de su vida; dichosos momentos, cuando los corazones perseguidos por las desgracias, ó enagenados por las penas vuelven á unirse en los puros lazos de un vivo afecto!





## CAPITULO X.

*Generosidad i nobleza de las mugeres en general. Proyectos de Gomez Arias para desembarazarse por segunda vez de Teodora. Sus confianzas con el escudero. Se presenta á don Alonso i á Leonor para pedirles que se suspenda por un dia la boda; i lo consigue no sin dejar lastimado el amor propio de ambos.*

¡Oh muger! ¡Cariñosa i apasionada muger! De cuántas particulas misteriosas ha formado la naturaleza un ser tan extraño, lleno de contradicciones, i que deriva sin embargo de esa misma inconsistencia su principal atractivo! Inciertas i volubles, pero amables en su misma debilidad. Cuando impelidas por el afecto, ó por el ultraje, son capaces del mas noble entusiasmo, ó de los mas tenebrosos actos de rencor. Habiéndose arro-

gado el hombre altivamente un despótico dominio sobre los vuelos del ingenio, te ha dejado soberana absoluta del imperio del corazón! El saca á veces partido de esa comprensión mas delicada de la que te ha dotado la naturaleza, aunque esté celoso por otra parte de hacerte partícipe de su poder. ¡Oh muger! tú has nacido para suavizar i embellecer los pasos mas ásperos de la vida; la creación de tiernos sentimientos es el objeto principal de tu existencia, i su feliz terminación tu recompensa. Exenta por la naturaleza i por la educación de los brillantes cálculos de la ambición; incapaz por la delicadeza de tu constitución i por la suavidad de tu carácter de emplearte en objetos penosos i peligrosas empresas, todo tu ser está envuelto en el encanto de un sentimiento que es el amor; sentimiento el mas conforme con tu naturaleza, dichoso en la posesión, i no pocas veces fatal en sus efectos. El hombre te mira como á un amigo para tratarte con rigor. Tú amas, él triunfa; i aun llega á que-

jarse de tí por haber sido demasiado generosa. ¡Vil i degradada contradiccion de la naturaleza humana! porque el hombre está dotado de mayor fuerza para el ataque que la muger para la resistencia, ha de resultar de lucha tan desigual desdoro i ódio ácia la víctima, i un falso lustre de triunfo ácia el seductor!

Pero ¡oh muger! es tan angélica tu esencia, que siendo capaz de sentir con viveza los rasgos de ingratitud i desprecio, todavía estás dispuesta á perdonar sinceramente cuando con verdadero arrepentimiento se recurre á tu compasivo i noble corazon.

¡Tal era Teodora! despues de haber sufrido el esceso de males que parecia sobrepujar á las fuerzas de la paciencia humana, instigada por la locura i desesperacion, habia tomado una espada en aquella blanda mano, tan poco adecuada para hechos atroces; del mismo modo que un asesino nocturno habia entrado en el aposento de su ultrajador, decidida á la perpetracion del crimen; pero

la vista de aquel que en un tiempo le habia sido tan querido la desarma, no puede dar ejecucion á su culpable proyecto, i el repentino arrepentimiento de su seductor obra como por encanto i espele al instante las terribles pasiones que la agitaban. Unas pocas palabras de consuelo que le habia dirigido Gomez Arias destierran de su corazon hasta el último recuerdo de sus pesares; el hombre que la habia herido tan profundamente se habia hecho mas deseable por su misma crueldad; Teodora con efecto le amaba ahora mas tiernamente que nunca. Habia olvidado su primera horrible traicion; é incapaz de calcular la posibilidad de que aquella fuera renovada se habia retirado á su cuarto á pensar en su felicidad i á esperar ansiosamente el dia siguiente.

Gomez Arias se paseaba en el entretanto dentro de su aposento con la mayor impaciencia i agitacion. No bien se habia retirado Teodora, cuando pasado ya el primer impulso de la compasion, se presentó á su imagi-

nacion la vista del peligro que corrían sus proyectos, i quedó sepultada toda otra consideracion que no fuera la de su cumplimiento. Llegó la mañana, i todavía estaba don Lope midiendo su cuarto con pasos tan irregulares que indicaban fuertemente el desorden de su entendimiento. Se detenía algunas veces á examinar una idea que parecia ofrecerle seguridad, i de allí á poco la desechaba por impracticable; luego pronunciaba entre dientes espresiones truncadas, i en seguida volvía á tomar una aparente compostura i tranquilidad. Se ponía despues furioso, i maldecía cruelmente á la desgraciada Teodora como obstáculo insuperable para sus miras, olvidando de que sus indignas pasiones eran las que le habian precipitado en el abismo de peligros que le rodeaban. La desventurada víctima de su culpa afortunadamente no oia estas bárbaras invectivas. ¡Pobre Teodora! Ella estaba delirando con el supuesto cariño de su amante, i ansiando por estrecharle en sus brazos, mientras que este indigno objeto de

su amor estaba imaginando pérfidamente el modo de desasirse de ellos.

Esta su indiferencia fue la conscuencia del sistema que habia adoptado. Abandonar la brillante perspectiva que se presentaba á su ambicion, solo por oír la voz de la justicia i por desagruar á una muger, era esfuerzo demasiado grande en la posicion en que él se encontraba de verse dominado por bulliciosas pasiones que hacian enmudecer los quejosos estímulos del deber. Su aversion ácia Teodora adquirió una fuerza mayor por el mismo aprieto en que se hallaba. Jamas habia pensado en quebrantar sus empeños con Leonor; ni aun le habia parecido posible que tal caso pudiera llegar, porque su honor i altivez estaban demasiado vivamente interesados; era con todo de la mas urgente necesidad suspender la ceremonia; i el modo de salir de este apuro ocupaba su ánimo por entero. ¿Qué pretesto podia alegar que fuera suficiente para justificar tan estraña resolución?

Mil planes se le presentaron á su imaginacion; pero todos los desechó per inútiles: temia que pudiera sorprenderle la noche sin que hubiera tomado un partido cual convenia en aquellas críticas circunstancias: poner en uso medios coactivos para sacarla del palacio de don Alonso habria sido un extremo de locura. Por otra parte debia evitar toda entrevista con Teodora, porque la atencion de los dependientes de la casa estaba fija sobre él.

Fluctuando en estas dudas é incertidumbre llegó su fiel criado á recibir sus órdenes, i quedó no poco sorprendido al observar la distraccion de su amo.

Buenos dias, señor, le dijo haciendo una humilde cortesía i adelantándose ácia él; pero don Lope no le dió contestacion alguna, ni se dió por entendido de su venida.

¡Dios le bendiga! continuó Roque; mi precioso amo está mui pensativo; siempre he tenido maña para distraerle de sus meditaciones; pero éstas parecen ahora demasiado

fuertes, ó es muy corta mi habilidad. Don Lope, prosiguió alzando la voz, buenos dias, i acompañó su salutacion con ruidosas demostraciones en cuanto eran compatibles con el respeto.

¡ Oh Roque! ¿ eres tú? ¡ maldito seas! por qué haces tanto ruido?

Gracias, querido amo; cariñosa salutacion i excelente agüero para un dia de boda!

¡ Para un dia de boda! le interrumpió Gomez Arias impacientemente, i luego volvió á caer en su misma inquietud.

Me temo, dijo Roque, que el viento haya cambiado; esto no va bueno. Señor don Lope, me permitireis que os distraiga de vuestros importantes cuidados para preguntaros quien os ha causado tamaño trastorno tan temprano: vuestros sueños no habrán sido tristes; en cuanto á mi no puedo sufrirlos, porque son áciagos, particularmente en vísperas de boda.

Calla, charlatan; le interrumpió Gomez Arias; no es un sueño lo que me turba sino una realidad, una realidad la mas mortifica-

dora. Roque; añadió entonces con un tono mas afable; estoi metido en un laberinto del que no voi á poder salir con bien.

Lo siento, amado señor; yo bien concibo que un hombre prudente tiene poderosas razones para reflexionar i ponderar cuando se halla á punto de ser ensortijado en el laberinto del matrimonio. Si señor, confieso que es esta la prueba mas peligrosa: es un viage amenazado por toda clase de temporales, i rodeado de escollos, bajos fondos, &c. de modo que...

Basta Roque de metáforas, replicó don Lope, ó te sacudo tal borrasca sobre tus orejas, que supere cuanto tú puedas delinear con tu tosco pincel.

Señor, sino os gustan las borrascas, yo tampoco tengo la mayor aficion á ellas; así pues me callaré mi pico.

Roque, dijo Gomez Arias despues de un corto silencio: estoi amenazado de perder el rico tesoro que con tantos i tan largos afanes estaba próximo á obtener.

¡Tesoro, señor! ¡cuerpo de Baco! ¡Tesoro! esplicaos: yo no sabia que esperabais un rico tesoro; ¿de qué parte os viene? Mi querido amo, espero que entonces me pagareis mis atrasos.

Quita allá, miserable, hombre ignoble; ¡hablar de dinero, ¡de un vil salario, cuando su amo está en el apuro mayor en que se ha visto ningun mortal! no sé como me contengo de reducir en átomos á este villano.

Don Lope, dijo el criado retirándose prudentemente por temor de que no se hicieran efectivas las amenazas de su amo: no es mi ánimo el ofenderos, ¡parece que estais terriblemente exaltado, ¡ciertamente hai aquí algun misterio; vuestro ánimo se vé devorado por algun intérno afán, ¡i si quisierais comunicármelo, tal vez hallaria yo algun remedio.

Tú no puedes, Roque, respondió su amo algo mas serenado; no es posible que tú sepas hallar el remedio de diferir esta boda.

¡Virgen del Tremedal! añadió Roque haciéndose la señal de la cruz: ¡i en esto hemos

venido á parar? ¿Habeis descubierto alguna imperfeccion en la hermosa novia, alguna falta que ignorabais? mas vale que lo hayais sabido antes que despues; pero va á ser una burla bien pesada descomponer la fiesta despues que se han hecho preparativos tan espléndidos para celebrarla con el decoro correspondiente á los contrayentes. Dios os bendiga, no es este mal atolladero; mas no importa, tal vez será para bien.

Ea Roque, ¿has concluido? ¿Quién puede oir con paciencia tus interminables impertinencias? Yo no trato de posponer la celebracion de la boda por mi capricho, sino porque me veo precisado á ello por imperiosas circunstancias.

¿Pues qué ha sucedido, señor?

Una cosa muy extraordinaria que te va á asombrar. He visto á Teodora! la he visto y he hablado con ella.

¿En dónde, señor don Lope?

Aquí, en esta misma habitacion.

Me dejais pasmado.

Hemos de pensar en los medios de evitar el peligro.

¿I qué peligro temeis?

Me veó amenazado con el peor de los males. Teodora espera que yo abandone el proyectado enlace con Leonor, i que me vaya con ella, ó de otro modo va á descubrirme al mismo pie del Altar.

Pues que ¿no está esa buena señora cansada de correrías? Me figuraba que ya podian bastarle las aventuras de las montañas para no apetecer nuevas escursiones en vuestra compañía.

Roque, es preciso quitar esa muchacha del medio.

Yo no sé de que modo.

Oye, bellaco, es preciso disponer de Teodora; es bien clara la urgencia de esta medida.

¿Pero cómo se ha de hacer sin que llegue á traslucirlo la familia de don Alonso?

El caso es verdaderamente apurado; pero valdrán mis ardidés: me dirijiré atrevida-

mente á don Alonso para pedirle un dia de suspension, i en este corto intervalo se ha de componer todo de un modo ú de otro.

Don Lope profirió estas últimas palabras con la mayor imperturbabilidad i sangre fria, por lo que reflexionando seriamente el concienzudo Roque de que en la clase de disponer de molestas doncellas, habia algunos medios que nõ estaban en armonía con los dictados de la virtud, se atrevió á hacer la siguiente observacion. Perdonadme, don Lope; pero espero que en la premeditada disposicion de esta pesada mercancía no entre el que se use de ninguna violencia, porque sabe Dios cuan digna es ya de compasion esta pobre señora.

Tú eres un tonto maligno i un procurador impertinente.

Podrá ser, contestó el criado; pero dignaos reflexionar que desde el principio de esta aventura, desde el primer momento en que vaciasteis vuestro dulce veneno en los oidos de esta inocente criatura, me opuse vigoro-

samente á tamaño proceder; parece que alguno me anunciaba que su resultado final habia de ser el mas desastroso: el tiempo hará ver que los presentimientos no deben ser siempre despreciados: así, pues, acordaos señor, cuantas veces os he contrariado esta peligrosa relacion.

Me acuerdo Roque; i espero que tambien te acuerdes tú de lo que has ganado con tus elocuentes representaciones.

Oh señor! estos favores han quedado gravados tan profundamente en mi memoria, que no es fácil puedan borrarse jamas.

Pues bien, debes saber que estoy de humor de renovarlos sino pones fin á tan insulsos i atrevidos recuerdos. No pido remedios para lo pasado; lo que necesito es que tu astucia é invencion me ayude á salir del mal paso actual. Te prometo no emplear la violencia, i así podrán tranquilizarse tus escrúpulos. Iré ahora á ver á don Alonso i á preparar el camino para ulteriores planes. Te encargo el mas profundo silencio, si todavia

conservas algun apego á la vida; vete pues i ven á encontrarme dentro de dos horas á la plaza Nueva.

Roque hizo una profunda cortesía, i se retiró; i Gomez Arias, armado de aquella resolucion que requeria el caso, salió de su aposento para hablar á don Alonso de Aguilar. No bien habia empezado á andar por los corredores de palacio, cuando observó con la mayor agitacion la actividad i ocupacion de toda la familia en los preparativos para la funcion de aquel dia. Se veian por un lado doncellas con lindos trages andar arriba i abajo alegres, risueñas, i con toda la espresion de un buen natural i amabilidad: iban por otra parte criados lujosamente vestidos, i con un aire de importancia proporcionado al grado de responsabilidad que iban á tener en aquella fiesta; se veian asi mismo hermosos pages que llevaban los dones nupciales en largas i ricas bandejas de plata. Venia luego un tropel de amigos, ansiosos por festejar á Gomez Arias, i por ofrecerle sus primeras

congratulaciones, mientras que el afligido novio llevaba en su semblante la espresion de todo, menos de la felicidad. Ni estas demostraciones de cariño se limitaban tan solo á los amigos, sino que la fama de la boda habia atraido un número considerable de músicos, que desde mui temprano habian concurrido á felicitar á don Lope, quien, como debe suponerse, contestaba á sus músicas i cánticos con las mas cordiales maldiciones.

Atravesó las grandes galerías i espaciosos salones del palacio, cubiertos ya de innumerables concurrentes, atraidos algunos por el esplendor de la fiesta, i otros por el olor i el sabor de los delicados manjares que habian de adornar la mesa de convite, pues que á calcular por el número de artistas inteligentes empleados en los preparativos, podian los gastrónomos prometerse bocados deliciosos.

Habiendo escapado don Lope con dificultad de tantos cumplimientos i saluciones, hizo que uno de los criados de don Alonso de Aguilar le pasara recado de hallarse allí

con el objeto de visitarle. Introducido con efecto en el cuarto de este altivo guerrero, le halló ya vestido de gala para la ceremonia, i ceñida una magnífica espada que solo usaba en los dias mas clásicos. Gomez Arias estuvo pensando por algunos instantes el mejor modo de participar á Aguilar la desagradable ocurrencia que motivaba su venida. El convencimiento de la impostura que estaba meditando hizo doblemente crítica su posicion, i ya su natural franqueza i desembarazó parecia que le habian abandonado en aquel momento. Notó el viejo el azoro de su ánimo, i no pudo menos de estrañar esta rara conducta, tan poco conforme con la acostumbrada serenidad i estilo cortesano de Gomez Arias. Esperó por algun tiempo que don Lope rompiera el silencio; pero observando que no se atrevia á esplicarse, le dijo finalmente: «Gomez Arias, estais demasiado pensativo para el dia en que nos hallamos.» Gomez Arias conoció á pesar de su perplejidad la urgencia de tomar una decisiva resolucion:

llamó, pues, en su auxilio toda su destreza i serenidad, i con el estilo de mayor respeto i deferencia se dirigió de este modo al padre de Leonor.

Don Alonso, se me acaba de participar un inesperado suceso, i el dolor que éste me ha causado ha escitado justamente vuestra sorpresa; pero por grande que sea mi repugnancia, es de absoluta necesidad que os lo comuniqué i que solicite vuestro consejo.

Proseguid, dijo don Alonso, aunque me permitireis que os manifieste que toda comunicacion de importancia debiera haberse hecho antes, i de ningún modo haberla reservado para hoy.

Don Alonso, volvió á decir Gomez Arias con firmeza, hai circunstancias en la vida que el hombre no puede manejar á su antojo: por estraña que os parezca la súplica que voi á haceros, debo, señor reclamar vuestra indulgencia con todo el respeto que os es debido; i rogaros que se difiera la boda hasta mañana.

¡Cómo! exclamó Aguilár asombrado con tan extraordinaria demanda; diferir la boda! ¿qué significa esto don Lope? No puedo creer que queráis hacer ningun insulto á mi casa.

El honor de vuestra casa, señor don Alonso de Aguilár, contestó Gomez Arias con aire de importancia, está ya unido íntimamente con el mio, i no seria razonable que se me atribuyesen tan criminales intenciones. ¿Pues qué debo pensar de vuestra inesperada propuesta? preguntó Aguilár dejando traslucir en su frente el exceso de su indignacion.

Esta es una súplica, replicó Gomez Arias, que jamas habria hecho por mi gusto; i bien podeis imaginar cuanto sufre mi alma al verme precisado á posponer mi felicidad un dia mas. No es pues un motive trivial que podria inclinarme á esta medida, i con esto espero quedar plenamente justificado. He recibido una carta de mi apreciable amigo el conde de Ureña, en la que me dice haber sido atacado de una enfermedad mortal, i me

ruega con todas las veras de un moribundo acuda á su lecho antes que haya exhalado su postrer aliento. Dice que tiene cosas muy importantes que comunicarme, i que solo á mi pueden ser confiadas. Como el castillo del conde no dista más que seis leguas, podré estar de vuelta mañana mismo. Pido pues vuestro consejo, señor don Alonso: ¿ me desentenderé de la última súplica de un hombre á quien mi familia debe las mayores obligaciones, ó permitireis que se suspenda la ceremonia por un solo dia para cumplir á un tiempo con los dictados del honor i de la humanidad?

Don Alonso de Aguilar se reconcilió en algun modo con la necesidad de la medida propuesta por Gomez Arias, si bien recibió su altivez un severo golpe, cuyos efectos podían distinguirse fácilmente en sus facciones; pero dijo con cierta aspereza de tono, « no es solo mi permiso el que debeis pedir, señor don Lope; tambien habeis de explorar la voluntad de mi hija i recibir su sancion; la Reina debe asimismo ser informada de tan repentino cam-

bio, i no sé como su Alteza llevará este con-  
tratiempo.

Gomez Arias prometió cumplir con la no-  
via si don Alonso queria emplear su influjo  
con la Reina para convencerla de la necesi-  
dad de esta resolucion. Aunque sabia que el  
ánimo orgulloso de Leonor se habia de resen-  
tir de este paso, confiaba sin embargo que con  
sus ardides i persuasion sabria deshacer toda  
objeccion que ella le hiciese: corrió por lo  
tanto á su aposento, pidió ser admitido á su  
presencia, i se halló mui pronto delante de  
aquella hermosura que habia adquirido un es-  
traordinario realce con las ricas galas de que  
estaba adornada.

¿Que hai, don Lope? dijo sonriéndose  
mientras que se estaba mirando al espejo; ¿qué  
os parece de mi persona?

Que sois una divinidad ante la cual me  
postro en señal de admiracion, contestó ga-  
lantemente Gomez Arias, i tomando su ma-  
no la apretó á sus lábios con respetuosa ter-  
nura.

Leonor correspondió á este rasgo de consideracion de su amante con una afectuosa mirada; pero exclamó con candorosa franqueza, «siento no poder yo felicitar al señor don Lope por el aliño de su porte: ya veo que me dirá que su imaginacion ha estado totalmente embebida en mi belleza, i que no ha reservado un solo momento para si mismo; sin embargo, continuó en el mismo tono, el respeto que debemos á la Reina i á los nobles amigos que nos honrarán con su presencia, exigiria que vuestra atencion se dirigiera igualmente á la mejor compostura de vuestra persona.

Gomez Arias, que consideraba por perdido para la preparacion de sus planes el tiempo que emplease en tales contestaciones, resolvió informar sin mas preámbulos á su dama del objeto de su visita.

Mi querida Leonor, la dijo, mi suerte me persigue hasta el extremo de sufrir mayores contrariedades i tropiezos que ningun otro hombre haya experimentado; no bien se han

allanado los últimos obstáculos que se habían ofrecido á nuestra union, i cuando ya estaba en el momento de ver cumplidos todos mis deseos, ocurre...'

Seguramente Lope, le interrumpió Leonor llena de agitacion «vuestra fogosidad no os habrá puesto de nuevo en algun lance igual al de que acabais de salir, apesar de que vuestro porte i vestido anuncian algun desastre; hablad don Lope, no me oculteis nada.

Calmaos, amable Leonor; no temais ningun peligro. La esplicó luego en pocas palabras lo mismo que habia dicho á su padre, i con los términos mas cariñosos solicitó su beneplácito.

¿Para qué necesitais de mi consentimiento? dijo Leonor con aparente calma que descubria su interna mortificacion; ¿de qué sirve el que yo apruebe ó desaprobe una medida que ya ha debido recibir la sancion de la Reina i de mi padre? Si, si, no hai inconveniente; suspéndase la ceremonia.

En el tono con que fueron pronunciadas estas palabras se traslucía cierta acrimonia, que hirió el corazón de don Lope, y la sardónica sonrisa, así como la forzada tranquilidad de Leonor, indicaban bastantemente que su altivez había quedado profundamente lastimada, aunque afectase tratar este negocio con indiferencia. Gomez Arias acudió á su elocuencia para suavizar el resentimiento de Leonor, mas ésta desechó sus estudiadas frases con resolución y dignidad.

Id, don Lope, dijo altivamente; aquí estáis perdiendo tiempo, considera el estado del conde; si sino os dais prisa, tal vez no llegará éste á saber el tierno y apreciable amigo que poseeis.

Llamó entonces á sus criadas, y con la mas perfecta indiferencia empezó á despojarse de sus galas instando á su futuro esposo á que se marchara sin demorarse.

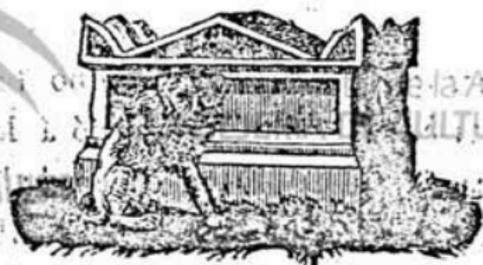
Gomez Arias se vió precisado no sin la mayor repugnancia á dejar á su novia, y sa-

lió apresuradamente á dar cumplimiento á los planes que distraian su atencion.

Leonor se vió bien pronto desnuda de todos sus atavios nupciales, i las desconcertadas doncellas no podian adivinar la causa de tan extraordinaria alteracion; ni sabian como esplicar la jovialidad que aparentaba su ama al anunciar que se habia suspendido la boda; sin embargo de que bajo la fingida calma de Leonor se traslucia el rencor de algun ultraje. La misma soberbia escitada por la resolucion de su amante no la dejaba dar ninguna señal de sentimiento; pero aunque su alma estaba refrenada, los efectos de su furor debian ser mas duraderos que si hubiera empezado á desahogarlos en quejas i reconvenciones.

Don Alonso de Aguilar hizo saber esta inesperada dilacion á todos los dependientes de su casa, cuya admiracion no conoció límites: se discutian hasta las mas triviales circunstancias; pero nada podia sacarse en claro, excepto el declamar furiosamente cada uno

de por sí según la parte de interés ó curiosidad que representaba en esta escena, contra una mudanza que paralizaba sus utilidades ó sus placeres. IX. CA. UNO



de la Alhambra y Generalife  
CULTURA

UNTA

## CAPITULO XI.

*Desgraciado encuentro con el conde de Ureña. Coloquios de Gomez Arias con Roque sobre el destino que debia darse á Teodora. Se ofrece el renegado Bermudo á servirle de instrumento de sus maldades.*

**D**espues que Gomez Arias hubo tenido su entrevista con Leonor, se dirigió á la plaza en busca de su criado, á quien halló en el camino, i dió cuenta del primer resultado de sus planes. Mi querido Roque, exclamó con aire risueño. Ya empiezan á allanarse nuestros obstáculos, i ninguno habrá ciertamente que impida la continuacion de nuestra empresa.

Así parece, señor ; i ojala que veamos el fin como deseais!

¡Oh cielos! exclamó don Lope; mira Roque; ¿quién es aquel caballero que se vé allá distante? ¿No va ácia nuestra casa? A fe mia que es el conde de Ureña. Si, él es, estoi perdido. Corre Roque; date priesa, vé á detenerle; i descargando su pesada mano sobre la espalda del criado le dió un impulso adicional para que volase á obedecer sus órdenes mientras que él mismo se adelantaba con paso acelerado ácia el objeto que tan intempestivamente venia á trastornar sus interesantes proyectos.

Por muy apriesa que fuera Roque al desempeño de su comision, llegó al mismo tiempo Gomez Arias, i viendo que habian salido ciertos sus temores, cogió bruscamente al conde de Ureña por detras, i llamándole por su nombre hizo que se detuviera.

¿Qué quiere decir esto? gritó Ureña, volviéndose con desagrado por aquella áspera salutación ¿quien hai que se atreva?.....

Tu amigo, respondió Gomez Arias sonriéndose.

¡Don Lope! exclamó el conde de Ureña lleno de admiración.

El mismo, ¿pero dónde vas?

A tu casa, á darte pruebas de que soi un verdadero amigo; porque apesar de no hallarme enteramente restablecido de mi última indisposicion, no he podido resistir al deseo de presenciar tu boda; asi pues, tomé la posta para Granada, i heme aquí á tiempo oportuno; no es verdad?

Oh, de ningun modo, replicó don Lope.

Parece, continuó el conde de Ureña, que mi llegada no merece tu aprobacion.

MI QUERIDO AMIGO, debes disculpar mi aparente falta de cordialidad; te he enviado un espreso para esplicarte este secreto, i me conviene que bajo ningun motivo seas visto en Granada.

¿I por qué?

Te lo pido como un favor especial.

No puedo entenderte; dijo el conde lleno del perplejidad, luego se volvió á Roque; pero el fiel criado que temia le preguntase la

solucion de aquel misterio, se encogió de hombros, i arqueó sus ojos del modo mas expresivo.

Mi querido conde, repitió Gomez Arias, es de momentánea importancia que no seas visto en esta ciudad por ninguno de nuestros amigos i conocidos. La paz de mi alma, mis futuras miras, i aun mi mismo honor exigen este sacrificio de tu amistad: no tengo tiempo para entrar en esplicaciones; hallarás resuelto este enigma cuando leas mis cartas: en el entretanto te baste saber que tu inmediata salida de Granada i tu estricta confinacion dentro de tu propia casa; me ligarán contigo con una poderosa i eterna gratitud.

A fe mia don Lope, exclamó el conde con jovialidad, ó has perdido el juicio ó quieres chancearte conmigo; mui bien, mucho me alegro de ver á un novio de tan festivo humor.

No, por mi honor, replicó Gomez Arias; te juro solemnemente que este paso lo exige la imperiosa necesidad del momento.

Mui bien, mui bien, contestó Ureña ac-

cediendo á las instancias de su amigo; te complaceré pues en cuanto desees, cualesquiera que sean los motivos que te hagan obrar de este modo.

Se despidieron cariñosamente ambos amigos i ya Gomez Arias respiró con mas libertad por considerarse seguro del resultado de sus planes.

Oh Roque, dijo Gomez Arias dirijiéndose á su criado, nos queda que hacer todavía la parte mas esencial de nuestra empresa, i no sé verdaderamente como desempeñarla.

Habeis dicho bien, señor, porque efecto, es un punto mui delicado disponer de una dama cuando sucede por desgracia, que ésta no tiene iguales deseos de que se disponga de su persona; pero ¿á dónde vais?

A los jardines, donde podremos estar menos acechados: despues de un momento de silencio continuó: Roque, tú estas inquieto, ¿por qué causa vuelves ácia atrás la cabeza á cada instante?

No es nada, señor, nada.

Pronunció el criado estas palabras con un tono tan irresoluto, que debia escitar las mayores sospechas; la inquietud de Roque fijó pues, la atencion de don Lope, i descubrió que aquella era escitada por la vista de un hombre extraño que le seguia á alguna distancia: era este un moro de fiero i repugnante aspecto, que parecia los estaba observando, aunque afectase una total indiferencia.

Roque, dijo Gomez Arias, en quien el menor incidente creaba nuevos recelos, ¿conoces tú á aquel hombre?

¿Pensais, mi venerado amo, respondió Roque, que soi yo capaz de tratar con un moro tan asqueroso? ¿qué tengo que hacer con tal conocimiento? Soi cristiano viejo, i mi conciencia no me permitiria comunicarme con infieles, i particularmente con los que tienen tan mala traza como aquel malandrín.

Roque, Roque, hablas demasiado, i la misma ansiedad i viveza de tus espresiones me hace sospechar fuertemente que tu cono-

cimiento con aquel extranjero es mayor de lo que quisieras que yo supiera.

¡San Pedro me valga! prorrumpió Roque; mi respetable amo ¿cómo podreis dudar de mi probidad? ¿me creéis capaz de andar en misterios con yós?

¡Ah pícaro perro! exclamó don Lope; cuidado con engañarme: ahora estoy demasiado ocupado en negocios importantes; pero si por casualidad llego á descubrir algun taquero ó algun doble manejo por tu parte, ¡tiembra!

¡Temblar! replicó Roque con fria i afectada indiferencia; un hombre de bien jamas tiene motivo para temblar; i al mismo tiempo temblaba i tiritaba como la hoja del árbol, lo que ciertamente no indicaba que poseyese los atributos del hombre honrado. Habían llegado á este tiempo á los jardines, i Gomez Arias quedó extraordinariamente sorprendido cuando observó que el moro les habia seguido hasta allí, aunque guardan-

do siempre la misma respetuosa distancia.

A fe mía, exclamó Gomez Arias, tal conducta no puede ser meramente accidental. Roque maldito, aquí hay algún misterio.

¿En qué, señor don Lope? preguntó el criado con mucha sencillez.

No trates de alucinarme, grandísimo bribón, ¿por qué nos sigue aquel moro de este modo?

Mi querido amo, respondió Roque, ¿está en mi arbitrio el detenerle? ¿Qué dominio ejerzo yo sobre él? Estos son sitios públicos, i supongo que él, aunque moro, se considera con tanto derecho, para pasearse por ellos como nosotros fieles cristianos. Mi buen señor, si pudiérais conseguir que nuestra Reina limitase los privilegios de estos infieles, i les concediese una parte de terreno para su propio uso, siempre lejos de los sitios públicos, se ahorrarian ciertamente muchos escándalos i contaminaciones, i entonces...

Calla, insulso charlatan, le interrumpió

Lope; calla, porque ya no puedo sufrir mas tiempo tus interminables bachillerías; no es posible que el amo mas indulgente hubiera tenido paciencia para aguantar á un criado tan impertinente como tú. ¿Pero qué veo? ahí está otra vez el misterioso moro; i sino me equivoco es el mismo que me ha seguido ya antes otras dos veces. Sí, ciertamente, es el mismo, aunque lleva algo cambiado su traje. ¡Cómo! dijo Roque sumamente turbado; ¿os ha seguido ya antes, señor? ¡Ola canalla! ¿conque le conoces? dijo don Lope, cogiendo al pobre escudero por el cuello; deja á un lado esos necios disimulos, ó por Santiago que te ahogo. Roque pidió á su amo con todas las véras de su corazón, que le dejase respirar; i ya compadecido de su triste situacion, aflojó lá presa i le preguntó con imponente severidad. Sé franco, Roque, ¿cuántas veces has visto á ese moro? Mas de las que yo quisiera.

¿Luego trató de éntrar en relaciones contigo?  
 Si señor; pero nunca debe uno fiarse en las apariencias.

¿I cómo recibiste sus primeros pasos?  
 Jamás llegó el caso de que nos pusiéramos en contacto.  
 Vamos á buenas, Roque; dime la verdad; parece que se le moro ha buscado verdaderamente tu amistad.

Si señor; no puedo menos de confesálo; pero yo no soi de modo alguno responsable de que se le ocurra á un moro ó á un cristiano hacer migas conmigo, si yo no le doí pie para ello; como ha sucedido precisamente en el caso actual.

Bien, dijo Gomez Arias, y aclararemos este punto en otro tiempo, porque ahora debo atender á asuntos más sérios; dime en el entretanto ¿qué ardides has inventado para librarme del molesto objeto de mi inquietud?

Ardides, señor, no he hallado ninguno.  
 ¿Ninguno, majadero? no sé cómo ten-

go en mi compañía un hombre tan bruto.  
 Habiéndose sentado don Lope en uno de los bancos de piedra, que estaban colocados debajo de los árboles, estuvo por algun tiempo embebido en sus meditaciones; sin atinar el modo de salir de un lance tan apurado; i volviéndose á Roque de repente, le dijo: Yo no veo mas remedio que colocar á Teodora en un convento.

— ¡Si señor, contestó Roque, eso está muy bueno, con tal que ella quiera.

— ¡Con tal que ella quiera! ¿piensas tú que yo me espondré al inconveniente de consultar su inclinación?

— No, Roque; hasta que no hallemos otro plan mejor, insistiré en que sea depositada en un convento, porque el tiempo pasa rápidamente, i es preciso que de un modo ú de otro dispongamos de esta muchacha, en esta misma noche.

— No podría enviarla á su padre?

— preguntó Roque; pobre señorita! es tan desgraciada que crees que con semejante compañía;

¡Enviarla á su padre! replicó Gomez Arias; ¿estás loco? ó quieres que yo me arruine para siempre?

Ni lo uno, ni lo otro; pero me poné en la mayor aprension; de que antes que nosotros hayamos encerrado el pájaro en la jaula, su continuo piar llamará por fin á alguno en su auxilio; i en este caso no veo medio de salvarnos.

Con respecto á tus temores, de que ella pueda llamar alguien en su auxilio, yo sabré obviar á ese inconveniente.

¡Santos cielos! ¿tratais acaso de cortarle la lengua?

No, esa suerte la reservo para tí, sino tratas de refrenarla; luego añadió: «enviando á Teodora á algún convento de Barcelona, Zaragoza, ó de otra ciudad distante, ha de ser bien fuerte el aire que conduzca el sonido de sus quejas.

Pero señor ¿ha de ser conducida esta señorita á una de esas ciudades por magia ó por el camino ordinario? porque en este último

caso; ¿qué engaño puede haber tan sutil que haga caer en vuestra red al pájaro que ya ha sido cogido una vez en ella?

— Es verdad; pero yo debo arriesgar un peligro remoto por evitar otro mas próximo. No me lisonjeo de que este ser desgraciado no llegue un día á hacer oír su voz; mas sino puedo evitar totalmente la borrasca, estaré á lo menos en salvamento cuando estalle.

— Mui bien, señor; arrogante rasgo de delicadeza! no trato ya de ofreceros mi consejo; me limitaré á obedecer vuestras órdenes, con tal que no esten en oposicion demasiado directa con mi conciencia.

— Luego no puedes tú trazarme ningun otro plan que tenga menos inconvenientes.

— No, en verdad, yo no puedo.

— Pues ¿quién podrá en nombre de sataná, sacarme de este aprieto? exclamó Gomez Arias desesperado.

— Yo! respondió una voz fiera i resuelta;

Se estremeció Gomez Arias, miró al redor de sí, i vió con asombro al misterioso

extrangero, que se mantenía en pie con los brazos cruzados, i observándole con la mayor calma.

¿I tú quién eres? preguntó don Lope, qué pretendes entrometerte en mis negocios privados?

¡Gran Dios! quién puede ser? dijo Roque sin dar tiempo al extrangero para contestar; habeis invocado, mi querido amo, piadosamente á sataná, i su diabólica magestad os envia uno de sus asistentes.

¡Estrangero! continuó Gomez Arias sin hacer caso de su criado, ¿cómo te llamas?

Eso no es del caso, contestó friamente el moro, ni es de modo alguno necesario para que acepteis mis servicios.

¿I qué asistencia puedes ofrecerme? Yo no te conozco, aunque tus facciones no me son totalmente extrañas.

Es posible que así sea, replicó el extrangero sin alterarse; i tampoco es esta la primera vez que yo he visto vuestro semblante.

¿Quién eres pues? preguntó Gomez Arias.

Un moro, un indigno moro, respondió agriamente el renegado Bermudo, pues este era el estrangero que ofrecia su apoyo para los bárbaros designios de don Lope; ni temia que pudiera ser descubierto, á causa de la alteracion que habia sufrido su físico por el conflicto de sus pasiones, por sus continuos padecimientos, i aun por el raro trage que habia adoptado.

Cualquiera que yo sea, prosiguió el renegado, importa poco al caso presente; vengo á ofrecer mis servicios, ¿estais dispuesto á aceptarlos?

No puedo, replicó con firmeza don Lope, sin saber antes los motivos que te impelen á ello.

¿Cómo! exclamó Bermudo afectando sorpresa; no adivináis mis motivos? ciertamente no pretendo negar que con asistiros en el caso presente, me sirvo principalmente á mí mismo; ¿qué mas podeis esperar de un hombre extraño, según me apellidais? Miradme, cristiano, añadió sofocando por un mo-

mento la horrorosa lucha en que estaba su pecho á la vista de su enemigo; miradme, yo soi moro, un moro miserable; ¿I qué otra cosa sino el interés pudo inclinar á un hombre desvalido á desesperado á ofrecer sus servicios á otro de los mas ricos i mas altivos de la tierra? Amor, afecto ó gratitud; no es verdad? pues no es asi; yo consulto mi propio i único interés; consultad el vuestro, i decidid.

Interés! exclamó Gomez Arias; hallo en esa palabra cierta cosa que me tranquiliza; me gusta oír á un hombre hablar de su interés, porque asi me inclino á creer en su sinceridad. ¿Qué puedes tú hacer por tu interés? Oigamos de qué modo serás capaz de servirme.

Puedo hacer mucho, replicó el renegado: estais actualmente don Lope Gomez Arias envuelto en el más desastroso lance.

Lo estoi.

El origen de vuestra inquietud es una muger.

Continuad.

Se llama Teodora.

Tú estás instruido de este negocio; cómo ha llegado á tu noticia? — dirigió entonces una terrible mirada al trémulo Roque.

Señor, exclamó Roque; así como yo espero en mi salvación, que . . .

— Calla, villano, repitió su amo.

No os incomodeis con ese pobre diablo; añadió el renegado; es verdad que me dirijí á él antes de atreverme á ofrecerle personalmente mis servicios; pero fuera temor ú otra causa no hizo caso de mis proposiciones; dejó por lo tanto á un lado toda ceremonia, i penetrado de la crisis del negocio, me he aprovechado de esta oportunidad para dirigirme á vos en derecha.

¿Qué proposiciones tienes tú que hacerme?

Quitar de vuestra vista el único obstáculo que se ofrece á vuestra ambición; libértaros inmediatamente de Teodora.

¿Tratas tú de proponerme un asesinato?

No; cristiano, contestó Bermudo con cal-

ma; por fiera que parezca mi figura, me avergonzaria con todo de manchar mis manos en la sangre de una muger: no, aunque soi un malvado, no soi capaz de hacer un papel tan despreciable. Teodora, no sufrirá de mí ninguna villanía, ni haré mas que sacarla de Granada.

¿Qué garantías me das de cumplir tu promesa si me inclino á aceptarla?

¡Garantías! las más firmes é ilimitadas; el amor que un moro ha concebido por sus encantos.

¿Cómo! ¿eres tú el enamorado? preguntó Gomez Arias con una falsa sonrisa.

No, pronunció el renegado con indignacion. ¿yes en mi alguna cosa que lo manifieste? ¿Puede ser trazada en mi semblante señal alguna de tiernos sentimientos?

Bien, dijo Roque entre dientes, me parece que nunca ha dicho mejor verdad.

Yo no puedo amar, repitió el renegado; pero un moro que me es superior en rango, uno á cuyo servicio estoi comprometido, se ha prendado furiosamente de esa hermosura

que ahora desechais; la tratará con las mayores consideraciones, i hará todos los esfuerzos imaginables para grangearse su cariño.

Los ojos de Gomez Arias brillaban de placer al oír estas ofertas del renegado; pero se detuvo todavía algun tanto antes de fijar su resolucio. Contempló al extranjero con todo el empeño de un hombre que trata de averiguar si en aquellos ofrecimientos se descubría algun rasgo de traicion; mas nada observó que despertara sus sospechas: su oscura frente aparentaba una pacífica calma; por que conociendo el renegado el severo examen á que iba á quedar espuesto había tomado las posibles precauciones para que nada se trasluciese en su persona que pudiera malograr el resultado de sus planes. Asi, pues, no llegó á penetrar Gomez Arias la menor vislumbre de los perversos designios por los que habia sido escitado el renegado á ofrecer sus servicios.

¿Estais pues resuelto? preguntó este ulti-

mo despues de un momento de silencio.

¿En donde vive el moro que debe encargarse de Teodora? preguntó D. Lope: ¿Mora en esta ciudad? por que en tal caso sería inútil toda otra comunicacion sobre la materia.

No, respondió el renegado; no vive en Granada, aunque no mui distante; adquirireis mayores informes esta noche si estais dispuesto á admitir mis proposiciones; pero es preciso que os decidais pronto, por que no de otro modo podré tomar las convenientes medidas. Cruzó entonces sus brazos, i miró á Gomez Arias con aparente indiferencia.

Don Lope titubeó por un momento; se traslucian en este misterioso negocio ciertas sombras lúgubres i de mal agüero que comunicaban la mayor inquietud á su alma; mas la brevedad del tiempo i la proximidad del peligro desvanecieron prontamente sus nacientes dudas. Roque, que percibió la lucha interior que sufría su amo, intentó persuadirle con buenas razones á que desechase la oferta del moro; pero D. Lope reprendió con indig-

nacion al presumido escudero.

Bellaco! no necesito de tus consejos; si cuando te los pido, tu misma humilde ignorancia no sabe darmelos; como tienes la arrogancia de entrometerte ahora en donde no te llaman?

Moro; cuales son tus condiciones?

El precio que yo espero debe ser proporcionado á la importancia del servicio, contestó el renegado.

Mui bien; i cual consideras que pueda ser una justa remuneracion por tan extraordinario empeño?

Cristiano, para haceros ver que tengo confianza en la grandeza de esta empresa, dejaré enteramente la recompensa á vuestra generosidad; i ahora escuchadme; habeis de estar con Teodora á la media noche á la estremidad del *Cerro de los Mártires*; la distancia no es larga i podreis por lo tanto recorrerla facilmente: alli os esperaré en compañía del noble moro que me emplea.

Estoi resuelto, si, estaré en ese punto á

media noche; é iba ya á retirarse cuando deteniéndole cortesmente el renegado le dijo; *«necesito llevar una prenda á mi amo.»*

— ¿I qué prenda quieres? preguntó el

— Aquella sortija, contestó Bermudo señalando una que brillaba en la mano de Gómez Arias.

— No puedo desprenderme de esta joya; si de otro regalo que sea tres veces mayor, pite será concedido.

Lo uno no escluye lo otro, añadió el renegado disimulando. — ¿Pensais, don Lope, que el aprieto del que os sacó no merece mas recompensa que una miserable sortija? Yo la tendré en depósito para que con el tiempo me la cambiéis por oro.

Gomez Arias dirigió una mirada de desprecio al moro, quien como ya estaba bien preparado para este caso, tomó el carácter de un hombre venal, que era el papel que mas le convenia representar.

— ¿I bien, qué resolvéis? preguntó con una maliciosa sonrisa; ¿desprenderos de la sorti-

ja, ó quedaros con la muger que detestais?  
 ¡Tómala! replicó Gomez Arias desdeño-  
 samente, arrojando al suelo la deseada prenda.

El renegado se bajó humildemente á re-  
 cogerla; pero no pudo menos de dejar tras-  
 lucir vivas señales del placer que experimen-  
 taba al poseer un don tan precioso. Gomez  
 Arias sin embargo, atribuyó erróneamente  
 estos síntomas á la codicia de aquel misera-  
 ble, que no se proponia en sus servicios otra  
 mira que la del oro. Volvió á dirigirle una  
 mirada de desprecio, i haciendo una señal á  
 Roque, salió brevemente de aquel sitio. El  
 renegado dió rienda suelta á la satisfaccion  
 de que rebosaba tumultuosamente su pecho;  
 besó la sortija con feroces demostraciones de  
 júbilo, i al ver que Gomez Arias se habia re-  
 tirado, exclamó: «ya ha llegado mi tiempo; i  
 mui pronto experimentarás altivo, español,  
 el poder de tu mas encarnizado enemigo.

## CAPITULO XII.

*Motivos de hallarse el renegado en Granada,  
i sus diabólicas intrigas: Teodora es infor-  
mada del trastorno de la casa de Aguilar:  
su interior complacencia, si bien mezcla-  
da con el desagrado de ser la causa ino-  
cente de él.*

**B**ermudo el renegado, de quien acabamos de hablar, se habia refugiado en Granada á consecuencia de la derrota de sus compañeros en Alhacén, i de la total aniquilacion de sus esperanzas i recursos. Sabia que habia de estar mas seguro en aquella ciudad en medio de moros i cristianos, que continuando su vida errante por la montaña, envuelto en innumerables peligros, i espuesto á caer en manos de las tropas de Aguilar que recorrían el pais en todas direcciones para acabar con los

restos de la revolucion. Igual partido habian abrazado otros muchos moros dispersos, mientras que algunos menos emprendedores ó mas cautelosos se habian ocultado en oscuras cavernas i en recónditos lugares.

Dicho renegado, mezclado disimuladamente en el tropel de los alegres cristianos fingia tomar un interes particular en la solemnidad de las fiestas, cuando dirigió su atencion á una partida de gente á caballo en la que reconoció un objeto tan familiar á su vista. Fue con efecto grande su sorpresa cuando ya no pudo dudar de que aquella era la misma Teodora, la hermosa cautiva de Cañerí, Un impulso de curiosidad le indujo á seguirla hasta que descubrió que se habia apeado en la casa de Aguilar. Desde aquel instante se dedicó Bermudo á investigar esta ocurrencia; supo con placer que su aborrecido enemigo estaba todavia vivo: hizo todavia mas, pues llegó á verle; i ardientemente empeñado en seguir adelante sus planes de venganza, sus primeras indagaciones habian correspondido

ampliamente á sus más criminales deseos.

Habia sabido la próxima boda de Gomez Arias, i acordándose de los lamentos de Teodora i de la desesperacion por la supuesta muerte de aquel individuo, llegó á inferir que en esto habia algun misterio, el que si llegaba á descubrirse podria ser convertido en su propio provecho. Habia buscado por lo tanto artificiosamente entrar en relaciones con el escudero Roque, i ya fuera con insidiosas preguntas ó con su propia penetracion, habia podido averiguar que Teodora era la dama abandonada por Gomez Arias, i desde aquel momento concibió la idea de informarla de la traicion de su amante para atravesar las miras de este fementido, resuelto á no perdonar medio alguno hasta que hubiera dado completo desahogo á su venganza, que habia sido su única i constante idea por tantos años; mas su plan de operaciones era tan opuesto é intrincado, como diabólico el motivo que lo dirigia.

Viendo que Roque se rehusaba abier-

tamente á ser el cañal de sus comunicaciones con su amo, determinó descubrirse en persona, i con este desígnio habia ido á los jardines, segun va mencionado. Los taimados i rencorosos manejos del renegado, ayudados por la terrible posicion en que se hallaban los negocios de don Lope, habian hecho caer á este último en el lazo que aquel le habia armado con la mayor astucia, i si aquellos tenian un buen resultado debian conducir al descuidado Gomez Arias á un laberinto en el que habia de verificarse su completa destruccion.

Asi, pues, no pudo ocultar Bermudo su satisfaccion interior al verse dueño de la sortija de Gomez Arias, sortija que se acordaba haber sido regalada por la reina Isabel, prenda preciosa que en el curso de sus infernales maquinaciones podia contribuir esencialmente á su terminacion feliz. Mientras que por una parte estaba esperando con ansiedad el resultado de sus diabólicas intrigas, i don Lope por otra se congratulaba cordial-

mente por la pronta conclusión de sus compromisos, el amable pero desgraciado objeto de los planes de ambos se creía la criatura más feliz de la tierra.

Obedeciendo Teodora sumisamente las urgentes i repetidas prescripciones de su amante, se mantenía confinada en su aposento. Confiando implícitamente en las promesas i votos de don Lope, i entregándose apasionadamente á los sueños de una futura dicha, experimentaba sin embargo un grado de inquietud propio de la importante crisis que iba á resolver de su suerte. Llegó la mañana de aquel memorable dia, i el movimiento que se observaba dentro de palacio no dejó de llamar la atención de Teodora, si bien su origen admitía varias interpretaciones. Ora se figuraba en el exceso de su pasión que ya Gomez Arias habia tenido su entrevista con Aguilar i hecho las necesarias revelaciones: ora se estremecía con la idea de que pudieran dejar de realizarse los ardientes deseos que tanto la regocijaban.

Este estado de ansiedad i suspension fue interrumpido por Lisarda, la que se metió atropelladamente en su cuarto con señales de la mayor alarma: se volvía á todos lados sin la menor ceremonia, i antes que Teodora pudiera preguntarla la causa de su turbacion."

¡Santos cielos! exclamó; buenas cosas estan pasando! que hayamos venido á parar en esto! ¡que vergüenza! precisamente en el mismo momento en que... si señor, antes que yo consintiera en ser tratada de este modo, me habian de sacar los ojos i arrancar la lengua de raiz. Despues de tales preparativos! ¡Dios mio! chasquear á toda una familia i poner tanta gente en confusion! Aqui se vió Lisarda precisada á tomar aliento, de cuyo intervalo se valió Teodora para preguntar la causa de su desazon.

¿Qué hai buena Lisarda? la dijo; referidme lo que ha sucedido; espero que no ha habido ningun desastre en la familia.

Vuestras esperanzas, contestó Lisarda algo serenada de su agitacion; no pueden im-

pedir ya el desastre, porque verdaderamente lo ha habido i mui terrible; se trata de fraude de insolencia, i del mas abominable perjurio. Si señora, lá familia ha sido tratada esta mañana con la descortesía mas intempestiva i chocante: en mi vida he visto tal falta de delicadeza i de decoro. ¡Virgen santa! ¿cómo concluirá esto? Sabe Dios que por mi parte jamas estuve tranquila en lo relativo á ese caballero. No, no, yo siempre dije que don Rodrigo era otra cosa; pero ahora ni uno ni otro; el diablo anda por esta casa i hemos de ver las resultas. Es insultante en verdad; yo que habia preparado un vestido tan hermoso ¿he de ver diferida la ceremonia?

¿Qué ceremonia es la que se difiere? preguntó ansiosamente Teodora.

La boda, señora; pues que ¿no os lo habia dicho?

En verdad que no.

¡Dios nos asista! soi una atolondrada ¿qué otra cosa podia ser suspendida sino la boda?

¿I esa es la desgracia que ha ocasionado tan

extraordinario sentimiento? preguntó Teodora sin poder disimular su interior complacencia; pues ¿que os parece poco? Yo creo que la causa es digna del trastorno que nos ha causado. ¡Buen Dios! si os hubiera sucedido igual contratiempo, amable señora, tal vez no lo miraríais con tanta indiferencia; pero Dios me perdone sino parece que os alegráis de esta burla.

¡Alegrarme! ¿qué quereis decir? exclamó Teodora corrida, esforzándose en ocultar su turbacion, ¿qué os puede inducir á creer que yo tenga un carácter tan perverso que me alegre de un suceso que ha desazonado evidentemente á mi amable i generoso bien hechor?

No hagais caso de mis reparos, bondadosa señora; pero como soi cristiana, i que me he de salvar, que estais mui cambiada desde ayer i con visible mejoría.

Habiendo comunicado las noticias de palacio á la bella Teodora, salió Lisarda de su cuarto apresuradamente en busca de ulterio-

res informes. La hija de Monteblanco recibió luego despues una visita del noble don Alonso, en cuyo semblante estaban pintadas fuertemente las señales del desagrado. Teodora adivinó facilmente la causa, i aunque se complacía de la terminacion de un suceso en el que estaba tan altamente interesada su felicidad, no pudo menos de experimentar una generosa compasion al considerar que era ella la causa inmediata, aunque inocente, del chasco de su protector.

Con la sencillez propia de su carácter tuvo mas de una vez vivos deseos de arrojar se á los pies de Aguilar, i de confesarle francamente su melancólica historia; mas el recuerdo de las órdenes terminantes de su amante la retraian de desahogar los candorosos impulsos de su corazón. Asi, pues, aunque su delicadeza é ingenuidad sufrían notablemente con la ficcion que se veia precisada á usar con el hombre generoso que la habia rescatado de la mas horrible catástrofe, tenia que sofocar los mas bellos sentimientos de su al-

ma por no contrariar la voluntad de quien estaba fraguando al mismo tiempo los planes de su futura ruina. Ni fue esta la única dura prueba por la que Teodora hubo de pasar : se vió asi mismo precisada á desechar las repetidas instancias de Aguilar para que se presentara en el gran salon , llegando su sacrificio hasta el extremo de dar lugar á que se asignara á su negativa alguna razon poco honrosa á su carácter.

Teodora sufrió todas estas pruebas con la mayor resignacion esperando verse prontamente libre de tan penoso estado. En esta no interrumpida serie de dudas i temores pasó aquel largo i pesado dia , i vió con el mayor alborozo la llegada de la noche que iba ya envolviendo en su negro manto los altivos torreones i elevados edificios de Granada.




 CAPITULO XIII.

*El renegado i el Feri de Benastepar van á visitar á Cañerí en las oscuras cavernas en las que se habia refugiado á las inmediaciones de Granada. Se acuerda entre ellos otra insurreccion. El renegado lleva al mismo tiempo noticias de Teodora á Cañerí, i le ofrece ponerla mui pronto en su poder.*

A poca distancia de Granada hai un sitio llamado el cerro de los *Mártires*, de cuyo lugar se han trasmitido por tradicion los cuentos mas melancólicos: abundaba en profundas cavernas i en bóvedas subterráneas, en las que se dice que los moros encerraban á los cautivos cristianos i les hacian sufrir horrosos tormentos. El tiempo, que todo lo altera, cambió estos calabozos en madrigueras para los derrotados i dispersos agarenos. Algu-

nos de estos espantosos asilos habian sido ya descubiertos por la incansable perseverancia de los españoles, ó denunciados por la traicion de moros venales; mas todavía quedaban otros que se burlaban de toda la actividad de la exploracion cristiana, i cuya existencia era conocida tan solo por algunos de los principales campeones.

Una gran parte de las diseminadas fuerzas de Cañerí se habia refugiado en estas subterráneas habitaciones, mientras que no pocos de los soldados mas atrevidos i resueltos del Feri de Benastepar se habian retirado sin el menor recelo á Granada, en donde apesar de los severos decretos promulgados por la Reina i de varios escarmientos hechos sobre los refractarios hallaban sin embargo abrigo i proteccion entre sus paisanos. Así, pues, mientras que la rebelion parecía apagada, habia todavía debajo de la ceniza un fuego secreto que estaba pronto á hacer su esplosion luego que una mano maestra supiera encender la llama. Empero la falta de unidad entre los

mismos moros, i su general diseminacion desde que hubo sido destruido su último pueblo, eran obstáculos demasiado poderosos para que pudiese organizarse con facilidad una nueva revolucion. Por otra parte, la creida muerte del Feri habia llenado de luto el corazon de todos sus sectarios, i ningun otro se reconocia con suficiente talento para llenar su puesto.

Este era el estado de los negocios cuando á la conclusion de un caluroso dia se vieron tres hombres atravesar cautelosamente la senda que conducia al citado cerro de los *Mártires*. Bermudo el renegado, que iba delante i que hacia de guía, se daba á conocer fácilmente por su resuelta espresion i atléticas formas. Caminaban lentamente i con zozobra hasta que llegaron á un sitio enmarañado, cubierto de matorrales, i circundado por altos i copudos árboles, cuyas espacijas hojas ofrecian una barrera impenetrable á la luz del dia. Se metieron en medio de esta espesura, i dando el renegado un agudo i hueco silvido

se movió la tierra, i se descubrió una abertura que hasta entonces habia estado encubierta.

Los dos moros, porque tales eran los compañeros de Bermudo, bajaron con él á un profundo é intrincado paso subterráneo: á los pocos minutos se hallaron en una espaciosa bóveda cortada sobre piedra viva, é iluminada con una lámpara solitaria que ofrecia una escasa luz la mas á propósito para dar nuevas tintas de terror á aquellos sombríos lugares, i una idea mas confusa de las horribles formas i asquerosos semblantes de sus moradores. Como una docena de hombres i dos ó tres mugeres estaban tendidos á lo largo de aquella caverna sin mas cubierta que sus andrajosos vestidos, i espresando en sus facciones la mas completa desesperacion i miseria.

A la estremidad de este espantoso lugar i en la parte mas elevada que parecia la menos súcia, por hallarse cubierta con algunos pedazos de alfombra vieja, se veía un hombre de mejor aspecto, cuyo físico parecia no haber sufrido tantas penalidades como el de

sus compañeros. Este personaje era el jefe de aquellos , que por su exterior i por todas las apariencias i conjeturas, podian ser considerados como una cuadrilla de bandoleros ; pero como no es de presumir que puedan perecer de hambre los ladrones que habitan en las inmediaciones de las ricas i populosas ciudades , no es extraño que todo observador se hubiera visto irresoluto i sin saber á qué atribuir las causas de aquella su pobreza i abatimiento.

Tan pronto como dichos huéspedes entraron en esta triste é incómoda mansion, todos aquellos abatidos i lúgubres semblantes se reanimaron de repente ; i no sin razon , porque el renegado i uno de sus compañeros les entregaron algunas provisiones, en tanto que el otro permanecia con sus brazos cruzados contemplando con atención el grupo que tenia delante de sí.

¡ Alagraf ! ¡ Malique ! exclamó el personaje de quien se ha hecho mencion , ¿ quién es ese extranjero ?

No temas, Cañerí, le dijo al oído el renegado: es un amigo, i tal vez el partidario mas sincero i el mas esforzado sostenedor de los moros en su actual estado.

Si se hubiera de colegir del altivo porte que ostenta en nuestra presencia, replicó Cañerí mostrándose ofendido, debería uno creer que era persona de alta categoría, si su ignoble trage no contradijese tal inferencia.

El extranjero no contestó, ni hizo mas que dirigir una mirada de compasion i desprecio ácia el gran potentado de la caverna. Volviéndose entonces Cañerí al renegado le dijo: ¿qué noticias traes de Granada? ¿Se cumplirán tus promesas? ¿Se verán coronados mis deseos de un feliz suceso? ¿Qué es lo que has averiguado sobre Teodora?

No he estado ocioso, contestó ásperamente el renegado.

I con todo, replicó Cañerí, me temo que van á malórgarse nuestros planes.

No tal, Cañerí; pero no es este el tiempo de tratar de tal asunto, porque hai otro

de mayor importancia i de preferente atencion,

¡Por el santo profeta! exclamó Cañeri con desagrado; me figuraba que un asunto, en el que estuviera yo interesado, era suficiente por sí solo para fijar la pública consideracion. Explícame, pues, ¿qué hai que pueda escitar mas mi curiosidad?

¡Moro! contestó el renegado con ira; tú te has olvidado de que yo no soi tu esclavo; no, á fé mia; no hablaré de estas materias hasta que sea tiempo oportuno.

Cañeri quedó desconcertado con este acto de insubordinacion; centellearon sus ojos de cólera, i miró á su tahalí en ademan de sacar la espada para castigar la insolencia del renegado; i aunque los demas moros se llenaron de consternacion al oir tan atrevidas palabras, ninguno osó dar un paso; tal era la admiracion que les habia infundido el porte varonil i resuelto con que Bermudo se presentaba á ellos!

Alagraf, dijo Cañeri disimulando su indignacion: ¿tan abiertamente han de ser des-

atendidas mis prescripciones delante de mi pueblo?

Cañerí, contestó el renegado con decision; tú me apuras demasiado, i debieras conocerme mejor.

Empezó á suscitarse entre la cuadrilla un murmullo de descontento que iba á estallar contra el renegado, cuando fue contenido de repente por el moro extranjero, que se adelantó ácia ellos en actitud amenazadora.

¡Quietos! exclamó, quietos, miserables i abatidos esclavos!

¿I quién eres tú, preguntó Cañerí temblando de rabia, que te atreves á arrogarte el poder de dictar órdenes en mi presencia?

Yo soi, contestó el extranjero altivamente, tu superior en todo menos en los vicios.

¡Prendedle! dijo Cañerí fuera de sí de corage, prended á ese miserable.

Deteneos, gritó Malique interviniendo en la cuestion; no pongais vuestras manos sobre ese hombre. Poderosísimo Cañerí, añadió en seguida dirigiéndose al gefe indignado:

«Mohabed Alhamdem , nuestro opulento hermano de Granada , nos ha confiado ese moro mandándonos que lo condujéramos á este lugar ; tiene negocios mui importantes que comunicaros ; i si las palabras de Mohabed deben ser creidas , solo de ese estrangero podemos esperar nuestra salvacion.

¿ Quién es , pues , ese elevado personage? preguntó Cañerí con una sonrisa despreciativa.

El mismo os informará , contestó el renegado. Cañerí , tú sabes cuán firmemente estoy decidido por la causa morisca ; ¿ por qué , pues , me insultas cuando lo que digo fue con solo el objeto de dar fomento á esta empresa? pero no se hable mas de ello ; no soi un niño que vengo á reñir con mis asociados por una palabra pronunciada en un momento de desuido é intemperancia. Cogió entonces su mano en señal de reconciliacion , i continuó: «si las apariencias que se presentan con grado de certidumbre no me engañan , Teodora será tuya ántes de mucho.

¿Es posible?; i cuando?

Esta noche ó nunca. Pronto te descubriré todos los pormenores de esta intriga, pero examinemos ahora con qué recursos podemos contar para renovar la insurreccion.

Recursos! ninguno, dijo Cañeri. Nuestra gente está dispersa i abatida por las repetidas desgracias; la mayor parte de nuestros gefes ha muerto ó ha pasado á Africa, i el único hombre que tenía el poder de reunir los errantes moros, el que solo era capaz de inspirar confianza á sus partidarios, el Feri de Benastepar ya no existe: rendido por el brazo de Aguilar, participó de la suerte de aquellos valientes que mezclaron sus cenizas con las de Alhacen.

El Feri de Benastepar no ha muerto, dijo el renegado con firmeza.

Cañeri i su gente se levantaron del suelo con todas las señales de haber adquirido nuevo valor, i todos prorrumpieron en una exclamacion de agradable sorpresa.

¿Pero donde está ese caudillo?

Vedle ahí! contestó Bermudo señalando al extranjero.

Si, dijo este arrojando á un lado su disfraz; si, Cañeri, reconoce al Féri en este humilde trage que la necesidad me ha obligado á adoptar: vencido por Alonso de Aguilar, pero rescatado milagrosamente de las garras de la muerte para redimir las mancilladas glorias del nombre morisco, para travar nuevos combates con el altivo gefe español, i para darle con la asistencia del Santo Profeta la misma prematura muerte con la que pretende en vano haber destruido esta columna de la creencia musulmana, estoy aquí para salvaros del yugo cristiano.

Un simultáneo murmullo de aprobacion se oyó por todos los ángulos de la caverna; el mismo Cañeri, aunque celoso del poder i gloria del Féri, aclamó con puro gozo su inesperada aparicion entre ellos: en su imaginacion revivieron las esperanzas de asegurar aquella fantástica dignidad, de la que habia sido despojado con sus últimas derrotas: llegó

á esperar todavía que la causa de Mahoma habia de triunfar, i que él ocuparia una parte principal del mando, al que se creía con solemnes títulos por su distinguido nacimiento.

Asi pues los moros pasaron en un momento del estado mayor de abatimiento al de elacion i orgullo: se representaban los prodigiosos esfuerzos del Feri, i la mágica influencia que ejercia su nombre para llamar de nuevo á las armas á sus compañeros, sin que su misma ciega confianza les dejase considerar lo desesperado de aquel empeño, i los insuperables tropiezos que habian de encontrar en él.

El renegado miró esta agitacion general con mas desagrado que satisfaccion; infirió que podia prometerse pocas ventajas de gentes que pasaban tan fácilmente de los hondos abismos de la desesperacion al apogeo de la esperanza; porque para un hombre como él, dotado de fuertes pasiones, pero acostumbrado á acechar progresivamente sus efectos, esta clase de rápidas transiciones demostraba una debilidad incompatible con arrojadas empresas.

¿Pero cómo se pudo salvar tu preciosa vida? preguntó Cañeri dirijiéndose al Feri.

Cuando sucumbi al brazo de Aguilar, contestó éste, fue mas por el esceso de la fatiga que habia sufrido en los dias anteriores, que por la clase de las heridas que habia recibido, pues que ninguna de ellas fue mortal; i al verme tendido en el suelo i sin ningun amparo, i al considerar que mi vida podia haber sido preservada todavia para el servicio de mi pátria, se me partió el corazon, i me entregué al mas fiero dolor; el pueblo habia quedado desierto, nada se oía sino el chasquido de las llamas i los lamentos de los que morian á mi lado; nuestros enemigos se habian marchado; i reuniendo yo entonces los últimos restos de mis fuerzas pude con el mayor trabajo salir de aquel lugar de desolacion; pero ya exánime i sin aliento caí al pie de un árbol, i alli habria espirado si en aquel momento no se hubieran presentado dos ó tres de nuestros soldados á asistirme: estos me llevaron al instante á un punto de seguridad, i

me administraron todos los remedios que estuvieron en sus cortas facultades. Luego que hube recobrado algun vigor, emprendí mi viaje para Granada, i me presenté á Mohabed Alhamdem, en cuya casa se ha concertado el plan de una nueva sublevacion, i con este motivo vengo á pedir tu apoyo para ella.

Noble i amado compañero, replicó Cañeri, «ademas del placer de verte con vida, disfruto el de oir tu propuesta. Me alegro que apesar de nuestras pequeñas desavenencias te hayas acordado de mi en la hora de una crisis tan importante: mándame con libertad i dispon de todas mis tropas. Al pronunciar estas palabras con su acostumbrada afectacion de dignidad, dirigió una mirada á todos sus súbditos, los que inclinaron su cabeza en prueba de ciega sumision. ¿I esta es toda la gente de que puedes disponer? preguntó el Feri.

No por cierto; á mi primer aviso puedo reunir un número considerable de secuaces que ahora están prudentemente diseminados en pequeñas partidas para salvarse mas facilmente

de la persecucion: hai otros ocultos en las inmediatas cuevas; i obedecerán mis órdenes en el acto. Pero ¿cuáles son tus designios, mi noble amigo? ¿Tratas de sorprender algún fuerte, ó piensas hacer otra expedicion á la *Sierra Nevada*?

Ni uno ni otro, contestó el Feri: mis planes de operaciones son ahora totalmente diferentes; pienso dar el golpe muy lejos de Granada; en otro tiempo te daré mayores esplicaciones. ¿Estás bien resuelto á segundar mis esfuerzos?

Si, contestó Cañerí bajando la cabeza. En nombre del santo profeta te juro seguir tus instrucciones.

Está bien, replicó el Feri; esta misma noche saldré para *Sierra Bermeja* sin mas compañía que la de Mohabed i la de un criado: aquel rico moro se ha adherido entusiastamente á nuestra causa, i varios de sus amigos, aunque algo remisos para asistirnos con sus personas, lo hacen á lo menos liberalmente con el oro. Tú, Cañerí, debes marchar con

la mayor presteza al pueblo de Alhaurin, que sorprenderás con gran facilidad á causa del descuido con que viven los cristianos: éste podrá servir de punto de reunion para todos los que quieran alistarse bajo nuestras banderas. En cuanto á los montañeses de Sierra Bermeja estoi seguro de que se hallan dispuestos á reunirse con nosotros: asi, pues, mientras que el altivo español pierde el tiempo en la vana ostentacion de sus triunfos, i se regocija con la supuesta muerte del Feri, disolverá éste repentinamente el encanto, i retará de nuevo á sus enemigos para que sufran los efectos de su rabia i venganza. Pero acuerdate, Cañeri, que Alagraf i Malique son las únicas personas por medio de las cuales debemos comunicarnos: ve ahora á tu puesto, i espera alli mis ulteriores avisos. Que el profeta te prospere, i que cuando volvamos á vernos haya coronado la victoria nuestros esfuerzos!

Dijo; i ambos gefes se despidieron cariñosamente; el Feri volvió sin dilacion á Grana-

da, i Cañeri sin poder contener su alegría se levantó i empezó á pasearse al rededor de la caverna como si estuviera ya dictando leyes desde su palacio de Alhacen.

¡Ola, bravos compañeros! gritó con voz de trueno; preparaos para la marcha á la primera llamada.

Tal mandato era totalmente inútil, porque sus valientes soldados no tenían que hacer mas preparativos que levantarse i echar á andar, puesto que no tenían equipage alguno que entorpeciese sus operaciones, ni mas vestidos que los andrajos que llevaban puestos.

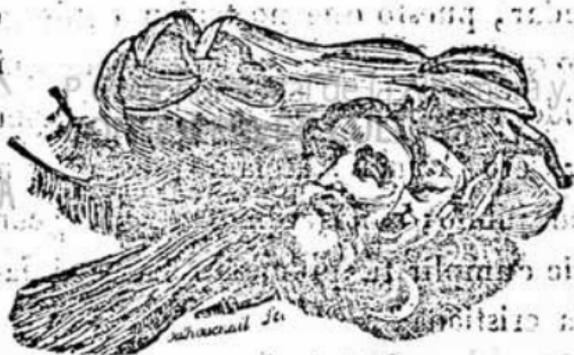
¡Pero Alagraf! exclamó Cañeri en medio de su júbilo; si nos vamos ahora, ¿cómo se ha de cumplir tu promesa relativa á la hermosa cristiana?

No temas Cañeri; he prometido que Teodora seria tuya esta noche ó nunca.

¡Cómo nunca! Todavía nos queda algun tiempo, i por tan rica presa esperaria mas si fuera necesario.

Solo media hora falta para la media no-

che, observó el renegado; el tiempo se acerca; mi corazón me dice que Teodora se hallará pronto en tu poder, i así podré yo completar mi venganza.



## CAPITULO XIV.

*Exhortaciones de Roque para que Gomez Arias no dé ejecución á sus horribles proyectos. Va dicho Roque en busca de Teodora, i la lleva á su amo. Principian su viage, que Teodora creia fuese para Guadix. Se encuentran en el cerro de los Mártires con Cañeri, con el renegado, i con Malique. Estremecimiento de Teodora al ver el acuerdo que existe entre estos i Gomez Arias. Consuma este último su atroz atentado de entregarla á dichos infieles, i de mandar que se lleven asimismo á Roque que se habia atrevido á reprender su vileza i barbarie.*

**E**n nombre del cielo don Lope, dijo Roque, permitidme que os ruegue penseis todavia con detencion antes que os resolvais á llevar á ca-

bo vuestra empresa : mi corazón me anuncia estrañas consecuencias.

Tu corazón, replicó Gomez Arias, es un agorero mui impertinente. ¡ Hombre simple! ¿ qué otro partido me queda que abrazar? ¿ quieres que deje la presa mas gloriosa en el momento preciso en que voi á conseguirla, solo por un insulso temor de las consecuencias? Hallándome ya tan adelantado ¿ he de renunciar á mi honrosa alianza con Leonor? por vida mia que no puedo, ni quiero; lo impiden la prudencia, la formalidad i el honor.

Pero permitidme que me entrometa en vuestros negocios; me parece que ese mismo honor, del que aparentais ser observante tan celoso, no puede obligaros á poner una desgraciada jóven en manos de los infieles; i aunque vuestra actual situacion está verdaderamente llena de dificultades, todavia se podria hallar algun otro medio de salir de Teodora, que no fuera tan horroroso como el que habeis proyectado.

No, Roque, yo no veo otro. No tenemos

ya tiempo para pensar; debemos obrar sin perder tan preciosos momentos. Ve, corre, entrega esta carta á Teodora, i condúcela al sitio que te he designado. La noche se va adelantando; vuela, i sé fiel en el cumplimiento de mis órdenes. Este paso es indispensable, i tú mismo debes reconciliarte con la necesidad, aunque por de pronto escite en tu pecho un ridículo sentimiento de compasion ó temor.

Roque no se atrevió á entrar en ulteriores contestaciones; i prorrumpiendo en un lamentable suspiro i levantando sus ojos al cielo se eucaminó al desempeño de su comision, en tanto que su amo corría precipitadamente al sitio solitario que habia de ser el de su reunion. Obrando Roque con aquel incierto i atolondrado modo tan propio de su carácter sin inclinarse al bien por cálculo ni al mal por aficion, se dirigió al jardin de don Alonso de liberando consigo mismo el sistema que habia de adoptar. La compasion i el remordimiento le horrorizaban al figurase el espantoso cuadro que iba á presentar la infeliz Teodora.

Era tan bárbara é incua la venta que iba á hacerse de esta candorosa i amable víctima, que dicho escudero sin embargo de su tosco é inculto carácter, se estremecía de tener una parte aunque mui subalterna en ella: una ó dos veces estuvo ya para informarle de la fraguada conspiracion; pero estos momentáneos impulsos de nobleza i generosidad eran contenidos por la falta de accion i de fortaleza para resistir á la voz imperiosa de su amo. El respeto que tenia á Gomez Arias, i el temor de las resultas que su descubrimiento pudiera producir en el ánimo de la víctima contribuyeron poderosamente á que enmudeciese la voz de la conciencia. Esperaba asi mismo que desvanecido una vez el matrimonio, se tomarian medidas para la seguridad i consuelo de Teodora; i finalmente que Gomez Arias se desarmaría á la vista de la desgraciada jóven, i que trazaría algun otro plan menos criminal é inhumano:

En esta lucha de ideas llegó al palacio, i entrando en el jardin por una puerta secreta

se acercó á la ventana del aposento de Teodora. La ansiosa muchacha, que habia estado todo el día en acecho, bajó al momento i se puso al lado de Roque.

¿En donde está? preguntó con viveza.

La prudencia, contestó Roque, le ha obligado contra toda su voluntad á mantenerse á alguna distancia; pero aqui teneis una carta que os explicará los motivos, i os indicará lo que debéis hacer.

Teodora recorrió el contenido de dicha carta con una azorada agitacion i ansiedad, i concluyó su lectura imprimiendo los mas ardientes besos de amor i entusiasmo sobre aquel vil instrumento de traicion.

Démonos prisa, dijo ella entonces, i sin esperar que Roque abriera el camino, se precipitó por el medio del jardín en las alas del amor. El criado no pudo conservar su serenidad al ver la prisa con que la infeliz Teodora corría en pos de su destruccion: veía el gran contraste que existía en la candorosa confianza de esta jóven i el desnaturalizado i fingi-

do carácter de Gomez Arias. Roque la condujo por fin al sitio destinado no pudiendo contener sus lágrimas al oír el sencillo lenguaje en que desahogaba su pecho durante el camino hablando de su halagüena esperanza de unirse mui pronto con su amante i de obtener el perdon de su venerado padre. Llegaron por fin al punto destinado: era una noche hermosa sin que se respirase un pelo de viento; los ansiosos ojos de Teodora se dirigieron al momento ácia el amado objeto de su tierno cuidado, divisó algo mas adelante un hombre embozado en una capa i á su lado tres caballos; miró acia aquel punto intensamente; latió con la turbacion el pecho de Teodora, se precipitó en busca de don Lope, i en un momento se arrojó á sus brazos con todo el entusiasmo de su ciega pasion.

Gomez Arias recibió esta cariñosa demostración con una frialdad inesplicable: distraído con sus bulliciosas pasiones, quedó como inhábil para desempeñar el papel que se requería en tan critico momento; de modo que

la amable Teodora á pesar de su obcecacion no pudo menos de reparar, en su indiferencia i reserva,

¿Qué te duele? le dijo suavemente ¿no eres feliz?

¡Feliz! Sí, Teodora, lo soi; pero no estrafies mi inquietud, porque en mi embarazosa situacion no puedo obrar de otro modo; el paso que voi á dar....»

¡Oh! bien conozco, exclamó Teodora con viveza, el mérito de este sacrificio; sé los pomposos proyectos de gloria que abandonas renunciando la mano de Leonor. Sí, bien conozco todas las penosas circunstancias que pueden sobrevenir de tu resolucion; pero, Lope mio, el inalterable amor, la ardiente adhesion de tu pobre Teodora ¿no será una recompensa por las ventajas que tu honor te obliga á perder?

Miró ella entonces tiernamente al semblante de Gomez Arias; se asomaron las lágrimas á sus ojos; mas en los de su amante no se descubrió la menor señal de correspondencia. Des-

pues de haberla ayudado á montar á caballo, i ordenado á Roque que los siguiese, continuaron su marcha por algun tiempo en el mayor silencio. Teodora, sin embargo, por un efecto de su dulce carácter estaba inclinada á engañarse i á atribuir la estraña conducta de su amante al dificultoso estado en que se hallaba; ni podia darse por sentida al considerar que solo por su amor se habia Gomez Arias atraido sobre sí aquellas angustias. Habia asegurado para sí el objeto mas importante de su vida, i no era tan egoista é imprudente que le reprendiese su conducta anterior, cuando esperaba que habia de cambiárla enteramente; pero los argumentos de la razon no estan siempre en armonía con los estímulos del alma: ésta queria tranquilizarse, mas no así su corazon á pesar de los esfuerzos que hacía para ocultar su inquietud; los profundos suspiros que lanzaba llamaron la atencion de su amante, quien trató con algunas demostraciones pasageras de afecto de tranquilizar la víctima que iba conduciendo al sa-

crificio; mas aunque el artificio del hombre sabe imitar á veces las varias pasiones que agitan al corazon humano, difícilmente puede fingir mucho tiempo los sentimientos de ternura. Debe ser frio por necesidad el language que se dirige á un objeto que lo ha sido antes de una ardiente pasion, cuando ya ésta se halla estinguida. Ningun poder del arte, ni toda la fuerza de la imaginacion puede animar á un estéril corazon que ya no ama.

Al acercarse al cerro de los Mártires empezó Teodora á sollozar de repente, i Gomez Arias llegó á conocer la horrorosa escena que iba á sufrir antes de poderse desasir de la afligida jóven.

¿Por qué lloras Teodora? preguntó con ternura.

¡Abi de mí! no lo sé; pero mi corazon está ahogado; siento que me amenaza alguna grave desgracia. ¿A donde vamos? este no es por cierto el camino para la casa de mi padre. ¡Oh Lope! ¡Lope! ¿á donde me llevas? preguntó con una voz de terror.

Por parapetado que estuviera el corazón de Gomez Arias contra la compasión, no dejó de conmoverse con esta pregunta. Roque se hallaba escesivamente afectado, i no pudo menos de prorrumpir en el siguiente lamento, ¡cielo, protegedla!

Teodora oyó la exclamación; porque una persona afligida no deja de percibir todo funesto presentimiento.

Gracias, buen Roque, dijo ella tristemente ¿por qué imploras la protección del cielo? Lope mio ¿estamos en peligro?

Gomez Arias no contestó; porque empezaba ya á sentir el vivo aguijón del remordimiento por la pérdida traición que iba á ejecutar contra una muger, cuya existencia parecia depender esclusivamente de su amor. Ya habian cruzado el referido cerro de los Mártires, é iban subiendo una pequeña loma, cuando salieron de repente de uno de sus recodos tres ó cuatro hombres á ostruir su marcha. Resplandecia la luna con toda su viveza, de modo que se distinguian claramente

los objetos, así que no pudo quedar duda alguna á Teodora de que aquella gente iba dirigida contra ellos.

¡Son moros! exclamó. ¡Oh cielos! ¿qué pueden querer á estas horas en este solitario lugar? deben ser seguramente algunos de esos miserables que han quedado arruinados en la última rebelion, i que tratarán ahora de vengar sobre nosotros todos los males que han sufrido. Mi querido Lope, si hemos de morir, será á lo menos un consuelo para mí el perder la vida en tu compañía.

Teodora miró ansiosamente á su amante; pero como no pudiese descubrir en su aspecto la menor turbacion empezó á alarmarse fuertemente; considerando que si bien la bravura de don Lope podia hacer que despreciase el peligro de su persona; no debia ver con tal indiferencia el que amenazaba á esta desgraciada muger. Continuó Teodora en aquella terrible agonía; hasta que llegaron cerca de los individuos que habían escitado sus temores: uno de ellos se destacó del gru-

po, i se adelantó ácia Gomez Arias, quien paró su caballo para aguardarle; i ¡cuál fue el horror de Teodora, cuando reconoció en aquella persona la espantosa figura del renegado! Dió entonces un agudo chillido, i si Gomez Arias no la hubiera sostenido, habria caido al suelo.

«Veo, don Lope, dijo el renegado, que habeis cumplido vuestra palabra; no podia esperar menos del noble Gomez Arias.

«¿I quiénes son tus compañeros? preguntó don Lope.

«Allá está, replicó Bermudo, señalando á Cañeri, el ilustre moro, de quien os he hablado; asi pues, será mejor que cuanto antes hagamos nuestros convenios.

«El mútuo acuerdo i buena inteligencia que parecia existir entre Gomez Arias i el renegado, i el modo desabrido con que fueron pronunciadas las últimas palabras, no dejaron duda á Teodora, de que se maquinaba alguna traicion: sus temores se vieron bien pronto confirmados, cuando volviéndose á

ella Gomez Arias, la dijo en tono de compasion. »

No trataré, Teodora, de justificar la conducta que me veo precisado á observar; pero las circunstancias en que estoi envuelto no admiten alternativa: debemos separarnos para siempre; ni puedo prolongar mucho tiempo una escena que debe ser tan penosa para tu corazon; me consuela sin embargo la idea de que te dejo en poder de quien ha prometido tratarte con el debido respeto.

Al decir esto, se apeó de su caballo, i tuvo el descaro de ayudar asimismo á apearse á la moribunda Teodora: ésta no pudo hablar; el pasmo habia enagenado todas las facultades de su alma, i embotado el principio de la voluntad i de la accion. Estuvo contemplando aquel cuadro como uno que cree estar soñando, i se esfuerza por despertarse de alguna penosa ilusion; pero cuando se adelantó Caffieri, cuando vió su aborrecida figura, i en ella las horribles marcas de una insultadora

alegría, volvió en sí, i repentinamente exclamó con una especie de frenesí, »

El es, si, él es. ¡Oh horror! i corrió á ocultarse detras de su amante. ¡Oh Lope! libértame de ese hombre.

No, señorita, le dijo el moro, debeis venir conmigo.

¡Oh cielos! ¡Oh Lope, mi querido, mi amado Lope! tú no puedes, ni quieres abandonarme; desengaña á ese bárbaro, á ese aborrecido moro.

Aunque Teodora apeló á Gomez Arias en el esceso de su angustia, éste la volvió la espalda; el momento era el mas cruel, i llegó aquel á sentir finalmente el furioso aguijon de la conciencia. La infeliz muchacha se arrojó entonces á sus brazos; mas éste hizo un desesperado esfuerzo para separarse de ella.

Moro, tómalala, gritó con la mas viva agitacion; pero cuidado con tratarla con toda la consideracion que merecen su hermosura i

sus desgracias; cumple fielmente tu promesa, ó teme los terribles efectos de mi venganza. Arrojó al mismo tiempo al suelo un gran bolsillo de oro, que Malique no perdió tiempo en recoger, mientras que Cañerí dirigiéndose á Gomez Arias, le dijo.

Cristiano, no temo tu venganza, i aprecio en poco tus dones; está empeñada la palabra de un moro; amo á esa hermosa mujer, i estas consideraciones son las mejores garantías de mi conducta.

Se adelantó entonces á coger la mano de Teodora, la que huyó de él con una mirada de terror, que habria enternecido á las mismas piedras.

¡Oh no, no, nunca! Gomez Arias, tú puedes ser cruel, pero no infame. No me pongas en manos del encarnizado enemigo de nuestra patria, del feroz, del falso Cañerí.

¡Cómo! esclamo Gomez Arias sorprendido ¿és este Cañerí el gefe rebelde?

El mismo, contestó el renegado, ¿puede ser éste un obstáculo á nuestro convenio?

Gomez Arias permaneció algunos minutos en silencio; sintió una inquietud interior que no pudo explicar; el nombre de Cañerí había despertado una nueva i penosa sensacion recordandole los edictos de la Reina, que él estaba violando en aquel acto manteniendo relaciones con aquel caudillo; mas pronto se tranquilizó figurándose que el distinguido rango al que iba á ser prontamente elevado le preservaría de todo peligro aun cuando contra todas las probabilidades llegase á traslucirse este suceso.

En el momento de la Alhambra y Generalife  
 JUNTA DE ANDALUCÍA  
 En el entretanto el pobre Roque, que observó la vacilacion de su amo, se atrevio á arrimarse á él i á decirle con una voz mezclada de espanto, » mi querido amo, sino es ya demasiado tarde retirémonos de este horroroso sitio; no concluyais este infernal tratado porque va á ser vuestra ruina, ó no ha de haber un Dios omnipotente i justo entre los hombres.

Pero era ya demasiado tarde; el corazon que no se habia rendido á la voz de su pro-

pia conciencia, no era de esperar que pudiera conmoverse con las sencillas arengas de un criado. Gomez Arias no podia ya retroceder de su carrera; era este un hecho atroz, pero confiaba ciegamente que quedaria sepultado para siempre en el silencio: haciendo entonces una señal al renegado en prueba de su ajuste, tomó el camino de Granada.

Teodora se puso frenética; haciendo un desesperado esfuerzo voló ácia su amante; un horrible estremecimiento penetró hasta las fibras mas intimas de su corazon; no pudo hablar, pero se colgó al cuello de Gomez Arias con el fiero vigor que procede de la desesperacion; estaba su cara escondida en su seno, su pulso no tenia movimiento, i parecia privada totalmente del aliento vital. Gomez Arias procuró desembarazarse suavemente de su firme abrazo; volvió ella en sí para convencerse mas de la traicion de su amante, i en el acceso de su agonía exclamó.

Bárbaro ¿es esta la suerte que debia esperar de tí?

Roque sollozaba como un niño, i el mismo Gomez Arias llegó á enternecerse; mas temeroso el renegado de las resultas de aquella escena se adelantó á reclamar su víctima.

¡Oh mi noble amo! exclamó Roque ¿esta horrorosa pintura de la desesperacion no conmueve los tiernos sentimientos de vuestra alma? la amasteis un día, i aunque no fuera más que por el recuerdo de lo que ella fue, debiérais tratarla con mas humanidad.

Oyó Gomez Arias esta reconvencion que acabó de emponzoñar su ánimo i de confirmarle en su propósito: indignado por la libertad de su escudero le arrojó una furiosa mirada de desagrado; pero Roque que habia adquirido ya tal fuerza de ánimo de que nunca se habia creído capaz, añadió en tono resuelto: «¡avergüéncese el hombre que se llama noble i que no sabe conducirse con generosidad ácia una desvalida muger!» Don Lope, este es un hecho atroz, i tened entendido que ha de llegar el tiempo de la mas completa retribucion.

La frente de Gomez Arias se puso arrugada i negra de furor, i haciendo, enmudecer entonces todo sentimiento de piedad, exclamó en un tono furibundo de voz: ¡ villano! ¿ un hombre tan mal nacido como tú se atreve á hacerme semejantes amenazas? Moro, añadió volviéndose al renegado, ¡ apodérate de ese mozo, i haz que no vuelva á Granada; yo te recompensaré prodigamente.

Hizo el renegado una señal de aprobacion, i encargó á sus compañeros se asegurasen de la persona de Roque.

¿ Y qué derecho, dijo éste lleno de indignacion, tenéis para venderme de este modo? yo soy un hombre libre i un verdadero cristiano.

Roque, añadió Gomez Arias algo mas sereno; varias veces te he avisado de que tu indiscrecion te conduciría finalmente á un término fatal; tus ofensas merecen todavia un castigo mas egemplar, pero te eximo de él en consideracion á tus antiguos servicios. Llévadle, moros, á los remotos Países á donde os di-

rigis, porque aquí puede serme peligroso.

Si, replicó Bermudo de un modo significativo, tendremos cuidado de él, porque, como decís, don Lope, puede seros peligroso.

Estas palabras aunque sencillas por sí mismas, fueron sin embargo pronunciadas con un sentido tan misterioso que sonaron aciágamente en los oídos de Gomez Arias: sintió este como si una densa nube estuviera cubriendo i helando los ambiciosos proyectos que habian seducido su corazón i pervertido su ánimo. Hizo otro poderoso esfuerzo i se desasíó de la desesperada Teodora, la que cayó en el suelo gritando furiosamente, i profiriendo maldiciones contra su corruptor. En el furioso impulso de su frenesi echó mano al alfange que relucía en el tahalí de Cañerí con intención de poner fin á su miserable existencia; pero fué su brazo contenido por el renegado.

Tomó entonces Gomez Arias su caballo, i Cañerí cogió la mano de Teodora; pero esta la rechazó con furia, i se echó á los pies de

su amante que iba á retirarse, i le dijo con agonizante voz: «detente Lope, detente; consuma tu atentado; márame por piedad. Un crimen mas no hará que seas menos grato á la persona que amas. Vuelve, vuelve; oh Lope, en nombre del cielo! no por mí, sino por amor de Leónor: ; no medejes de este modo! ; oh Lope, no me abandones.

En el acto de montar á caballo Gomez Arias oyó los compasivos ruegos que trasmittia el viento á lo lejos, i por evitar la sensacion dolorosa que pudieran producir tales acentos, apretó las espuelas i desapareció. Aquellos lúgubres gritos se perdieron mui pronto en la distancia, i la infeliz Teodora, desconcertada i rendida, cayó en el suelo sin sentido. Los moros pudieron llevarla así con mayor facilidad, mientras que el pobre Roque, que seguia de cerca, parecia reconciliado con su suerte por un efecto de compasion ácia aquella victima desgraciada.

FIN DEL TOMO II.